

NUEVA CULTURA



S U M A R I O

Editorial.

Defensa contra las hambres, José Pucho Alvarez.

Defensa de nuestra Cultura en América, J. M.º Ots y Capdequí.

Función social del cartel Publicitario, José Renau.

Lamentación, J. Gil-Albert.

Los sindicatos y la organización de la Cultura, Angel Gaos.

De la Alemania que viene a civilizararnos: El arte en los campos de concentración.

El pueblo por su independencia y su libertad: Revolución de Madrid en julio de 1854 (Aleluya).

Elementos para una plástica teatral española, Francisco Carrero.

Enguany les falles s'han plantat fora del terme.

País valencià, Emili Nadal.

Notas críticas de Antonio Deltoro, Angel Gaos, Emili Nadal, J. M.º Ots, J. Navarro Alcácer, E. García Luengo, Jorge J. Renau, Bernardo Clariana, Manuel Altolaguirre, J. Gil-Albert.

Pinturas de Goya. Decorados de Alberto. Dibujos de Pérez Contel, Rodríguez Luna, Castelar, Goya y Ramón Puyol.

INFORMACION, CRITICA Y ORIENTACION INTELECTUAL

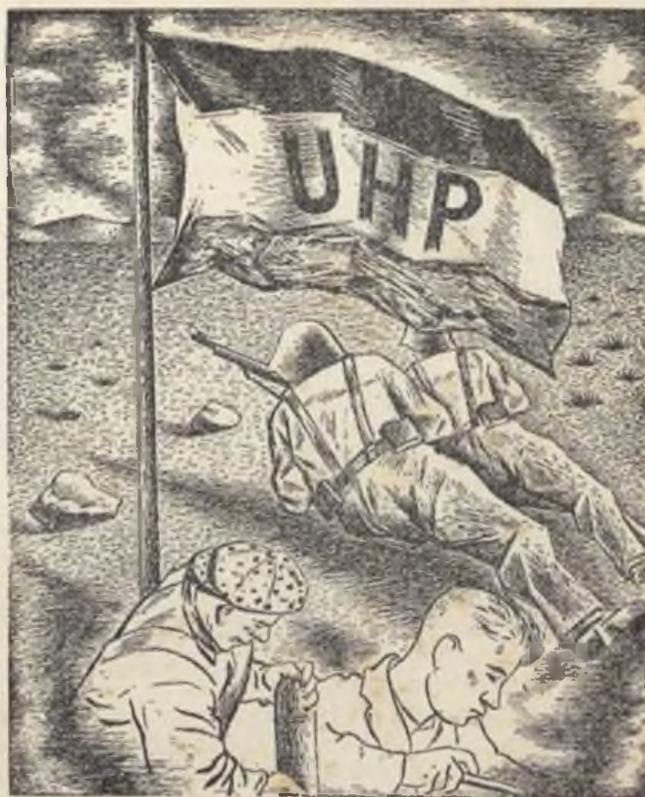
RECORDAMOS hoy, en la misma fecha de hace un año, las palabras que titulaban nuestra editorial de entonces: EL PRIMERO DE MAYO AUN NO ES UNA FIESTA.

Un siglo parece el tiempo transcurrido sobre la lenta y desmenuzada angustia de los nueve meses de guerra, sobre la conciencia de las duras etapas que quedan aún por recorrer, sobre los estertores últimos del fascismo español, que después de la venta vergonzosa de su condición «nacional» por un plato de lentejas, hace suya la consigna desesperada de morir matando.

Este año, aún menos que en el anterior, el 1.º de Mayo no será una fiesta. Porque España celebrará la jornada continuando su canción tradicional con las armas en la mano, en lucha abierta contra el fascismo, por la libertad de sus destinos.

Las jornadas del 1.º de Mayo encarnan, a través de su dialéctica histórica, las etapas de un parto que conmueve al mundo con el alumbramiento de una nueva era. El 1.º de Mayo ha sido siempre la fiesta sombría de los hombres hoscos, de frente marcada con el signo de la explotación y la ignominia, en un día de silencio

EL PRIMERO DE MAYO



AUN NO ES UNA FIESTA

aterrador para los avaros del poder y de la riqueza. Era la fiesta del trabajo que los trabajadores celebran luchando por su libertad.

Las calles de todo el mundo han conocido la gesta. Pero la tenaz abnegación, la sima de heroísmos del proletariado ha robustecido el sentido de la jornada, ha encauzado la lucha por esferas más amplias de solidaridad y significación humanas. Y hoy, ante la conciencia histórica del mundo, la jornada de la libertad proletaria ha trascendido en jornada por la libertad de todos los hombres. La jornada del trabajo ya es la jornada de todos. De todos los que sentimos la inquietud honda por la Verdad—que es condición de la libertad—, de los que presenciamos cómo el fascismo levanta el cadalso, cómo cava la fosa de los valores humanos.

Y si la condición creadora de los intelectuales es la reflexión y el sentimiento, expresemos este 1.º de Mayo reflexionando y sintiendo en lo más hondo de nuestras conciencias el valor humano de esos miles de hombres que arrastran su condición heroica por las trincheras de la libertad y de la cultura.

El problema de la libertad no es el problema de la libertad de nuestras pequeñas imaginaciones. La libertad es bien poca cosa mientras no sea más que un sueño de ideólogos. Esta guerra nos enseña que es el problema también de los que trabajan y luchan con nosotros, alrededor de nosotros.

La defensa de nuestra dignidad de intelectuales libres, liga con lazos indelebles nuestro destino con el del pueblo proletario. Esta es nuestra gran conquista, nuestra experiencia vital y humana nacida de la vivencia del tremendo drama que cruza nuestra patria. Esta es nuestra nueva fe, potente y profunda, que debe ser corroborada en esta fecha del 1.º de Mayo.

Enterremos ya esa especulación platónica que mataba unas horas que nos eran gravosas. Se han roto para siempre las costumbres decadentes que eran hábito mortal en tiempos pasados. El individualismo exacerbado y el escepticismo, esas flores hiperestésicas en el ambiente enrarecido de un mundo basado en la explotación y en la enemistad, ya no prosperan en nuestro país. Se han desvanecido con el primer estruendo de los cañones.

Cumplamos hoy, hasta el agotamiento de nuestras energías, si falta hace, con la tarea que nos toca en esta etapa dura de lucha que aún nos queda. Y si cumplimos bien, si encontramos el nuevo sentido de nuestra vida en comunión íntima con el pueblo, tal vez el próximo 1.º de Mayo sea ya una fiesta en que experimentemos un ardor nuevo, un goce creador desconocido aún, cuando nuestra obra reciba el soplo de una sociedad libre al fin.

LA DEFENSA CONTRA LAS HAMBRES

JOSE PUCHE ALVAREZ

En su *Biología de la Guerra*, escribe Jorge Nicolai: «de igual manera que la Historia del Mundo registra la desaparición de la antropofagia y de la esclavitud, llegará un momento de justicia más perfecta en la organización y progreso de la Humanidad, en el cual se extinga definitivamente el hambre de las colectividades». Pero mientras no se cumple tan generoso vaticinio, bueno será que recordemos la necesidad de prevenirnos contra los estragos del hambre, cortejo siniestro de malos gobiernos, de las guerras y de las revoluciones.

Cuando Lavoisier descubre la combustión en los organismos vivos, Magnus la existencia de gases en la sangre y Liebig la naturaleza de las sustancias que precisa el hogar orgánico para el mantenimiento de la vida, el conocimiento de la Nutrición pasó a ser el capítulo más afortunado de la Fisiología por la precisión de sus métodos, la exactitud de sus resultados y las grandiosas proyecciones de su aplicación. Al ingerir una cierta cantidad de alimentos, suministramos al organismo un caudal de energía en estado potencial, sales y vitaminas, que habrán de convertirse: en substancia propia (crecimiento, reposición de materiales, correlaciones), energía mecánica (trabajo) y energía liberada (calor, excreciones). El manejo de estos conocimientos nos permite atender con exactitud matemática lo mismo el racionamiento individual que el de las masas.

Las necesidades alimenticias se hacen perceptibles en el organismo animal por un complejo de excitaciones fraguadas en la intimidad de nuestros tejidos, que elaboran notas sensoriales más o menos discriminadas, cuya resultante sobre el sistema nervioso central determina las sensaciones de hambre y sed, reguladoras específicas de la nutrición. Cuando el hombre vive en condiciones naturales, rodeado de una abundancia siquiera sea relativa, estas sensaciones—que reconocen una experiencia milenaria—son suficientes para determinar la actuación ade-

cuada de cada sujeto para atender a sus necesidades alimenticias. Pero la vida en común de grandes colectividades confiere a los problemas de abastecimiento enorme complejidad, tanto en su aspecto cuantitativo como en el cualitativo, pues el hombre, entre otras muchas limitaciones, tiene la de ser refractario a la uniformidad de su alimentación y en la vida colectiva disminuye ostensiblemente la acuidad de sus sentidos reguladores.

La escasez consecutiva al abandono parcial de los cultivos, la distribución defectuosa y las dificultades de aprovisionamiento que acompañan a todas las guerras, agudiza el problema de la nutrición colectiva, hasta el punto de situarlo en el primer plano de las preocupaciones de Gobierno. Una política de la alimentación inteligente debe suplir en estas condiciones los métodos normales de abastecimiento, sustituyendo con un criterio científico y funcional la anulación casi absoluta de la iniciativa individual y de la libre concurrencia.

Una alimentación normal asegura el perfecto desarrollo de los niños y jóvenes en fase de crecimiento, mantiene el equilibrio nutritivo en los adultos y procura la realización de todas las manifestaciones vitales con un ritmo y a un nivel óptimo. Por el contrario, la alimentación defectuosa (hiponutrición, hambres parciales o carencias específicas) disminuye considerablemente el valor funcional del individuo incapacitándolo para trabajos que requieran un esfuerzo sostenido; disminuye la resistencia ante las enfermedades y provoca algunas exclusivamente vinculadas con las deficiencias nutritivas. Jaksch describe, poco después de iniciarse la guerra europea (1915-16), la «enfermedad del edema», que sólo en Galicia y Bohemia atacó a más de 100.000 individuos con una mortalidad superior al 5 por 100; esta enfermedad, cuya patogenia todavía no se ha esclarecido totalmente, prende en los sujetos hipocalorizados que ingieren agua en abundancia y sales, pero con

un déficit de alimentos grasos y proteicos, así como de ciertos iones salinos. Las avitaminosis causaron estragos irreparables en la población infantil de todos los países septentrionales que intervinieron en la gran contienda.

Las hambres colectivas produjeron en Rusia, China y la India, en épocas bien recientes, verdaderas hecatombes con millones de víctimas. En algunos distritos de la floreciente República de los E. U. N. A. la crisis económica produjo multitudes de hambrientos, a pesar de la riqueza y de los medios naturales de que dispone el país, y para terminar esta relación recordaré que en las grandes urbes europeas el desequilibrio económico de la post-guerra trajo como secuela un período de hambre crónica que todavía no ha terminado para millones de trabajadores. Las hambres colectivas derivan todas ellas de crisis sociales y económicas y siguen muy de cerca a las conflagraciones guerreras de las que pueden ser muchas veces el estímulo agresivo y, una vez desencadenadas, factor muy principal de las derrotas.

Los efectos del hambre no se limitan al sufrimiento y depauperación de quienes las padecen, sino que se proyectan a través de la descendencia. Los hijos de padres hambrientos nacen en condiciones precarias para soportar la lucha por la vida, afectos de trastornos y deficiencias somáticas y funcionales que los estigmatiza. Rubner y Drigalski, revisando las estadísticas alemanas después de la guerra, encuentran solamente un 12'9 por 100 de personas con capacidad fisiológica normal, frente a un 38'7 por 100 con características normales antes de aquélla. Exceptuando la diabetes y alguna otra enfermedad por alteración de las combustiones—obesidad, artritis—en casi todas las demás, las cifras de mortalidad ascienden a valores muy superiores después de la guerra, por ejemplo: la tuberculosis aumenta la mortalidad después del bloqueo en una proporción aterradora. Las psicopatías constituyen otro grupo de enfermedades que se incrementan al concluir crisis emotivas intensas con largos períodos de hiponutrición.

Aunque fuera discreto desmentir los achaques de nuestra nación, no quiero ocultar que en muchas regiones españolas— independientemente de la guerra—el hambre era vieja conocida. No sé a punto fijo si Joaquín Costa exageraba al afirmar que las tres cuartas partes de los españoles sufrían los estragos del hambre crónica, pero yo he podido adquirir la certeza, por lo menos en muchos poblucos de los páramos castellanos, pardos de casas de adobe, en donde satisfacer el hambre se llama hartazgo, y en donde los hombres desecados a fuerza de tan forzada austeridad esperan temblando de frío y de desmayo los recortados salarios de la recolección cereal para comer lo preciso. Muchos de aquellos hombres inutilizados por el hambre eran llamados vagos, cuando no borrachos, pero su borrachera y supuesta vagancia no eran otra cosa que hambre. ¡Todavía los estoy viendo; parecían peles bufdos! El relato de los rigores padecidos estremecía al más indiferente con el sufrimiento ajeno. Estas hambres tan recias, al convertirse en crónicas, ¿no serán responsables del paroxismo e intransigencia caracterológicos del pueblo español? Nuestra parva exigencia alimenticia ha sido alabada más de una vez por grandes capitanes, junto al valor desesperado de las huestes ibéricas, pero yo sigo creyendo que los nuestros hubieran dado más juego cuanto mejor nutridos.

La primera defensa contra el hambre la pone en marcha de un modo automático el propio organismo limitando sus combustiones. Lusk la denomina «adaptación a una ración energética reducida». En efecto, los estudios llevados a cabo por Benedict en un grupo de sujetos sometidos experimentalmente a dietas pobres desde el punto de vista energético durante algunas semanas, dieron por resultado un descenso equivalente al 10 por 100 de su peso corporal y una disminución de las oxidaciones orgánicas de un 20 por 100 en relación con las cifras del comienzo de la experiencia. Zunz y Loewy encuentran idéntico fenómeno en las fases iniciales de la hiponutrición (pérdida de peso 8'5 por 100, descenso de combustiones 19 por 100). Esto se debe a que en la primera fase de dieta restringida el organismo se defiende atenuando la intensidad de sus oxidaciones y su capacidad dinámica.

También ofrecen aspectos interesantes las observaciones realizadas en ayunadores profesionales: Succi, después de un cierto entrenamiento, llegó a permanecer en ayunas cuarenta y cinco días consecutivos, sin quebranto irreparable de su salud y con una pérdida de peso equivalente al 27 por 100. Claro está

que guardando precauciones especiales: reposo, regulación térmica artificial, etc.

Otras modalidades de ayuno han servido para medir en algunos casos la resistencia humana ante la privación absoluta de alimento. Mac Swiney, alcalde de Cork, murió después de setenta y cinco días de protesta hambrienta contra sus carceleros, y Ghandi estuvo a punto de repetir la gesta durante uno de los episodios de la lucha nacionalista de la India, pues mantuvo durante cuarenta días su negativa a tomar alimentos. En estos casos extremados la defensa del organismo no basta para mantener los estragos del ayuno, pues una vez agotadas en lenta combustión las reservas nutritivas se desarrolla un proceso de autofagia a expensas de tejidos más nobles del cuerpo (músculos, órganos internos, etc.), coincidiendo con un proceso de intoxicación humoral que termina más o menos rápidamente con la existencia del ayunador o del hambriento.

Podríamos situar el caso de los habitantes de aquellos burgos paupérrimos que antes he referido y el de algunos centenares de miles de españoles que no han querido abandonar Madrid, como un estadio intermedio entre la hiponutrición de los experimentos de Benedict y el comienzo de la fase de autoconsumición mucho más peligrosa.

Con estos antecedentes queda sobradamente demostrada la importancia que la alimentación correcta tiene para la vida del individuo y para el mantenimiento de la salud en las colectividades. Por esta razón considero útil llamar la atención sobre este problema, para que siguiendo el ejemplo de otros países más previsores y ordenados se organice cuidadosamente la defensa contra la hiponutrición y las hambres. De igual manera que se construyen refugios y trincheras para protegernos de la metralla enemiga y se dictan providencias para la defensa contra los gases; con el mismo cuidado que se atiende a la profilaxis sanitaria, debieran adoptarse medidas adecuadas para resolver los problemas de abastecimiento alimenticio.

Hasta ahora el problema de la alimentación ha chocado en nuestro país—dejando aparte las dificultades inherentes—con absurdas transigencias ante la mentalidad obtusa y egoísta de unos cuantos, incapaces para comprender la urgente necesidad de coordinar todos los esfuerzos. En la hora presente ya debería funcionar una Comisión parecida a la que los aliados constituyeron en su día—Comisión científica interaliada de aprovisionamiento—, formada por los mejores profesores y técnicos especializados de las distintas ramas de la administración que resolvió de una manera perfecta el abastecimiento de los ejércitos y el de la población civil. El secreto de la tenaz resistencia opuesta por los países germánicos al bloqueo fué, en una buena parte, resultado de un racionamiento riguroso y de la obtención de sustitutivos alimenticios por sus hombres de ciencia.

Deben dictarse normas científicamente impecables para el racionamiento, atendiendo al género de actividades del sujeto; por ejemplo, un soldado en campaña debe recibir un suplemento alimenticio superior en un 30 por 100 de contenido energético al que hubiera de necesitar el mismo individuo desempeñando una actividad moderada en retaguardia. Los trabajadores de la industria y del campo deben alimentarse de acuerdo con el esfuerzo que exija el trabajo respectivo. Los niños en período de crecimiento, las madres durante la lactancia, los viejos y enfermos, deben ser objeto de cuidados dietéticos, más bien de orden cualitativo que cuantitativo. Pero es preciso, además, divulgar por todos los medios posibles: cartillas dietéticas, conferencias sobre temas anejos, valor nutritivo de los alimentos, condimentación, etc., que tengan como objetivo el atraer la colaboración de las masas populares a las disposiciones del Gobierno. Otro aspecto cardinal para el problema que nos ocupa consiste en la *ordenación e incremento de la producción agrícola y ganadera*. Los aumentos de producción tienen tanto valor como las victorias sobre el enemigo y, desde luego, contribuyen a forjarlas. Tengo la impresión sobre este particular concreto que se está realizando una labor meritoria, pero no debemos olvidar que los resultados de una política agraria acertada no dependen exclusivamente de la buena dirección de la misma, sino que están sujetos a multitud de contingencias, y no todas debidas a los agentes meteorológicos.

La distribución debe racionalizarse hasta donde sea factible, persiguiendo con severidad la alteración de los precios por los intermediarios y evitando igualmente el acaparamiento y la retención de mercancías con fines especulativos. Los transportes constituyen función esencial del abastecimiento; una vez aten-

didas las necesidades derivadas del suministro bélico, sigue en orden de importancia la conducción a los centros de consumo de las substancias alimenticias. Para unificar y fortalecer estos servicios la solución más eficaz parece ser la *nacionalización de los transportes en toda la zona afectada*, sin prejuzgar cómo hayan de organizarse después de terminar la guerra.

El poder económico del país es otra de las condiciones vitales para que pueda realizarse el abastecimiento alimenticio. Si además tenemos en cuenta la repercusión que sobre la Hacienda pública tiene la Guerra, será fácil deducir que es preciso *aumentar la capacidad de exportación* de todos aquellos productos que produzcan «divisas» y limitar las importaciones a las necesidades más estrictas, ayudar al Estado, mediante el *pago riguroso de las contribuciones* y, finalmente, *intensificar la producción* en todas las manufacturas.

En relación con todas estas previsiones, y para poder armonizarlas entre sí, es indispensable al mismo tiempo crear un nivel económico que permita la adaptación del consumidor a las

fluctuaciones de los precios limitando aquéllas en cuanto sea posible.

Quienes se opongan activa o pasivamente a la buena marcha de los abastecimientos, debe ser considerado como reo de alta traición. No olvidemos que la capacidad de ataque y de resistencia de los ejércitos, su eficacia, depende en buena parte del estado nutritivo de sus elementos componentes y de las condiciones de vida y rendimiento de la retaguardia.

Una política de la alimentación bien dirigida, que se adelante a los acontecimientos y simplifique los problemas, constituye uno de los factores más importantes del triunfo. El Gobierno es quien tiene la autoridad y debe manejar libremente todos los medios para defender los altos intereses de la Patria, que son, además, los del Pueblo, de este pueblo español que lucha heroicamente por nuestra Libertad y por nuestra Cultura; que lucha también para redimirse de las opresiones pasadas y para desarraigar de la tierra española el estigma del hambre.

1-IV-37.

DEFENSA DE NUESTRA CULTURA EN AMÉRICA

JOSE MARIA OTS

El triunfo de la causa popular española habrá de representar, en orden a la defensa de nuestra cultura en América, la iniciación de una amplia ruta a seguir abierta a todas las posibilidades.

Es obligado, por lo tanto, que una política inteligente que sepa mirar el futuro con amplias perspectivas históricas acierte a orientar todos los esfuerzos para conseguir un rendimiento de la mayor eficacia.

La formación de una plena conciencia de lo que para España significa su estrecha vinculación espiritual con los pueblos libres de la América española, debe servir como punto de arranque para toda actuación en este sentido.

Y esta conciencia se ha de asentar, en primer término, en una justa valoración histórica de lo que fué España como pueblo colonizador.

La historia de la colonización española en América se ha venido haciendo hasta hoy—salvo excepciones que habremos de recoger y destacar cumplidamente—de una manera tendenciosa y superficial. Se ha rehuido el examen paciente y minucioso de nuestros viejos fondos documentales. La investigación rigurosa y sistematizada ha sido suplantada por una tarea fácil de divulgación y comentario, de textos legales sobradamente conocidos. Sobre el de la limitación, inaceptable, de las fuentes manejadas, se ha incurrido en el vicio de eludir todo intento serio de valoración histórica sustituyéndole por desahogos de una retórica mala, vacíos de contenido.

El mal aficionado ha desplazado, en la mayoría de las ocasiones, al historiador profesional. Un ejemplo representativo nos lo ofrecen los comentarios hechos a las llamadas leyes de las Indias Occidentales, por el que fué primer Presidente de la República española.

La cuestión encierra tal interés que rebasa los límites de los círculos estrictamente eruditos.

No ha de parecer, por lo tanto, inoportuno, que como basamento para otras consideraciones de carácter político y de un interés más actual, intentemos hoy una esquemática valoración crítica de lo que ha sido hasta el momento presente la historiografía española de la colonización americana.

LA LLAMADA LEYENDA NEGRA

Uno de los vicios a destacar es la obsesión de nuestros historiadores por la llamada leyenda negra.

Durante varios siglos se ha presentado ante el mundo la labor colonizadora de España en América como un ejemplo de incompreensión y de crueldad. Se subrayaban, presentándolos con un realce desproporcionado, los errores y las violencias de nuestra colonización y se desconocían o se subestimaban los actos heroicos y los rasgos de magnífica abnegación y generosidad que se acusan de manera reiterada a lo largo de tres siglos de expansión española en los territorios hispanoamericanos.

Se explica la formación y el incremento de esta leyenda

si se tiene en cuenta que la historia de la colonización española en América fué escrita, en buena parte, por historiadores extranjeros pertenecientes a países cuyos intereses nacionales estaban en abierta pugna con los nuestros y en una época en que el oro se supervaloraba y habían de despertar la envidia y el rencor de todos, aquellos galeones que, con mayor o menor periodicidad, transportaban a Sevilla los caudales de Indias en cantidades hasta entonces insospechadas.

Nuestros errores de gobierno contribuyeron, además, a que esta historiografía tendenciosa se aumentase y se fortaleciese a lo largo de todo el siglo XIX con las aportaciones apasionadas de los historiadores hispanoamericanos, que escribían con el recuerdo demasiado vivo de un momento histórico de decadencia y animados por un ambiente de exaltación provocado por las recientes luchas por su independencia nacional.

Pero frente a esta oleada de injusticia y de pasión se alzaron en la América anglosajona, primero, y en la América española, poco después, voces serenas y desapasionadas que señalaron lo que había de injusto en las acusaciones formuladas contra nuestra obra colonizadora y se esforzaron por situar la cuestión en un terreno estrictamente histórico.

Se puso de relieve lo que había de exagerado en la famosa «Destrucción de las Indias», del P. Las Casas, que por exceso de celo en su defensa de los aborígenes americanos contra los encomenderos españoles, no había vacilado en falsear la verdad para conseguir un efecto político; se explicaron históricamente muchos de nuestros errores económicos y sociales, encuadrándolos con justeza en el ambiente en que hubieron de producirse; se destacaron elogiosamente los preceptos humanitarios para los indios, que con reiteración se contienen en la Recopilación de las leyes de las Indias Occidentales de 1680.

Quedó así este problema lo suficientemente esclarecido. Nada justifica, por lo tanto, que nuestros historiadores—salvo excepciones muy contadas—siguieran años y años con la obsesión de la leyenda negra, conformándose alegremente con una fácil refutación de conceptos que ya nadie—con solvencia profesional—defendía y limitándose a glosar los preceptos legales de la Recopilación aludida, sin pararse a comprobar documentalmente hasta qué punto alcanzaron una positiva vigencia en la realidad de nuestra vida colonial aquellas normas humanitarias de nuestra legislación impuestas por la tenacidad generosa de teólogos y moralistas.

EL DERECHO Y EL HECHO

Persistir en esta actitud evidencia el desconocimiento de una cuestión que tiene un relieve excepcional en la historia de la colonización española en América: el divorcio que se observa entre el derecho legislado y el derecho vivido, entre las normas formuladas por las minorías dirigentes y las realidades históricas impuestas por incontrarrestables imperativos sociales y económicos.

No es éste un fenómeno nuevo en la vida del pueblo español, ni es tampoco un caso único en la historia de los grandes

pueblos colonizadores. Pero se presenta en los distintos virreinos de nuestro viejo Imperio colonial con tales caracteres de reiteración, que merece ser considerado con una atención acentuada.

La explicación histórica de este hecho y la justa delimitación de su alcance y proporciones, no puede ser intentado en las páginas de una revista no escrita para profesionales. Basta con señalar su existencia para que resulte notorio hasta qué punto es inaceptable que, de espaldas a los fondos documentales de nuestros Archivos, se pretendan trazar amplios cuadros de las instituciones jurídicas, económicas y sociales de la América española del período colonial, manejando como única fuente los preceptos legales contenidos en la llamada legislación de Indias.

Apuntemos, por otra parte, para salir al paso de torcidas interpretaciones, que este divorcio entre el derecho escrito y el derecho vivido, no dice nada en contra de nuestra obra colonizadora. El divorcio se explica, singularmente en lo que se refiere a la condición jurídica y social de los indios, más que pensando en una crueldad específica de los colonizadores españoles, analizando el contenido doctrinal de una legislación que, por su misma exaltación humanitaria, había de chocar con la realidad, poniendo en grave riesgo su posible aplicación y vigencia.

Si las autoridades coloniales se hubieran propuesto, de manera inflexible, exigir el cumplimiento de la ley en orden al régimen de trabajo de los indios, la colonización española en América hubiera fracasado en su iniciación por la imposibilidad de lograr un adecuado desenvolvimiento económico.

Las intenciones generosas de teólogos y moralistas, excesivamente atendidas en las esferas gubernamentales, lejos de significar un bien, implicaron una dificultad grave en nuestra política colonizadora. Autoridades y encomenderos se acostumbraron a prescindir de una legislación cuya vigencia no podría imponerse sin grave quebranto de la economía colonial y los indios quedaron de hecho a merced de todas las arbitrariedades.

La enormidad de las distancias y la dificultad de las comunicaciones contribuyó también a que en otros órdenes de la política y de la administración colonial, no consiguieran tampoco plena vigencia muchas de las disposiciones legales dictadas por nuestros monarcas.

Con la magnífica fórmula «se acata, pero no se cumple», pudieron nuestras autoridades coloniales impedir la observancia de muchas cédulas reales, sin incurrir por ello en delito de desobediencia.

Las consecuencias históricas de este divorcio, frecuente entre el derecho legislado y el derecho vivido, no han sido todavía lo suficientemente estudiadas en todos los órdenes de nuestra política colonial. Pero importa subrayar el hecho para poner de relieve hasta qué punto es necesario que la historia de nuestra colonización en América descansa en una copiosa investigación documental y no en una simple sistematización de los textos legales.

DIVERSIDADES GEOGRAFICAS Y DIFERENCIACIONES CRONOLOGICAS

También se ha olvidado con frecuencia por los historiadores de la colonización española en América la gran diversidad geográfica entre las distintas comarcas de nuestro vasto Imperio colonial y la influencia que estos diferentes factores geográficos hubieron de ejercer en el desenvolvimiento histórico de nuestras instituciones jurídicas, económicas y sociales.

No debe inducir a error la tendencia a la uniformidad que, salvo en algunos aspectos excepcionales, se advierte en los preceptos legislativos promulgados en la Metrópoli y remitidos por igual a todas las autoridades coloniales de los distintos virreinos. Una era la doctrina que en minuciosas cédulas reales transportaban desde Sevilla a las Indias de Occidente nuestras viejas armadas, flotas y galeones. Pero los imperativos geográficos y raciales no podrían ser burlados ni violentados con facilidad.

El problema de la tierra no era el mismo en las Islas del Archipiélago Antillano que en los vastos virreinos continentales de Nueva España y del Perú o en el más tardíamente descubierto y colonizado del Río de la Plata. Las características sociales de los indios tampoco se presentaban con una nota de uniformidad.

Hubo comarcas donde los indios tenían de antiguo hábitos

sedentarios y un acusado sentido de organización social, frente a otras en que predominaban costumbres nómadas, defendidas con una tenacidad irreductible. Los resultados de la política de población de los colonizadores, regulada por unas mismas Ordenanzas, hubieron de ser, sin embargo, diferentes.

Las grandes riquezas mineras de Nueva España y el Perú imprimieron a nuestra colonización una nota acentuadamente aristocrática. La carencia de yacimientos mineros en el Virreinato del Plata, motivó que predominase entre los núcleos colonizadores un tono más democrático.

Y al propio tiempo que se desconocía o ignoraba por la generalidad de nuestros historiadores esta nota de diversidad impuesta por el medio geográfico, se olvidaba también el proceso evolutivo que en la vida de nuestras instituciones se había de acusar forzosamente a lo largo de una colonización que se desenvolvió, en el orden del tiempo, durante más de tres siglos.

Se habla alegremente del período colonial y no se tiene en cuenta que a lo largo de este vasto período de tiempo, la historia de nuestras instituciones jurídicas, económicas y sociales presenta momentos en su evolución notoriamente diferentes.

No se puede hablar, por ejemplo, de las encomiendas de indios, institución básica en nuestra política colonial, describiéndolas, según normas imperantes, en un momento determinado. Las fechas de 1526 y 1542—por no citar otras de un relieve menor—separan aspectos fundamentales en la vida de esta institución.

Sería cosa fácil la multiplicación de estos ejemplos.

Basta con lo expuesto para comprender hasta qué punto deben evitarse las generalizaciones, lo mismo en cuanto al espacio que en cuanto al tiempo.

EL CAMINO A SEGUIR

Resulta claro, a la vista de estas consideraciones, cuál debe ser el camino a seguir para evitar la persistencia de estos errores.

Importa mucho a España conocer y valorar debidamente la historia de su colonización en América y conseguir que el esfuerzo magnífico que esta obra colonizadora supone, sea justamente estimado en las Repúblicas americanas y en las grandes naciones europeas.

Y en el fondo, esto no es más que un problema de conocimiento.

De la historia de la colonización española en América se conocen sólo las biografías de los grandes conquistadores y las gestas heroicas de los descubrimientos.

Lo que fué y lo que significa la obra de España en el orden de la civilización y de la cultura al proyectarse con absoluta generosidad con todas sus virtudes y todos sus defectos en aquel vasto mundo inmenso y desconocido descubierto por Colón y sus continuadores, se ignora todavía o se conoce mal y se presenta con frecuencia de una manera falsa y tendenciosa en un sentido peyorativo o en términos excesivamente encomiásticos.

Se impone, por lo tanto, como una exigencia ineludible, sostener y crear un núcleo de buenos profesionales que investiguen en nuestros Archivos con desapasionada objetividad la historia del pasado español en América. Sin olvidar nunca que para conocer bien la historia de la América española durante el período colonial, es necesario estudiar lo que de las primitivas costumbres de los indios aborígenes persistió y se incorporó a la vida de nuestras instituciones coloniales; y teniendo siempre en cuenta que nuestra curiosidad intelectual, en punto a la historia de los pueblos americanos, no debe conformarse con conocer sólo hasta el momento histórico de su Independencia.

Investigar seriamente en nuestros archivos y completar esta labor con otra de divulgación exigiendo que la historia de América se estudie con la amplitud adecuada en nuestros Institutos y Universidades.

Si reflexionamos sobre lo que significa hoy, como hecho vivo, para España, su vinculación espiritual con América, comprenderemos que no son estas cuestiones de mera erudición y que, por lo mismo, no se incurre en pecado de inoportunidad al reflexionar sobre estos problemas aun en momentos en que la guerra debe polarizar todas las atenciones.

En definitiva, la guerra habremos de ganarla algún día, y España, la única, la nuestra, habrá de continuar en el mundo su auténtica trayectoria histórica.

F U N C I O N S O C I A L D E L C A R T E L P U B L I C I T A R I O

J O S E R E N A U

Se habla mucho de crisis de la pintura porque la pintura de caballete no se vende.

Se habla mucho de ello, pero mientras tanto se inventa el cinema en colores, y un arte nuevo y popular, nacido de la publicidad, crece de día en día en el mundo...

Los jóvenes pintores que atraen hoy nuestra atención han abandonado el «motif» por el «slogan». Muy bien podrían, como tantos otros, mostrarnos naturalezas muertas, desnudos y paisajes que irían a acrecentar el número de otras tantas naturalezas muertas y desnudos, de otros tantos paisajes que quizás sea preciso lanzar al mar... como el café.

Pero han preferido al aire enrarecido de los museos y de los salones, el aire libre de la calle y de las carreteras. Han dejado las academias para frecuentar las imprentas. Y si bien es cierto que han perdido el contacto con ciertos estetas, no lo es menos que lo han establecido con los hombres.

A. M. CASSANDRE

Espero las reacciones distintas, apasionadas en uno y otro extremo, que entre nuestros jóvenes artistas producirán las palabras que anteceden. Y si acierto en la previsión, es signo indudable que acerté también en los motivos que movieron mi intención al escribirla.

Las palabras del artista más representativo y actual de la plástica publicitaria burguesa, tienen para el buen entendedor una significación que desborda su apariencia de frivolidad «snob» y parisién. Al margen de su significación literal, un tanto extremada, las juzgo exactamente representativas, en la medida que reflejan de manera profunda y radical un hecho que podrá ser aceptado, rechazado o discutido, pero que por encima de toda consideración individual queda en pie en su objetividad histórica.

No es mi intención, en este trabajo simple, abordar en el conjunto de su desarrollo histórico un fenómeno tan complejo y poco trillado como lo es el del arte publicitario, el problema psicológico y social que contiene, y la relación de los valores y condiciones plásticas que indudablemente ha creado con el cuerpo general del arte.

C U A D R O , C A R T E L Y P U B L I C O

La necesidad de un arte público puede sentirse sin que ello implique la determinación «a priori» de sus posibles formas de expresión.

El presentimiento de un gran arte público y popular, es decir, en conexión directa con el pueblo, no es una elucubración político-intelectual ni una añoranza de las lejanías históricas en las grandes épocas del arte, sino impulso vital que tiene sus raíces profundamente aferradas en el legítimo anhelo del artista joven, que hastiado de aislamiento y de especulación busca ansiosamente la reivindicación pública de su papel ante el mundo. Las premisas esenciales de este hecho latente las encontramos, sin ir más lejos, en la dinámica de la vida actual.

Si consideramos con criterio objetivo la reacción psicológica del público ante un cuadro y un cartel, la comparación nos llevará a conclusiones muy curiosas y significativas.

El público en general tiene por costumbre, por tradición transmitida a través de las generaciones, el considerar el cuadro en los museos y en las exposiciones con cierta timidez y reserva. El cuadro aparece a su vista como algo solemne y ceremoniosamente hermético y misterioso, como algo extraño a su vida y a sus costumbres. No intento analizar el hecho en sí, sino comprobar su evidente realidad.

Hay, sin embargo, circunstancias, constatadas a través de la experiencia, en que la obra plástica puede ser sometida a la consideración del público, sin que su atención manifieste retraimiento alguno, sin que aparezca mediatizada por ese complejo de inferioridad tan característico en las antedichas condiciones.

Se constató esta particularidad cuando, hace unos años, el auditorio de un teatro se entusiasmó ante la belleza plástica de un decorado de Derain, siendo este público, sin embargo, el

mismo que manifestó a gritos su indignación ante los cuadros del mismo artista expuestos en la Galería Grafton.

Yo mismo he observado fenómeno semejante en condiciones idénticas. Después de haber comprobado la fría reacción de gentes diversas —en su mayoría obreros— ante los dibujos de nuestro gran artista Alberto en la sala de exposiciones del Ateneo de Madrid, he presenciado cómo un público igualmente heterogéneo aplaudía frenéticamente uno de sus decorados de «Fuenteovejuna» —y no el primero precisamente— apenas levantado el telón.

Hay que hacer constar para la mayor concreción del hecho, que en ambos casos los decorados estaban realizados siguiendo la línea normal de los valores plásticos característicos de sus autores, sin ceder un ápice en lo que se viene llamando *concesión al público*.

Si no en forma tan espectacular, pero más normal y consuetudinaria, la reacción del público ante el cartel en la calle es análoga. Es sorprendente el ardor y la inteligencia que pueden mostrar las gentes ante una obra plástica, que de haber tenido la categoría o circunstancia de cuadro de museo hubiese quedado incomprendida.

La función distinta de unos mismos valores plásticos produce reacciones distintas en el espectador. Tanto el cartel como la decoración, por su habitual carácter de hecho público, son recibidos con familiaridad por las gentes, sin la etiqueta solemne de la situación forzada, que mediatiza el nexo y la mutua ósmosis emocional. El cartel, más particularmente, carece de esa presencia misteriosa que rodea al cuadro, y en su expresión tan humilde y poco pretenciosa no necesita «posar» para ser obra de arte.

No pretendo, naturalmente, demostrar que la valoración superior de la obra de arte dependa de los extremos apreciativos a que conduce esta experiencia. Tal especulación resultaría demagógica y privada de objetividad.

Hago notar, simplemente, la impresionante particularidad

de este fenómeno, comprobado en la realidad de innumerables casos, sin sacar más consecuencias que las que de él quieren sacar quienes se inquietan por el problema del vehículo material del arte con respecto a la nueva función que la historia le asigna.

F O R M A Y C O N T E N I D O

Todo hecho artístico —y el cartel es típico de esta naturaleza— contiene, al mismo tiempo que su valor intencional, una realidad más o menos franca o subrepticia, contradictoria en muchos casos con su aspecto *voluntario*.

Para el hombre inteligente y sensible que registra a través de los hechos comunes de la vida corriente, la realidad trágica y subterránea que de ellos trasciende, el cartel publicitario significa algo más de lo que concretamente anuncia, por encima del juego plástico de sus colores, de las leyes abstractas de sus formas.

La pretensión de estudiar el cartel como fenómeno artístico considerando el desarrollo de sus valores plásticos como algo autónomo, con significación absoluta, supondría una aberración tan evidente como el estudiar botánica tomando como base los colores y el perfume de las plantas.

Para analizar el cartel o para intentarlo simplemente, necesitamos trasponer el césped puro de la especulación estética y trasladarnos al campo abierto en que los hechos no doblegan su evidencia a preceptos normativos.

«Para conocer al león —nos dice todo buen cazador— hay

que ir a la selva.» Aceptemos consejo tan juicioso y bajemos a la calle, doblemos las esquinas, descendamos por las bocas del «metro». Allí, ambientada nuestra sensibilidad crítica en la totalidad humana del hecho, hallaremos la coyuntura de interferencia entre cartel-público y público-cartel, captaremos indudablemente el valor exacto de su dialéctica.

Las consecuencias primarias nos llevarán a constatar que la historia de la publicidad en general y del cartel en particular, salvo ciertas excepcionales circunstancias, va unida indeleblemente a la historia y desarrollo del capitalismo, tanto en su primera etapa de significación positiva y creadora, como en la ulterior y actual de decadencia de sus formas.

Cuando las experiencias positivas —técnicas y funcionales— de la plástica publicitaria encuentren el camino superior de su servidumbre en las necesidades sociales de la nueva era que apunta, la primera etapa del cartel como expresión capitalista, desde sus balbuceos románticos hasta las grandes y últimas creaciones, formarán un capítulo apasionante en la historia de la evolución social.

I N F A N C I A D E L C A R T E L P U B L I C I T A R I O

Saltando sobre antecedentes históricos, que nos obligarían a considerar el problema de la publicidad en la totalidad de su conjunto, más allá de su expresión artística, partimos del siglo XIX, que es cuando realmente aparece el cartel con personalidad de hecho concreto.

En esta época el cartel era como hijo bastardo de la burguesía, que no había desembocado aún en las formas de su madurez histórica.

El cartel comercial aparece dentro de ese ambiente pequeño-burgués y limitado que los restos del artesanado imprimían a la vida social de la ciudad. Su radio de acción quedaba limitado a las reducidas necesidades de la propaganda local, todo lo más provincial. El poético encanto que para nosotros tienen esos anuncios primarios del «Pears Soap» o de la máquina «Singer», emana del effluvio romántico, de su evocación del ambiente íntimo y casi familiar de la ciudad pequeño-burguesa del XIX * (1)

Pero desde el ángulo de la crítica objetiva, el sentido de su valoración es completamente gris y anodino. En aquella época, la publicidad era realmente un arte subalterno e inferior. El artista fracasado o desheredado de la fortuna, se lanzaba a su cultivo sin estímulo alguno, como último recurso. Y el cartel sobrellevaba su lánguido desarrollo a expensas de todos los detritus academicistas de la época.

Actualmente, en los países de condiciones económicas atrasadas, se comprueba situación análoga en el fondo de la producción de carteles, a pesar del reflejo extranjero de formas publicitarias superiores.

La Exposición Internacional de París en 1900, con la barandina neobarroca y desconcertante del «modern'style», impregnado de exotismos coloniales que nos hablan ya de una burguesía cosmopolita en plena euforia biológica, marca decisivamente una nueva etapa en el desarrollo publicitario.

* Véase el grupo de grabados que bajo el título de «Carteles Comerciales» publicamos en la parte gráfica.

Los números entre paréntesis corresponden a la numeración de los grabados.

El cartel adquiere una cierta personalidad plástica, impulsado por el apogeo de su utilización creciente como medio fundamental de propaganda.

De esta época arranca ese característico estilo decorativista y banal que perdurará en todo el desarrollo ulterior del cartel comercial hasta los trágicos umbrales de 1914 (2).

El estilismo decorativista de principio de siglo muere con los primeros estruendos de la conflagración europea. Las condiciones genuinas de esta guerra— que más adelante consideraremos— producen un ambiente psicológico especial, que se caracteriza por una marcada tendencia a la exacerbación sexual. Esta tendencia anormal impregna de perversión toda la producción cultural de los años de guerra y de postguerra—especialmente en el aspecto plástico—como contrapeso natural al vacío que dejaba la caída vertical de los valores sociales y humanos.

El recurso de la gracia femenina, conjugado en sus aspectos más ingenuos y amables por la plástica publicitaria de ante-guerra, es sustituido en su papel por la más descarnada pornografía. Ahora el elemento femenino, en el extremo más lascivo de su representación, es utilizado en asociación absurda e incoherente con una caja de cerillas o un juego de cacerolas para fustigar la atención deprimida de las gentes (3).

Bajo el signo del naufragio general de los valores morales, en un ambiente de derrota humana sin precedentes históricos, la sociedad reemprende su destino a través de una nube de frivolidad que perdió la sinceridad vital de antaño, que tiene mucho de estupefaciente en su fondo de trágico cinismo.

El cartel de postguerra emprende el camino de una especie de realismo expresionista sin entusiasmo plástico, que encierra en sí todo el resentimiento escéptico producido por la guerra, cuando no el de una inercia representativa en la persistencia de las viejas formas.

En este nuevo camino de las formas de expresión, el cartel comercial no alcanzará la plenitud de su personalidad plástica hasta que no logre incorporar a su función y desarrollar por cuenta propia los valores y experiencias especulativas del arte abstracto.

F U N C I O N Y S E N T I D O D E L C A R T E L C O M E R C I A L

El cartel comercial aparece en las circunstancias de la libre concurrencia capitalista. Pero el camino histórico del capitalismo implica fatalmente la liquidación de esas condiciones de libre concurrencia por las leyes económicas que determinan

la concentración progresiva del capital y su transformación en capitalismo financiero y monopolizador.

Parece, pues, de buena lógica considerar que el máximo desarrollo del cartel comercial debe corresponder a la época

en que el mecanismo económico estaba sujeto a las leyes de la libre concurrencia—circunstancia en que se daban las condiciones más generales de competencia en la venta de los productos—y que este desarrollo debería iniciar la curva de su descenso en la medida en que la concentración de la economía en manos de las grandes empresas y monopolios, disminuyesen aquella libertad de concurrencia.

Pero si analizamos y comprobamos, aunque sea en sus líneas más generales, el papel que desempeña la publicidad, la dialéctica de los hechos nos demostrará lo contrario.

En la etapa de la libre concurrencia, la producción industrial, en ciernes todavía, no llegaba a cubrir la capacidad de consumo de las grandes masas; por lo tanto, el industrial o el comerciante no sentían gran necesidad de utilizar sistemáticamente medios de propaganda multirreproducible para dar salida a su mercancía—medios que, por otra parte, constituyeran un gravamen de consideración sobre su negocio.

El desarrollo y creciente utilización del cartel como instrumento auxiliar esencial para la especulación comercial, debe interpretarse como signo indudable del aumento progresivo en la producción y, paralelamente, de una disminución de la capacidad de consumo. En este proceso, el cartel comercial desempeña el papel de recurso para estimular la capacidad de consumo de las masas. No de otra forma puede comprenderse el hecho, aparentemente contradictorio, de que en el período de crisis económica que atravesamos se acelere el desarrollo de la propaganda plástica en la línea de su eficacia y profundidad funcional.

La publicidad, en su concepto comercial, es un elemento rentable. Y por esta condición la justificación más genuina de su desarrollo se realiza en razón directa a la magnitud de su función. Lo cual presupone condiciones capitalistas de un *gran desarrollo en la producción* y su correspondencia dialéctica en la posibilidad de *grandes esferas de influencia*, es decir, las condiciones exactas y específicas a la etapa de concentración del capital.

Dentro del carácter general de su función, el cartel comercial contiene cierto aspecto psicológico especial. El capitalismo va perfeccionando sus procedimientos de captación y extensión

sólo a costas de falsear y encubrir la finalidad concreta y verdadera de su función social. A este fin necesita manejar ciertos recursos humanos que inciten los sentimientos más íntimos de las gentes, asociándolos a los productos industriales, para crear así el complejo psicológico favorable a la especulación comercial.

El capitalismo ha sabido ver en el arte el instrumento eficiente que colma sus necesidades a este respecto. La plástica publicitaria cumple maravillosamente los fines de *desmaterialización* de los objetos y producto industriales, creando alrededor de ellos cierta atmósfera de *idealización* amable, a veces de irrealidad poética. Y el buen ciudadano se convence de que lava sus carnes con el mismo jabón que usaban los dioses del Olimpo y siente engrandecida su condición.

Los grandes trusts de ferrocarriles, por ejemplo, que apenas si tienen necesidad de rivalizar entre sí, gastan sumas considerables en una propaganda, ya típica, que tiene por objeto despertar en las gentes una especie de entusiasmo romántico por su empresa, entusiasmo que debe enmascarar la realidad de una condición cargada de innumerables pecados...

Pero la falta de unidad moral en el conjunto totalitario de los diferentes fines y aspectos de la propaganda comercial denuncian la verdadera entraña sarcástica de esos mil carteles que gritan a todo transeunte «Si usted es pobre es porque quiere», junto a esos otros que pintan con vivos colores la vida confortable del hogar burgués o que muestran exóticos paisajes a través de las ventanillas de cualquier empresa de *wagons-lit*; de ese cartel que señala los extremos horribles de la mortalidad infantil recomendando a los padres de familia la infalibilidad del específico, junto a ese otro que exalta las excelencias de tal o cual bebida alcohólica en convivencia inmediata con esos otros mil que recomiendan remedios contra la neurastenia y la debilidad senil o que aconsejan a las mujeres los productos de una industria especial para excitar con sus encantos la lascivia de los hombres...

Los fines íntimos del capitalismo no son jamás objeto de la publicidad. Y el artista sirve, en la mayoría de los casos, como instrumento de una gran estafa social.

LA EDAD DE ORO DEL CARTEL COMERCIAL

De párrafos anteriores se desprende la conclusión de que el cartel comercial va creciendo y desarrollándose a medida que el capitalismo cubre las etapas hacia su destino último.

En el período del capitalismo monopolista correspondiente a los últimos quince años, el cartel alcanza la plenitud de su desarrollo, independizándose de la tutela del arte puro y destacando del cuerpo general de la publicidad como hecho autónomo, con formas propias de expresión. En este período el cartel ha llegado a ser parte integrante de la producción capitalista, siendo objeto de una industria especializada.

Desde el punto de vista de la técnica, el ascenso del cartel a la categoría superior de su valoración se ha realizado bajo un impulso prodigioso en la renovación de los viejos medios litográficos de reproducción. El profundo avance de los procedimientos fototécnicos, que forman una rama especial de la ciencia físico-química aplicada, han abierto al artista un campo más dilatado en la utilización de sus recursos técnicos.

El cartel publicitario, por la condición dinámica de su función, por su sagaz sentido de lo inmediato y ductilidad para captar los matices más fugaces de la vida moderna, se erige en expresión indiscutible y genuina de una época. Sus caracteres dominantes, a pesar de la *oficiosidad* de su papel y de su profunda unilateralidad, reflejan hasta cierto punto los problemas económicos y sociales que preocupan al mundo.

El capitalismo norteamericano debe en gran parte su prosperidad, la popularidad de sus productos industriales, a la elocuencia sensual y amable, al espíritu eminentemente práctico de su publicidad. El cartel comercial ha sido el instrumento más fiel de su imperialismo de penetración económica en el mundo.

Desde el punto de vista de su valoración artística, la plástica publicitaria norteamericana carece de los antecedentes históricos necesarios a la transformación y enriquecimiento de sus formas. El cartel comercial americano, desde los orígenes de aquel realismo academicista y decadente importado de Europa

en el XIX hasta las formas standardizadas de hoy, no ha sufrido cambio alguno en su condición plástica. (4.)

Su desarrollo se ha realizado exclusivamente sobre la línea de su depuración técnica y perfeccionamiento en los procedimientos psicotécnicos de su función.

El auge del cartel comercial en Europa fué determinado, principalmente, por motivos de competencia con la industria norteamericana, que invadía los mercados europeos con procedimientos perfectísimos de publicidad. Pero estos valores psicotécnicos en la publicidad, elevados al grado máximo de su perfección sobre la base de la mentalidad «standart» de las masas medias norteamericanas, en su exportación a Europa—donde la condición de las gentes es más profunda y compleja—, han ido agotando su eficacia en la medida en que la publicidad europea ha desarrollado su expresión original.

Es en Europa, en última instancia, donde se realiza la personalidad plena del cartel comercial.

Dentro de los infinitos estilos y tendencias que matizan la evolución del cartel en la etapa de su plenitud, destacan dos aspectos fundamentales que tienen común arranque en la plástica moderna francesa.

El primero de estos aspectos corresponde a la publicidad alemana, que, apoyándose en su gloriosa tradición en las artes gráficas, incorpora los valores de la última etapa del cubismo—tendencia «purista»—, desarrollando un tipo de cartel que formará época en la historia de la publicidad. Las máquinas y los elementos mecánicos—los que hasta la fecha rehusa el cartelista cumpliendo con la *necesidad publicitaria* con simples alusiones indirectas—son incorporados al cartel como elementos plásticos de primer orden. El juego exacto de los volúmenes y el equilibrio frío que emanan las formas mecánicas, determinan la base estilística de toda una plástica publicitaria. Los hombres y las cosas se *maquinizan*, el cosmos entero se geometriza, se deshumaniza. La máquina se erige en fetiche del artista publicitario.

El carácter dominante de esta tendencia consiste en la depuración sintética de las formas y en una gran pureza en la utilización de los colores. Su valor saludable reside en lo que significa como liquidación de los restos de un decorativismo superficial y decadente. (5 y 6.)

La capacidad de abstracción del pueblo alemán posibilitó el desarrollo de una plástica publicitaria de tan hondos caracteres nacionales, que la síntesis hierática de sus formas es lenguaje inadecuado para la condición psicológica de cualquier otro pueblo. (7.)

Aunque la tendencia germánica no podía adecuarse nunca al temperamento francés, de condición más universal y humana, la publicidad francesa se apoya en sus realizaciones para iniciar—y este es el segundo aspecto aludido—la etapa más brillante y prodigiosa en el desarrollo del cartel comercial. La experiencia francesa no es un aspecto aislado, sino la continuidad de la creación publicitaria alemana. Ambas tendencias se complementan.

Si Alemania construyó los basamentos racionales del cartel, la columnata estructural de su equilibrio, Francia pone encima de ella el mar Mediterráneo con sus efluvios salados y su cielo azul. La osamenta estructural alemana es rellena con valores nuevos de espíritu y de humanidad, remozada con las coloraciones sensuales y fragantes del impresionismo francés y con los valores más vivos y jugosos de la experiencia cubista y surrealista. (8, 9, 10, 11 y 12.)

Y entonces es cuando el cartel comercial, superadas sus expresiones particulares y asociadas en síntesis vital y orgánica, adquirirá el valor más universal de su personalidad.

* * *

Si bien es cierto que a causa de la tremenda crisis económica que atraviesa hoy el capitalismo la publicidad registra un des-

censo notable en su utilización, su desarrollo continúa, impertertable, en un sentido de profundidad. El capitalismo, aun en las circunstancias más críticas de su historia, no renuncia al arte como instrumento de propaganda, sino que a través de un viraje a fondo, impone la agudización de sus caracteres funcionales.

Desde hace algunos años se inicia la tendencia a liquidar progresivamente la expresión lírica y poética en la propaganda, imponiendo formas cada vez más directas y concretas en la representación de los objetos. El industrial y el comerciante renuncian a toda mediatización sentimental e intentan desesperadamente meter por los ojos del consumidor la materialidad depurada y cualitativa de sus productos. Esta tendencia en el cartel de los últimos tiempos se caracteriza, en general, por la creciente utilización de la imagen fotográfica a causa de su realismo impresionante e inmediato. (13, 14, 15 y 16.)

Y a través de las agudizadas condiciones de crisis capitalista el cartel continúa su desarrollo, superándose a sí mismo en cada nueva etapa, creando nuevos valores en el terreno técnico de la función y la expresión.

La evidencia de este hecho nos descubre un aspecto nuevo de la dialéctica social, cuya profunda significación va más allá de las causas generales que definíamos en el capítulo anterior. La experiencia histórica nos demuestra que el desarrollo de la técnica se rige con leyes propias y especiales, independientes, en su sentido biológico, de las formas circunstanciales de su servidumbre social. Y es esta ley la que nos demuestra que la experiencia del cartel comercial no puede ser letra muerta para nosotros. La que determina y fundamenta nuestra afirmación de que cualquier cambio o revolución que sufra el cartel tendrá fatalmente que apoyar su desarrollo en las experiencias últimas, incorporando a su función los valores, ya históricos para nosotros, de la técnica publicitaria capitalista.

CARTEL COMERCIAL Y CARTEL POLÍTICO

El artista publicitario de los países capitalistas ve circunscrito el campo de su acción a un mero juego de ideas particulares, en el cual es elemento capital esa *especulación inteligente* que se desarrolla a expensas de la realidad, convirtiéndolo paulatinamente en instrumento técnico de toda falsificación en ingenio de engañosos artificios.

Muchos profesionales van notándose ya incómodos en el campo, cada vez más estrecho, que las condiciones de su servidumbre le imponen. La libertad de creación del artista está condicionada a los intereses supremos del utilitarismo capitalista. El acceso a las ideas superiores que emana la realidad le está vedado. Y todo intento de creación, en el sentido profundo de la palabra, queda truncado en su base misma. La posibilidad de un realismo publicitario de significación humana está en contradicción con la práctica y fines de la «reclame» burguesa.

Al utilizar aquí la palabra *realismo*—cuyo sentido actual tendremos que abordar más adelante—hacemos nuestra la consigna de Daumier: «Il faut être de son temps», sintetizando en ella la inquietud en potencia de toda la generación de artistas que sienten hervir en su sangre los latidos de los nuevos tiempos que comienzan.

Y es en esta apreciación sobre el realismo donde se libra la disyuntiva entre el cartel comercial y el cartel político. Del uno al otro media un abismo. El viraje realista en la publicidad no puede efectuarse con un simple cambio en la servidumbre de las formas, sin que esta afirmación excluya la necesidad de incorporar todos los valores técnicos y funcionales de la experiencia capitalista. El desarrollo del cartel político necesita de circunstancias, más que distintas, diametralmente opuestas. A más de ciertas condiciones generales en la correlación y predominio de las clases sociales, cuyo valor determinante es de orden capital, la posición del cartelista, como artista y como hombre, ante la realidad de los hechos sociales, el sentido de su apreciación del fondo humano de la lucha de clases como motor dinámico de todo cuanto acontece hoy en la tierra, es, a este respecto, fundamental y decisivo.

Pero la simple cuestión de tomar partido, planteada en gene-

ral, no puede determinar de por sí la legitimidad de la función ni dirigir por cauces positivos el impulso creador del artista.

Si bien Moscú y Berlín coinciden en el terreno común de atribuir una misión política al cartel, la práctica publicitaria de ambos países demuestra claramente, aun prescindiendo de razones ideológicas de valor incuestionable, la profunda divergencia de sus caminos hacia un arte publicitario de perfiles nuevos y personales.

El cartel político de la Alemania fascista no es más que una avanzadilla del cartel comercial, y no puede pretender otra cosa. La ascensión del nacionalsocialismo al poder no ha significado cambio alguno en la tradicional correlación de los valores humanos y de las fuerzas sociales, sino agudización extremada en los procedimientos capitalistas de explotación del hombre por el hombre. En la Alemania actual los Krupp, los Thyssen, etc., continúan la sangrienta tradición de la hegemonía absoluta del capital sobre los hombres...

El cartel político no puede encontrar su pleno desarrollo, trazar las líneas fundamentales de su personalidad en circunstancias sociales donde el mayor volumen de la publicidad siga correspondiendo a la iniciativa privada de las grandes y pequeñas empresas capitalistas.

Cualquier excepción de desarrollo del cartel político en semejantes circunstancias, vivirá en sus líneas generales a remolque de las formas predominantes. Porque la coexistencia del cartel político y el cartel comercial en pleno desarrollo, resulta un despropósito histórico, una contradicción flagrante en la mecánica determinativa del ambiente social sobre las formas de la cultura.

El cartel político en los regímenes fascistas vive de precario, sin encontrar el estímulo vital que independice sus formas del cuerpo de la propaganda comercial.

Porque el propio fascismo no es, en el fondo de su condición, más que un gran cartel que pretende convencernos de las excelencias de la mercancía averiada del capitalismo.

(Terminará en el próximo número.)



LAMENTACIÓN

JUAN GIL-ALBERT

(Por los muchachos moros que, engañados, han caído ante Madrid)

En medio de este suelo se levantan
como reproche amargo a mi conciencia,
los gritos guturales de esos cuerpos
tendidos para siempre en el vacío.
Nadie dará sus nombres ignorados,
nadie pondrá al recuerdo cinta blanca,
sólo en común reciben el desprecio
sobre la nada de su muerte impura.
¡Oh víctimas terribles de la sangre,
incautos cervatillos del desierto!
Los hoyos que os han dado como tumbas,
son la sola verdad de vuestras vidas.
Nacisteis, y una mano ya acechante
apagaba la luz de vuestros ojos.
Supisteis que el camello era más dulce
que el hombre cuando vuela en los espacios.
Caliente está la raza dominada,
entre escombros pasados y humo denso,
un castillo español os hace daño
clavado en vuestras sienas sin prestigio.
Ya sé que la barbarie y vuestra furia,
latiendo están su perro rencoroso,
que colocáis alegres las cabezas
goteantes de horror sobre cuchillos,
que desgarran la carne del contrario
como una res que aplaca el apetito,

y los míseros pueblos os miraron
pasar como huracán que apaga el fuego.
Conozco por rumores que se acercan
la forma de ese espanto desatado,
pero, ¡oh mozos caídos, yo os defiendí!
Yo levanto mi voz sobre los restos,
de vuestro sacrificio miserable,
yo quiero un grave canto dedicaros
a aquel soplo de vida que habéis sido.
¡Nuestro infame dominio a que reduce
la juventud ligera de esos cuerpos!
Pudimos ser quien alumbrara un día
el libro que en sus frentes se ha dormido,
pero sólo nos queda la vergüenza,
el impasible reto de sus rostros
tras la muerte falaz que han encontrado.
Vosotros, enemigos del desierto,
juveniles bandadas asesinas
ante los muros de una villa heroica:
no habrá ese paraíso que os pregonan
bajo palmas en brazos de la amada,
no beberéis la leche de camella
entre cárdena luz del horizonte.
Sólo la muerte impera y os aguarda,
con el supremo engaño irrevocable.

Noviembre, 1936.

LOS SINDICATOS Y LA ORGANIZACION DE LA CULTURA

ANGEL GAOS

I. CARACTER Y FUNCION DEL SINDICATO

La actual situación de España, cruzada por el fuego de una guerra de independencia y en medio de una profunda revolución nacional, plantea a la responsabilidad personal y colectiva graves problemas de una complejidad y volumen de dificultades proporcional a la tremenda magnitud de la coyuntura: crisis definitiva de la vieja sociedad y fermentación obscura de la nueva; y, en medio, el pueblo español descalzo, sangrante y heroico defendiéndose y defendiendo el porvenir del hombre contra todas las fuerzas monstruosas y todas las violencias crueles de la reacción europea.

Vivimos en interinidad dramática, y la guerra es forzosamente nexo central de todas las preocupaciones, porque lo es de todos los destinos; y, sin embargo, la vida se niega a des-pistarse y ser convertida en pura provisionalidad. La guerra, la muerte, la catástrofe levantan en torno un paisaje sombrío que apaga la luz de los caminos; y el trágico forcejeo de la lucha descoyunta las perspectivas y desdibuja el horizonte. A pesar de todo, la continuidad de la vida—resistencia suprema a ser sacada de sí misma—mantiene la continuidad del estado social y, por consiguiente, de todos sus problemas. De ahí los gérmenes espontáneos de constitución de la nueva cultura que pululan por nuestra caldeada atmósfera.

Ninguna realidad es soslayable si se quiere operar con todos los datos, premisa indispensable de la comprensión total de la realidad o, lo que es lo mismo, de su superación, ya que, como dijo Hegel: comprender es superar; y menos esta realidad que apuntamos: continuidad de un estado social necesario con todos sus problemas, el de la organización de la cultura entre los más totales; e incipiente solución de tales problemas que se adivina, más o menos consciente, en los brotes que surgen aislados, des-organizados.

La necesidad de intervenir es imperdonable; es un deber, más que un derecho. Creemos—en las páginas de NUEVA CULTURA debe quedar patentemente manifestado—que hay que partir de la realidad terrible de la guerra, fundamento estremecedor de nuestra existencia: que la cultura hoy debe ser cultura de guerra y los intelectuales soldados de la revolución nacional. Pero en estos terrenos, como en ningún otro, combatir es crear. No podemos abandonar peligrosamente a su propia dinámica el desarrollo inevitable de la nueva organización cultural de nuestro pueblo, que quizá rodaría por el declive fácil de la rutina, de la improvisación y de la irresponsabilidad. Por mucho que nos embargue la guerra, no podemos parar el sol hasta la victoria. Nuestra voluntad de cultura debe, pues, ser conjugada con todas las otras voluntades y los otros poderes de esta hora única y decisiva de nuestra historia. Para esta pública intervención nos bastaría el título de españoles (1), pues la obra del estado social y de la cultura es obra de todos; y entre todos hay que crear. Pero, además, permítasenos presentar otro título más concreto: quienes hacemos NUEVA CULTURA estamos todos ligados profesionalmente a regiones de la cultura, y nuestra revista alienta como voz de una colectividad formada por la esencial preocupación y noble designio de salvar la cultura (2). Personal y colectivamente nuestra devoción a la causa de la revolución española, vive en los servicios y en los trabajos con que hemos desde ya bastante tiempo afanosamente buscado esta hora española de creación. Todos deben, pues, ser y no meramente padecer en este trance de resurrección. Pero en nosotros la voluntad de cultura—de una nueva cultura del material ibérico—está exaltada por nuestra situación y valorada por nuestra corta, pero ¡singular! tradición.

Esa limpia voluntad de contribuir a la organización de la cultura es el impulso de estas líneas empapadas por la sincera emoción del peligro y del porvenir de nuestro pueblo que no debe ser frustrado.

Mal podríamos actuar y colaborar eficazmente en la obra

(1) Entiéndase bien que hoy más que nunca no se es español por razones de nacimiento o sangre, sino de fidelidad al pueblo, a la causa nacional y al futuro de nuestra historia.

(2) Que es, naturalmente, continuarla y desarrollarla.

de cultura del nuevo estado social, si no despejamos el ambiente y lo purificamos de todos los residuos patógenos de la vieja construcción en escombros y si no empezamos por disipar esa polvareda de confusión que se levanta de los nuevos materiales amenazando desorientar los fundamentos de la construcción. Ya situada—más o menos precisamente—nuestra intención, hay que poner *manos a la obra* empezando por estudiar el terreno y diseñar el plano.

Es preciso ver claro. La tendencia sindicalista es el rasgo más acusado de la problemática actual. Una fiebre sindical devasta nuestro campo. Entre todos los fenómenos de estas horas atropelladas y apasionantes de improvisación, el de más acusado perfil y peso específico es este de la sobreestimación del sindicato en la vida.

Muchas causas contribuyen a expandir esta «concepción sindicalista del nuevo estado social y de todos sus problemas». El descrédito entre el pueblo de la política oficial—corrompida y mezquina—en el viejo Estado español, explotado hábilmente por los ideólogos del sindicalismo para presentar la ruindad de la «política en general» y exigir la supresión de «toda política». La deficiente instrucción política de nuestro pueblo (1). La avalancha de gente, hasta ahora al margen de la actividad política y de la lucha social consciente a las organizaciones sindicales como obligación para el ejercicio de su profesión u oficio. La diversidad de partidos y el fraccionamiento de las fuerzas afines por su ideología producto de las circunstancias y de la tradición española. La tradición organizativa y revolucionaria de los sindicatos en España. Tales son algunas de las principales circunstancias que han favorecido, en el confuso ambiente de estas horas de profundo trastorno, la propagación de esta simple y errónea «concepción sindicalista de la vida pública» que ha producido ya algunos estragos.

Se ha pretendido reducirlo todo a esa consigna organizativa; mas como es imposible prescindir de la realidad, y ésta presentaba una serie de hechos y fenómenos inasimilables dentro de aquella estrecha e inoportuna fórmula, se ha pretendido escamotear el problema, intentando moldear toscamente con la forma sindicalista aun aquello que repugnaba esencialmente tal estructura. Así se han formado todos los sindicatos imaginables y se ha pretendido encerrar toda actividad en los marcos sindicales. Naturalmente, muchas agrupaciones sólo pueden resistir la forma sindical como una definición extrínseca, completamente extraña a la auténtica dinámica de su misión.

No es oportuno aquí analizar casos como el de los sindicatos de jueces (?), de fuerzas armadas (?) o de representantes políticos del Estado (1). Nosotros queremos apuntar específicamente a los fenómenos producidos por el contagio de esa tendencia sindicalista a las zonas de la cultura.

Tratamos sólo de esbozar un estudio de la significación y de los peligros que encierra el desarrollo de un «sindicalismo cultural», como el que denuncia por ejemplo la constitución de un «sindicato de pintores y cartelistas», o el intento de dar «todo el poder a los sindicatos» en la dirección de la política cultural del nuevo estado social. A nuestro entender tal «sindicalismo de la cultura» es una deformación del papel de los sindicatos que puede ocasionar graves perjuicios a la incipiente cultura de la nueva España que estamos forjando. Semejante intento de constituir sindicalmente la cultura se alimenta de las causas que más arriba hemos apuntado, pero especialmente de la nebulosa obscuridad que reina en nuestros medios populares sobre el dominio de la cultura.

Se ha preferido—perezosamente o con pasión sectaria—trasplantar sin más formas organizativas de otros sectores que calar hondo hasta la entraña de los problemas culturales y buscarles una auténtica solución, que sólo puede hallarse en la fidelidad a la esencia de la cultura. Y, naturalmente, en la fidelidad al verdadero carácter y congruente función de los sindicatos. Por

(1) Lo que no quiere decir, en modo alguno, que suscribamos la tesis del «bajo nivel cultural y político del pueblo español»; pues creemos que nuestro pueblo tiene como el que más, y acaso el que más, esa honda sensibilidad humana que es el núcleo de toda verdadera cultura y que posee un sentido y un impulso políticos de primer orden.

eso toda contribución al estudio del problema y de sus posibles soluciones—aunque sea tan modesta como la mía—debe empezar por esforzarse en definir claramente el contenido de estos dos términos: «sindicato» y «cultura».

¿Qué es un sindicato? Una respuesta viva y no meramente esquemática requiere—a nuestro entender—que sea planteada históricamente, es decir, en su desarrollo. Los sindicatos surgen como herramientas primitivas de lucha contra la brutal e inhumana explotación de sus operarios por las primeras generaciones de patronos capitalistas. La humana grey de los asalariados confusa, oprimida y sin perspectivas, intentaba resistir aglomerándose en sociedades. La apremiante urgencia vital movilizaba a los obreros de las fábricas y talleres, que se organizaban para lograr las más elementales y directas reivindicaciones: reducción de la jornada de trabajo (de catorce y dieciséis horas) y elevación de los salarios miserables. Reacción instintiva y aisladas organizaciones: tales son los rasgos del incipiente sindicalismo. Pero la lucha—maestra de la vida—que exalta y contrasta todas las potencias y debilidades va destilando experiencia. Se hace patente la necesidad de multiplicar la unidad—¡la unión hace la fuerza!—y de levantar los horizontes—¡la lucha económica no basta!—. Las batallas contra los capitalistas en el terreno inmediato del contrato de trabajo obligan a una perpetua movilización para defender y ampliar las conquistas, es una agitación incesante que nunca puede colmar ni asegurar las justas aspiraciones de los trabajadores. Se siente obscuramente que hay que atacar más hondo: los cimientos y las raíces. El desarrollo del sindicalismo y su lucha directa va desperdiciando la conciencia del proletariado en ascensión y alumbrándole, evidenciándole su misión histórica. Se empieza a comprender que es necesario profundizar la estrategia, enfilarse objetivos más altos, ocupar zonas más fundamentales, lanzar los ejércitos al combate contra el Estado mayor de los enemigos, contra la propia dirección de todas las fuerzas de la sociedad capitalista. No bastan las batallas contra los patronos, hay que ganar la guerra al poder público. La contienda económica se ha desarrollado dialécticamente y muestra lo que llevaba incluido en su seno: la oposición política. Ya no es suficiente arrebatar mejoras a los capitalistas: lo decisivo es acabar con el capitalismo como régimen. Ya no se trata de conquistar la jornada de ocho horas, sino la dirección de la sociedad, porque sólo tomando la dirección de la sociedad se puede acabar radical y definitivamente con la estructura social que hace posible la explotación de los trabajadores por los patronos capitalistas y organizar la sociedad con arreglo a un plan del que esté excluida la división antagónica entre trabajadores y capitalistas y en el que esté inscrita como inexcusable obligación realizar un trabajo socialmente útil. Pero esta nueva guerra en que desemboca el sindicalismo militante plantea un complejo de nuevos problemas que requiere solución propia. La lucha contra el régimen capitalista, la conquista de la dirección social, el plan de transformación de la sociedad, son fenómenos que desbordan los cauces estrictos del sindicalismo histórico.

Mientras se trató de organizar sociedades de resistencia para mejorar las condiciones económicas y obtener un contrato de trabajo más favorable, no había problemas teóricos que exigen reflexión, estudio y personalidad espiritual; bastaba la reacción instintiva que suscitaba en todos la asfixiante opresión de la industria moderna. La unión y la táctica se desprendían fácilmente, como una fruta madura, de la visión clara y directísima del problema que entrañaba la realidad. Mas cuando la evolución transforma los datos del problema y se tiende nada menos que al derrocamiento de los poderes históricos constituidos y a la organización de una novísima sociedad, la muchedumbre de problemas que ello encierra sólo puede encontrar solución en un alto clima ideológico, con una sabia, difícil y precisa estrategia que se alimente y nutra de todos los resultados de las ciencias sociales y que se inspire en la experiencia histórica universal. Las condiciones históricas reales—herencia de una vieja sociedad dividida en clases y con las masas en profundos sótanos de miseria e ignorancia—sólo permiten que aquella honda y firme conciencia ideológica se dé en una minoría y hacen que aquel virtuosísimo táctico tenga que ser fundado en una disciplina precisa y exigente. Con ello queda planteada la necesidad de organizar la minoría impulsadora, directora de la humanidad del trabajo en su ascensión geológica hacia el nuevo mundo socialista y de elaborar el programa de la ascensión.

El proceso histórico que acabamos de esbozar en respuesta a la pregunta ¿qué es un sindicato?, contiene implícitamente la delimitación o definición actual del término. Marx epigrafió magistralmente esta función histórica de los sindicatos: «Escuelas de socialismo». El ritmo del progreso social—hasta nuestros días—produce esta diferenciación dialéctica de mayorías y minorías, de masa y dirigentes, que a su vez opera como saludable mecanismo propulsor de aquél. Mientras la porción más sensible se polariza y selecciona adquiriendo por la hondura de su conciencia y las perspectivas de su visión el deber ineludible de ponerse a la cabeza y dirigir y orientar hacia los altos y lejanos fines, el resto, la innumerable multitud continúa en un grado más o menos bajo de inercia, de opacidad y de retraso. Mientras la vanguardia sobre las cumbres del amanecer otea ya el nuevo paisaje, el grueso del ejército está aún ascendiendo penosa y lentamente por la falda y el valle. Y el nexo, la ligazón que permite a la totalidad caminar en dirección justa, determinada, es el sindicato. Al sindicato acuden todos, incluso los más torpes y atrasados, atraídos por la fascinación elemental del mejoramiento inmediato. En el sindicato tienen que luchar, y esa lucha solidaria es la que va forjando su conciencia y dilatando sus horizontes. Del sindicato acaban por salir convertidos en protagonistas de la nueva cultura social. El sindicato como tal tiene, pues, asignada históricamente una función delimitada e intransferible. Debe trabajar y luchar por elevar el nivel material, intelectual y moral de los obreros afiliados, ya arrancando las mejores condiciones revolucionariamente a sus enemigos, ya administrando, mejorando y aumentando la producción. Salirse de esta amplísima órbita para intentar suplantar o absorber a los organismos políticos, monopolizando la dirección de la vida pública, es falsificar su personalidad, desvirtuar su destino y descoyuntar peligrosamente la mecánica social. Existen, sin embargo, quienes influenciados por la tendencia sindicalista discurren diferente y hasta contrariamente. Este es—como hemos dicho—el problema más agudo que tenemos planteado en la organización del nuevo estado social y por consiguiente en la organización de la cultura en este nuevo régimen. Hay quienes razonan con un estilo análogo al de este texto ejemplar y significativo: «Preguntad a cualquier obrero que milite desde hace muchos años en la C. N. T. o en la U. G. T., en cualquiera de las dos centrales sindicales, qué ha habido y hay en España, qué es la revolución social, y os dirá que ésta consiste en conseguir que los trabajadores administren por medio de sus sindicatos todo cuanto ayer tenían en sus manos las clases privilegiadas por medio del capitalismo y el Estado». «La sociología moderna... es... la ciencia que estudia los sistemas de organización de la sociedad para ajustarlos a las más importantes conveniencias generales de ésta. Todos esos sistemas pueden ser expuestos y defendidos en los sindicatos que no son exclusivamente órganos de producción como... suponen cuantos sienten la necesidad de poner en primer plano a los partidos políticos, sino también de opinión por lo mismo que no los integran máquinas o burros de carga, sino hombres conscientes y revolucionarios».

«Buena prueba de que los sindicatos son algo más que instrumento de producción es que a ellos se debe en España la educación social y revolucionaria de los trabajadores. La C. N. T. y la U. G. T., además de ser órganos de resistencias económicas del proletariado español, han sido sus mejores escuelas, y desde ellas han influido con sus opiniones de un modo eficaz en el desarrollo de la vida nacional cada vez más llena de posibilidades revolucionarias. En todos los intentos de transformación social la C. N. T. y la U. G. T. han ocupado su puesto de luchadores de vanguardia».

«Los partidos políticos, como herencia y resto de la sociedad capitalista en bancarrota, podrán ser tolerados hoy porque, indudablemente, sirven a la revolución lo mismo que puede servir la pequeña burguesía. Pero en el mañana próximo, si logramos la revolución proletaria, ni la pequeña burguesía ni los partidos políticos tendrán nada que hacer, porque además de ser innecesarios, constituirán un estorbo». (Editorial de «C. N. T.» del 2 de enero de 1937.)

Estos pasajes, habitados por las afirmaciones más arriesgadas resumen acertadamente todas las fuerzas y estímulos y todas las obcecaciones y ceguedades de la tendencia sindicalista, constituyendo un documento difícilmente superable para el estu-

dio de ella. Vale la pena, pues, analizarlos exhaustivamente (1).

Empecemos por esa imperativa inquisición del concepto de la «revolución social» que hemos de realizar en «cualquier obrero» de la C. N. T. o de la U. G. T. ¿Está seguro el «sindicalista» consciente que ha escrito la editorial citada, que la respuesta del interrogado sería esa en que él ha resumido la concepción ideológica del sindicalismo? La contestación afirmativa sólo puede originarla una fe fantasmalmente lejana de la prosaica realidad, de los tercos hechos. Aun a pesar de que para asegurarse, el editorialista —«sindicalista consciente»— ha injertado en el flanco del problema la exigente condición de que el interrogado «milite desde hace muchos años» en la C. N. T. o U. G. T. (con lo que, *ipso facto*, la inmensa mayoría queda al margen de la cuestión, pues ha ingresado más o menos recientemente; y la prueba truncada por su base), si realizásemos el experimento, los resultados le sorprenderían seguramente, y ello por varias razones. En primer término, porque en la U. G. T. militan desde hace muchos años marxistas que tienen una concepción sobre los Sindicatos idéntica a la que se ha explanado en este ensayo, y trabajadores de otras disciplinas y opiniones políticas que no piensan como supone nuestro editorialista; en segundo término, porque en la C. N. T. militan desde hace muchos años, junto a «sindicalistas conscientes», camaradas de otras tendencias anarquistas que acaso contestaran que la revolución social se ha de organizar en «comunidades libres»; en tercer término, porque existen muchos viejos afiliados a la U. G. T. y C. N. T. que no sabrían responder a la pregunta por no tener ideas claras, ni una convicción ideológica definida, aunque simpatizan más o menos vagamente con una u otra; en cuarto término, porque a los Sindicatos han acudido siempre —y no sólo ahora— muchos trabajadores a obtener pura y simplemente los beneficios de la asociación, siendo ajenos y hasta extraños a cuanto no tenga una relación inmediata y estricta con sus móviles de un egotismo más o menos sano. De manera que aún reduciendo el campo de la inquisición a los antiguos militantes sindicales, no todos serían capaces de responder, y entre los que lo fuesen muchos discreparían de la formulación sentada como apotegma por el editorialista de «C. N. T.».

Dos consecuencias se derivan del hecho —de fácil comprobación— que acabamos de señalar: primera, que el grado de «consciencia revolucionaria» de los trabajadores que integran los Sindicatos es muy variable, pudiéndose establecer una amplia jerarquía de categorías entre ellos; segunda, que entre los más conscientes no reina —ni mucho menos— unanimidad en la concepción programática y estratégica de la «revolución social». Proyectemos la primera de estas consecuencias sobre el conjunto de nuestro problema; la luz más viva aclara y evidencia cuanto hemos afirmado: la división y relación dialéctica de mayorías y minorías y la necesidad de que esta minoría trabaje organizadamente para impulsar y dirigir aquella mayoría. Y si nuestro «sindicalista consciente» empuña con indignación las armas en defensa de los Sindicatos gritando que no son «máquinas o burros de carga, sino hombres conscientes y revolucionarios», ello sólo significa que necesita tremolar esa bandera demagógica para cubrir la realidad y ocultar sus problemas. Pero esa bandera es tan endeble que no puede resistir el menor vendaval crítico. Su propio abanderado lo conoce cuando serena su mente de la arrebatada pasión ideológica, y por eso a la hora de demostrar esa «consciencia revolucionaria» sólo se atreve a apelar a los que «militan desde hace muchos años». Es suficiente una mera comparación estadística entre el número de antiguos afiliados a los Sindicatos y la cifra actual de sus adherentes para que salte a la vista la exigua minoría de aquellos viejos militantes conscientes en relación con la voluminosa mayoría de trabajadores no sindicados o sindicados recientemente. A esta prueba fríamente matemática hay que añadir otra más calurosa, viva y entrañable: la dramática experiencia de sangre, de tantos «intentos de transformación social en que la C. N. T. y U. G. T. han ocupado su puesto de vanguardia». Las minorías organizadas de la F. A. I., de los partidos marxistas y de la Federación Sindicalista Libertaria saben —con sabor amargo de oscuras cárceles, duros tratos y largas persecuciones— lo que cuesta movilizar el gigantesco peso muerto de las masas oprimidas y

deprimidas por la reacción. No, no se puede jugar impunemente con los hechos, ni con la historia. El error cardinal sobre el que gira esta tozuda ceguera sindicalista reside en la simple y superficial concepción que tienen de la democracia. La democracia no consiste en falsificar la realidad —empresa utópica por lo demás—, sino en no aprovecharse de ella para sacar injustos privilegios a costa de las masas. La minoría dirigente puede —y debe— dirigir «en nombre» de la mayoría si de veras dirige «para» la mayoría. Y esta mayoría que no es aún capaz de dirigir y dirigirse, sí lo es ya de juzgar y criticar —más o menos oscura e intuitivamente— a la minoría directora, cuya acción siente reflejarse en su propia vida.

La segunda consecuencia acaba de iluminar toda la zona de nuestra problemática. Veámoslo. Nadie ha dicho nunca —por lo menos nadie que valga la pena de tener en cuenta— que los Sindicatos son «exclusivamente órganos de producción». Por el contrario, quien primero —y de la manera más profunda— habló de ellos como de «las mejores escuelas» «de educación social y revolucionaria de los trabajadores», fué precisamente Marx. Ahora bien, ni son los Sindicatos los únicos que albergan revolucionarios conscientes —como afirma el editorialista de «C. N. T.»— ni parece adecuado o congruente que los órganos de enseñanza pasen a ser exclusivamente los órganos de dirección. Esto último entraña una contradicción que es todo el meollo del problema. En efecto; para que el Sindicato sea esa formación amplia y unitaria de todos los trabajadores, debe organizarse sobre estos dos principios: defensa de los intereses materiales, morales e intelectuales, *inmediatos*, de todos los trabajadores, y libertad absoluta para profesar opiniones y pertenecer a disciplinas ideológicas distintas. Pero esto es precisamente lo que impide que el Sindicato —como tal personalidad colectiva— sea «órgano de opinión». Órgano de opinión sólo puede ser un partido. Afirmar que «los partidos políticos son herencia y resto de la sociedad en bancarrota», que pueden «ser tolerados hoy», que «sirven a la revolución lo mismo que puede servir la pequeña burguesía. Pero, en el mañana próximo, si logramos la revolución proletaria, ni la pequeña burguesía ni los partidos políticos tendrán nada que hacer, porque, además de ser innecesarios, constituirán un estorbo», es un impertinente desconocimiento de lo que son los partidos y de su necesidad. Como hemos dicho más arriba, para luchar contra las enormes fuerzas de la vieja sociedad, para tomar la dirección de la vida pública, para organizar toda la nación con arreglo a una estructura nueva, son necesarios un plan y una estrategia fundamentales que permitan ir dando solución a los inmensos, complejos y graves problemas con criterios generales, experimentados. La suma de aquel plan y aquella estrategia forma lo que llamamos ideología, el conjunto de estos criterios más generales es el programa. Ideología y programa que es evidente desbordan por su altura las lindes auténticas del Sindicato. Los zapateros, los metalúrgicos o chofers, sabrán mucho de sus respectivos oficios y tendrán una táctica eficiente para mejorar las condiciones económicas de su vida o la calidad de su producción, pero no pueden decir nada sobre si debe nacionalizarse la gran industria, entablar relaciones con éste o el otro país, municipalizarse la vivienda, emprender a un ritmo determinado la industrialización del país, realizar tales o cuales medidas militares, establecer ciertas penas a quien hable mal del régimen, etc., etc... Si hay zapateros, metalúrgicos o chofers que tienen un criterio sobre estas «cuestiones generales», lo tienen en cuanto hombres trabajadores con unas convicciones y una ideología específicas, determinadas: marxistas, anarquistas, republicanas... Para hacer prevalecer estas opiniones en la solución de aquellos problemas generales, estos zapateros, metalúrgicos o chofers se asocian con todos aquellos —pertenecan a la profesión que pertenezcan— que tengan el mismo criterio, es decir, la misma ideología y el mismo programa. He aquí el órgano de opinión, el Partido. «El organismo que agrupa a todos los «partidarios» de tal o cual plan, de tal o cual programa. El contenido de este programa. El contenido de este programa —sindicalista, socialista, liberal—, las líneas de este plan no hacen al caso. En este sentido tan partido es el Comunista como la F. A. I., la Federación Sindicalista Libertaria como el Socialista. Querer, pues, suprimir a los partidos y forzar a los Sindicatos a ser «órganos de opinión», esto es, de «dirección», es persistir en la torpeza estrecha y sectorial de hacer que el Sindicato sea un coto cerrado para los que no comulguen con la ideología de sus fundadores. Así ha ocurrido en España, desgraciadamente, hasta ahora. La C. N. T.

(1) En el análisis que sigue hemos prescindido, naturalmente, de todas cuestiones distintas al problema que estudiamos. Así, el carácter de nuestra revolución, el papel de la pequeña burguesía española, la cuestión de si los partidos han fracasado o no realmente, etc.

para los anarcosindicalistas. La U. G. T. para los marxistas. El movimiento sindical se ha desarrollado —escindido y hasta fraticida— irregularmente, perturbado por la absurda querencia de imponerle un marchamo extraño a su genuina salud. Así continúa ocurriendo hoy, a pesar de la creciente voluntad unificadora. Y así continuará mientras haya el empeño lamentable de convertir las «escuelas de socialismo» en rectoras de la nación; porque las tendencias diversas, las distintas escuelas al perderse los partidos buscarían cobijo en los Sindicatos. Y entonces buscarían dos hipótesis: O en el Sindicato sólo podrían entrar los de una ideología determinada, en cuyo caso se formarían tantas sindicales como tendencias, viniendo a ser éstas verdaderos partidos y faltarían los Sindicatos, como tales, con su genuina función. O podrían entrar todos en la central sindical y la colisión se reproduciría en el interior para alcanzar la dirección y dar tales o cuales soluciones a los problemas generales planteados, lo que conduciría a la organización de los partidarios de cada una de las soluciones para hacerlas triunfar y estaríamos como al principio, sin más diferencia que en vez de decir que dirigen o gobiernan estos o los otros partidos, se diría que dirigen o gobiernan estas o las otras «fracciones de partidarios de los Sindicatos». Que es lo que ocurre cuando gobierna o dirige

la C. N. T., que en realidad gobierna o dirige —atiéndase a la filiación de sus ministros— las «fracciones de partidarios» del sindicalismo o del anarquismo, la F. S. L. o la F. A. I. Hasta ahora se les ha denominado a estas «fracciones de partidarios», partidos. Y a la ciencia y arte de resolver aquellas cuestiones generales, política. Pero si, por una vieja tradición, hay quienes tienen fobia a estos términos, no vale la pena de discutir esta vana cuestión psicológico-filológica; libres son de emplear otros.

Una conclusión se desprende irrefragablemente de toda esta lata, extensa y minuciosa disertación: el Sindicato puede y debe colaborar en la dirección de la vida nacional, pues economía y política están vinculadas en una estrecha relación dialéctica. Pero el organismo específico de dirección es el partido. Y si para la dirección y operamiento de las cuestiones de la política general el Sindicato es un instrumento insuficiente e inadecuado, resulta un útil, tosco, estrecho e impreciso cuando se trata de los sutiles, complejísticos y profundos problemas de la política cultural.

Al examen y demostración de ello estará consagrada la segunda parte de este ensayo.

DE LA ALEMANIA QUE VIENE A CIVILIZARNOS: EL ARTE, EN LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN

En páginas contiguas reproducimos un reportaje gráfico publicado a fines de 1935 en el *Kölnische Illustrierte Zeitung*, de Colonia, cuyo elocuentismo y actualidad documentales son inapreciables para evidenciar de forma inapelable la condición y sentido de la «pedagogía» de Estado desarrollada por el fascismo alemán.

Mucho se ha hablado y escrito sobre la caída vertical de la cultura alemana desde el advenimiento del nacionalsocialismo. Pero en nuestra campaña antifascista, en nuestras publicaciones culturales y políticas, se siente demasiado la carencia de documentos vivos que intuyan en las conciencias —muchas veces berroqueñas— de los intelectuales escépticos o neutrales, el fondo verdadero de una lucha que no es pura demagogia, sino contienda histórica, de vida o muerte, por la salvación de la cultura humana.

A este respecto, el documento que insertamos hoy hará reflexionar seriamente a muchos artistas que todavía se resisten a entregar su confianza al pueblo que lucha contra el fascismo; que mantienen la preocupación exclusiva de preservar a toda costa las vidrieras de su individualidad del fragor «extraño y desagradable» de una lucha en cuyo fondo no comulgan ni comprenden.

NUEVA CULTURA consolida y desarrolla la línea de lucha que se ha trazado, sin demagogias ni especulaciones, presentando ante la conciencia de los intelectuales, jirones materiales arrancados a la realidad, como pruebas flagrantes de la gran verdad antifascista.

A raíz del advenimiento de Hitler al Poder, los teóricos y filósofos del nacionalsocialismo estigmatizaban la gloriosa escuela pictórica del impresionismo, señalando con pretendido rigor científico su origen no ario, denunciando su contenido como de grave «peligrosidad democrática». Y el gran pintor impresionista alemán Max Liebermann, al final ya de su larga vida de experiencia y trabajo, es destituido fulminantemente de la presidencia de la Academia de Bellas Artes de Prusia.

La persecución contra los artistas libres arrecia, y Kathe Kollwitz, Karl Hofer, Paul Klee, J. Vinecky, O. Moll, Otto

Dix, C. Lohs, Fritz Wiechert y otros muchos siguen el camino de Liebermann.

Luego el III Reich nos ofrece el espectáculo deplorable del anatema oficial lanzado sobre el mejor caudal de la experiencia plástica de los últimos veinte años. En el texto del reportaje que insertamos, toda experiencia, toda rebusca de nuevos valores técnicos y emocionales en la creación artística, toda realización progresiva en el terreno del arte es calificada de «bolchevismo cultural». Nada más grotesco y vergonzante que esa risa lasciva de los prohombres de la «nueva historia» alemana, ante los frutos óptimos de tanta energía e inteligencia humanas cristalizadas.

Las obras de Schwiters, Klee, Otto Dix, Grosz, etc., son descolgadas de los museos y expuestas a la mofa pública y oficial. Por iniciativa del propio Hitler se organiza una exposición circulante, que bajo el nombre de «arte degenerado» los pedagogos nazis la exponen a la incompreensión de un pueblo esclavizado y hambriento. Y la impotencia creadora del fascismo realiza su venganza en esta feria de sadismo anticultural, como escarnio sangriento a la historia y a la cultura de la verdadera Alemania.

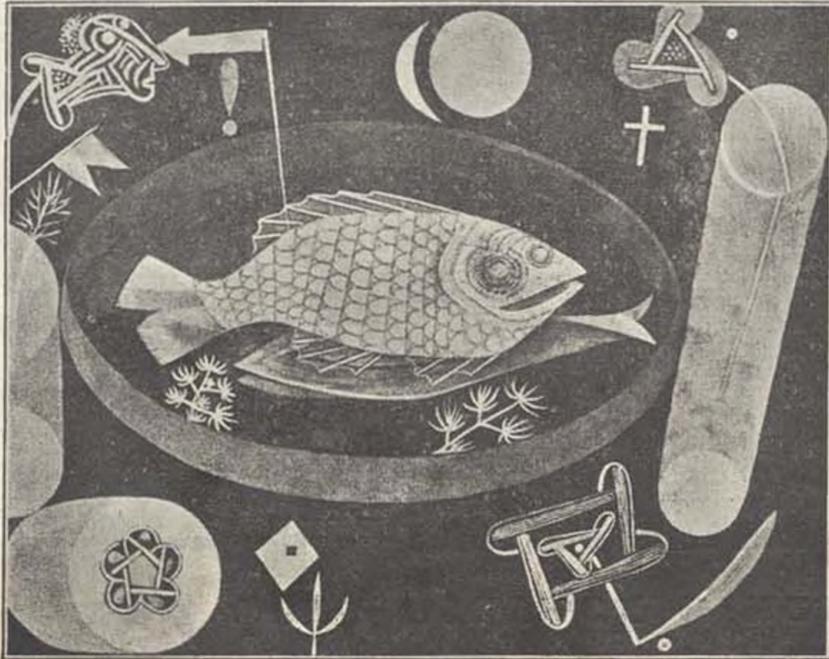
Que cada cual saque sus consecuencias ante este tremendo ejemplo. Nosotros sacamos las nuestras.

Cuando oímos las cínicas declaraciones de italianos y alemanes, que invaden España con el fin de «evitar a toda costa la consolidación del bolchevismo en Occidente», nosotros, intelectuales antifascistas, adivinamos claramente los propósitos que este concepto demagógico encubre, prevemos ya su significación y alcance en el terreno concreto de nuestra cultura.

Si el fascismo consuma su propósito en nuestra tierra, los artistas españoles deben contemplar en el espejo de la realidad fascista el porvenir que les espera: la imagen fiel de su libertad de creación menoscabada y destruída. La gloriosa condición plástica de los pueblos ibéricos, colapsada gravemente, quizás muerta y enterrada para siempre.

Algún día dirían las gentes, con cierto acento arqueológico, como quien se refiere a las fabulosas civilizaciones desaparecidas de la antigüedad: «Aquí estuvo emplazada España.»

Proben einer überwundenen „Kunst“ . . .



8

„Kriegstrüffel“

ist dieses Bild betitelt, das eine niederrichtige Ver-
schönerung der Kriegsverletzten durch Otto Dix darstellt.
Von 1924 bis 1933 war Dix Professor an der
Dresdener Akademie



9 **„Weinberg“**

ein Gemälde von Walter Kuhn. Kaufpreis 450 Mark

*

10

Ende **„Handen Fisch“** — ein „Stillleben“
von Paul Klee. Diese „Ausdrucks-Komposition“
war der Stadt Dresden 5000 Mark wert

SCHRECKENSKAMMER

Die hier veröffentlichten Bilder entstammen der Ausstellung „Entartete Kunst“ die zurzeit in Dresden Wunsch des Führers. der die einzigartige Sammlung besichtigte, soll dieses Kulturdokument auch

Sanderson, für die Kabinets Illustration Zeichnung von Proust Illustration Hofmann



Die Pflege der Kunst ist mit dem Auf der Kunstbesuchung verbunden gewesen; schon seit der Zeit Augustus des Cäsars er- freuten sich die römischen Gemein- schaften des hohen Aufstiegs in der ganzen Welt, und zahl- reiche große Künstler vorwärts mit ihrem Werten und Schaffen in der kaiserlichen Hofstadt. Eine jüdisch-orientale Zeitgenossen hat hier eine kulturspezifische Zeit- schen geschaffen, in der sich in ihrer Kunstpflege und in ihren Kunstwerken das Angestrichen von Generationen und deren Werte- anschauungen spiegelt. Und der Befehl, der die Dresdener Galerien beinahe durchgehend,

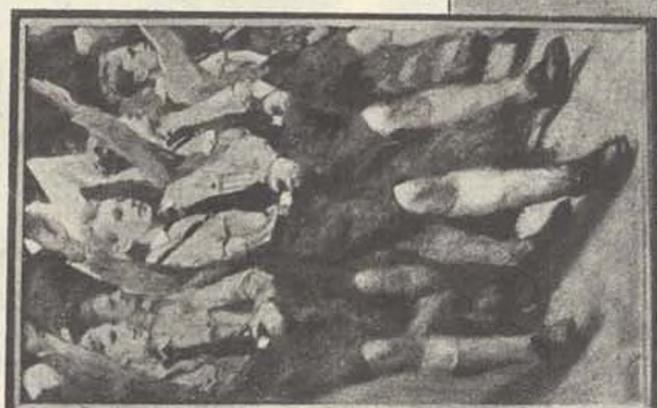
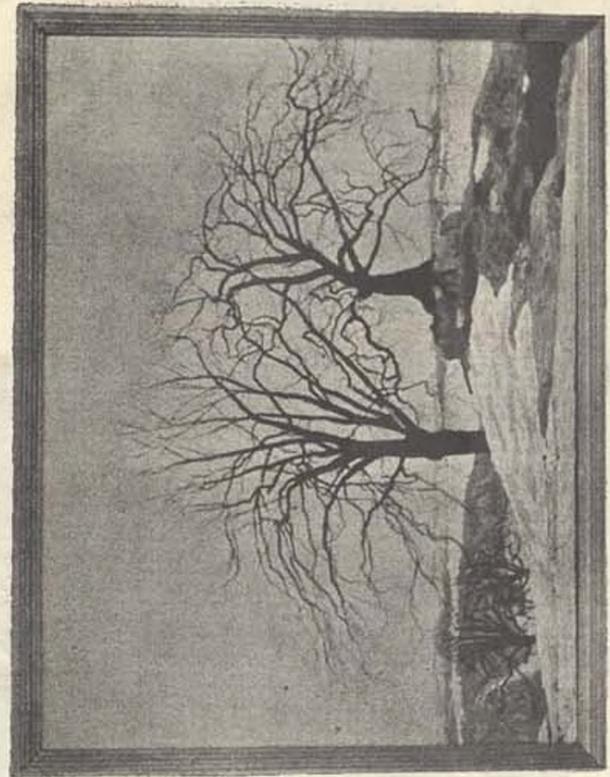
1 Ministerpräsident General Göring besichtigt die Dresdener Schreckens- kammer. Ganz links auf dem Bild der Oberbürger- meister der Stadt Dres- den, Beyer



© Archivos Estatales, cultura.gob.es

... und der Ausdruck einer neuen Zeit

Kunst bei freiem Eintritt im Reichhof der Reichsanzeiger zu beschließen. Ungehörige Volksgemeinschaften haben empört vor diesen „Kunst“-Anstalten. Manches bittere, böse Wort ist angefügt der Bilder über diese „Kunstler“. An den einzelnen Gemälden waren: „Sturme“ angekündigt, die den Namen des Meeres, das Aufschwung und den geschnittenen Preis enthielten. Später den Namen des „Kunstlers“ stand oft in Klammern das begründete Überprüfen: „Vater! Auch der Führer und Reichskanzler besichtigte bei einem Besuch in Dresden diese Schreckensschau; er gab seine



12 Weisheit der Schreckenskammer: W. Meiseburg: „Die Feinden“, ein Bild, das im Jahre 1934 von der Stadt Dresden angekauft wurde (400 Mark)

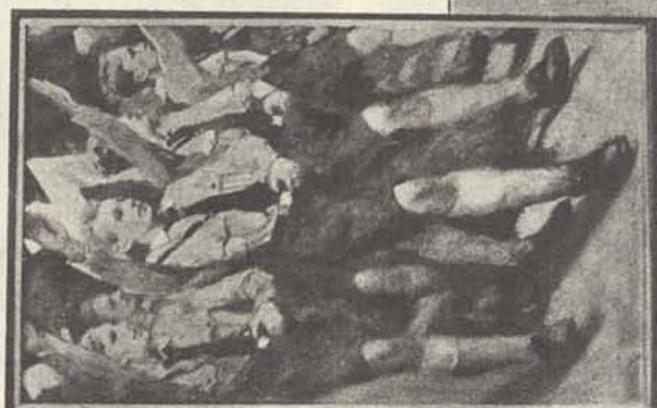
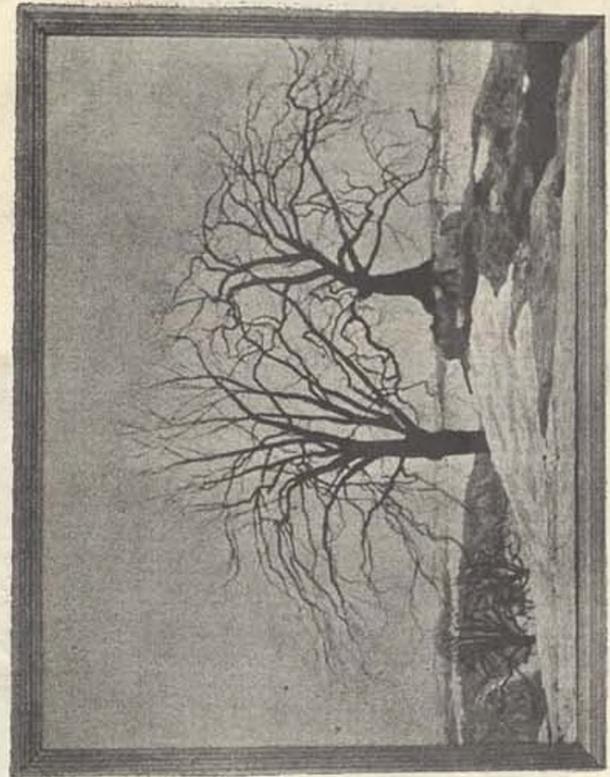
11 „Blutige Jugend“ eine Neuerung der Dresdener Stadtmuseum von Georg Meier aus dem Jahre 1934

Empörung über die Ver- fertigung solcher Bilder ebenso wie über die ge- wissenlosen Antisemitischen Ausdrücke, die für solchen Schand öffentlich ge- wehen, nicht anerkant waren, verächtlich bar- ten. Diese einzig dastehende Schand, erklärte der Führer, müßte in recht vielen deutschen Städten geriet werden. Auch jüdische Mitglieder der Partei- regierung und Partei- leitungen, unter ihnen Mi- nisterpräsident General Göring, Reichsminister für Volkswirtschaft und Propaganda Dr. Goebbels, nahmen Übergraben, die Dresdener „Schreckens- kammer“ zu besichtigen. (aus „Das Volk“ vom 13. November 1934)

13 „Neller am Strand“ heißt dieses Gemälde von A. Gerlach, das der Dresdener Oberbürgermeister Beyer (im Bild rechts) für das Stadtmuseum erwarb

... und der Ausdruck einer neuen Zeit

Kunst bei freiem Eintritt im Reichhof der Reichsanzeiger zu beschließen. Ungehörige Volksgemeinschaften haben empört vor diesen „Kunst“-Anstalten. Manches bittere, böse Wort ist angefügt der Bilder über diese „Kunstler“. An den einzelnen Gemälden waren: „Sturme“ angekündigt, die den Namen des Meeres, das Aufschwung und den geschnittenen Preis enthielten. Später den Namen des „Kunstlers“ stand oft in Klammern das begründete Überprüfen: „Vater! Auch der Führer und Reichskanzler besichtigte bei einem Besuch in Dresden diese Schreckensschau; er gab seine



12 Weisheit der Schreckenskammer: W. Meiseburg: „Die Feinden“, ein Bild, das im Jahre 1934 von der Stadt Dresden angekauft wurde (400 Mark)

11 „Blutige Jugend“ eine Neuerung der Dresdener Stadtmuseum von Georg Meier aus dem Jahre 1934

Empörung über die Ver- fertigung solcher Bilder ebenso wie über die ge- wissenlosen Antisemitischen Ausdrücke, die für solchen Schand öffentlich ge- wehen, nicht anerkant waren, verächtlich bar- ten. Diese einzig dastehende Schand, erklärte der Führer, müßte in recht vielen deutschen Städten geriet werden. Auch jüdische Mitglieder der Partei- regierung und Partei- leitungen, unter ihnen Mi- nisterpräsident General Göring, Reichsminister für Volkswirtschaft und Propaganda Dr. Goebbels, nahmen Übergraben, die Dresdener „Schreckens- kammer“ zu besichtigen. (aus „Das Volk“ vom 13. November 1934)

13 „Neller am Strand“ heißt dieses Gemälde von A. Gerlach, das der Dresdener Oberbürgermeister Beyer (im Bild rechts) für das Stadtmuseum erwarb



3 „Mädchen“ Ein Gemälde von Eugen Hoffmann. Die Stadt Dresden kauft 1934 für dieses Porträt 150 Mark

interessanten Gemälde in die Ent- wicklung der Kunst und zugleich des Kulturlebens ihre Zeit. Die neue, nationale Regierung fand auch auf dem Gebiet der Kunstpflege ein böses Erbe vor. Reichsleiter der Kulturpolitik hatten auch hier dem Kulturbol- shevismus die Kontrolle übergeben und es zugelassen, daß binnen kurzem die bestmögliche Kunst zum Zertrümern des Reiches wurde, was sie der Menschheit vor und wenig sein wird. Trauernd und mächtig standen die ersten Kunst-

2 Der Führer und Reichs- kanzler in der Ausstellung „Entartete Kunst“, die nach seinem Wunsch auf in- andern besichtigen. Gemälde ge- malt von Beyer

GOYA, GRAN ARTISTA DE SU TIEMPO,

que es ser de todos los tiempos, sintió profundamente los acontecimientos que le rodearon.



Fabricación de pólvora y balas, respectivamente, en la Sierra de Tardienta.



CARTELES COMERCIALES

(Véase el ensayo «Misión social del cartel publicitario» en la página 7)



1



2



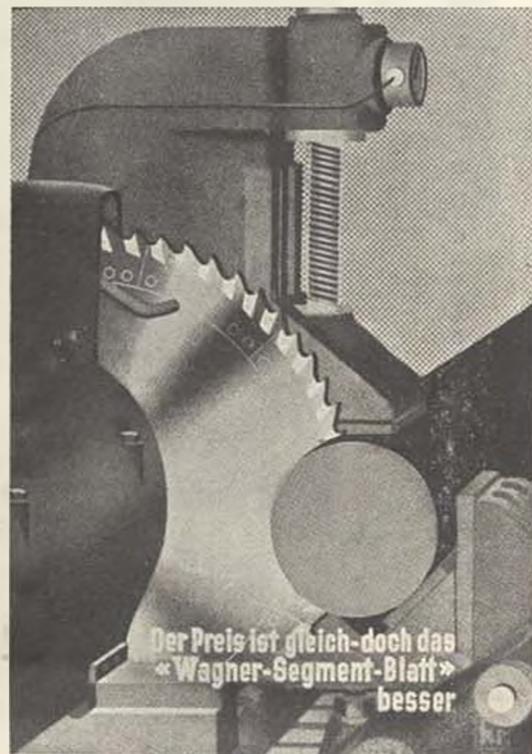
3



4



5



6



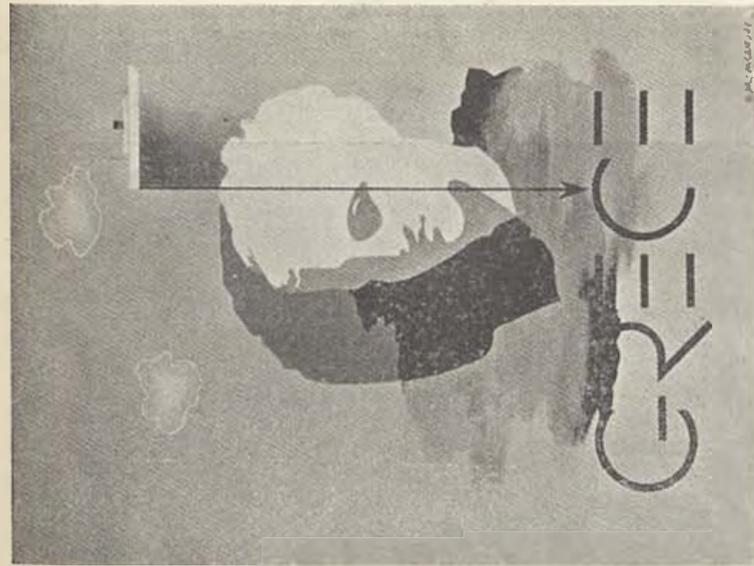
7



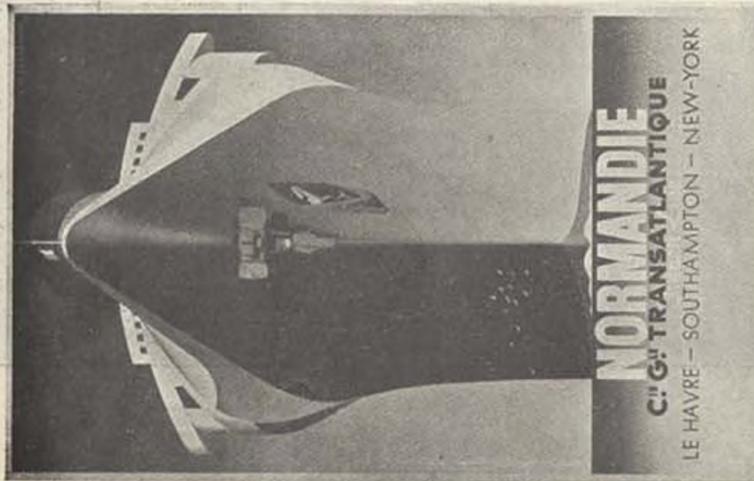
8



9



10



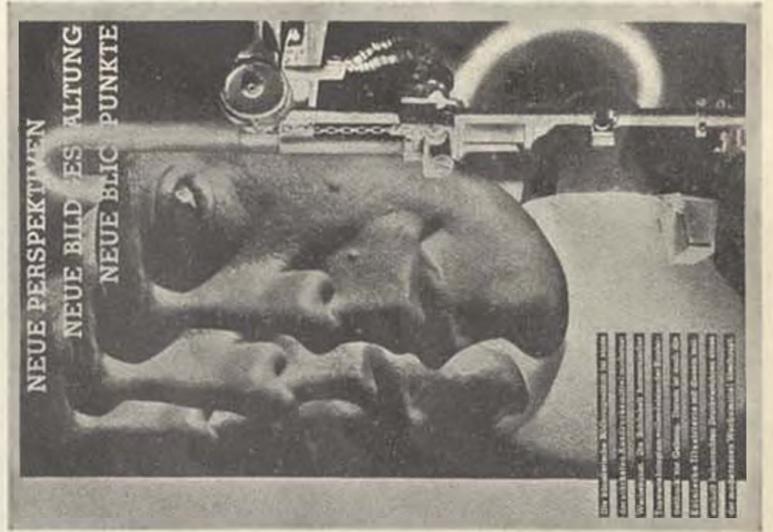
11



12



13



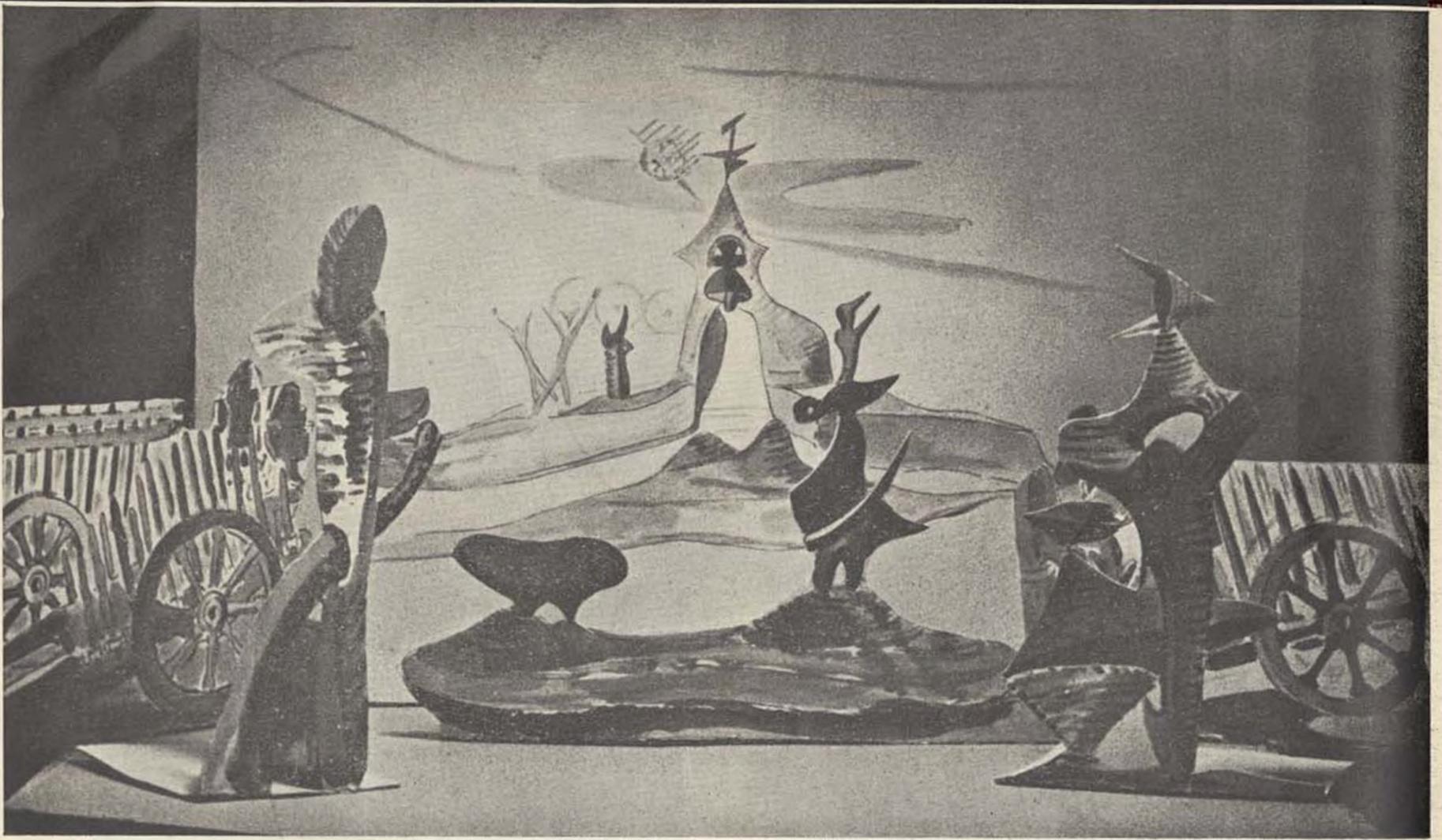
14



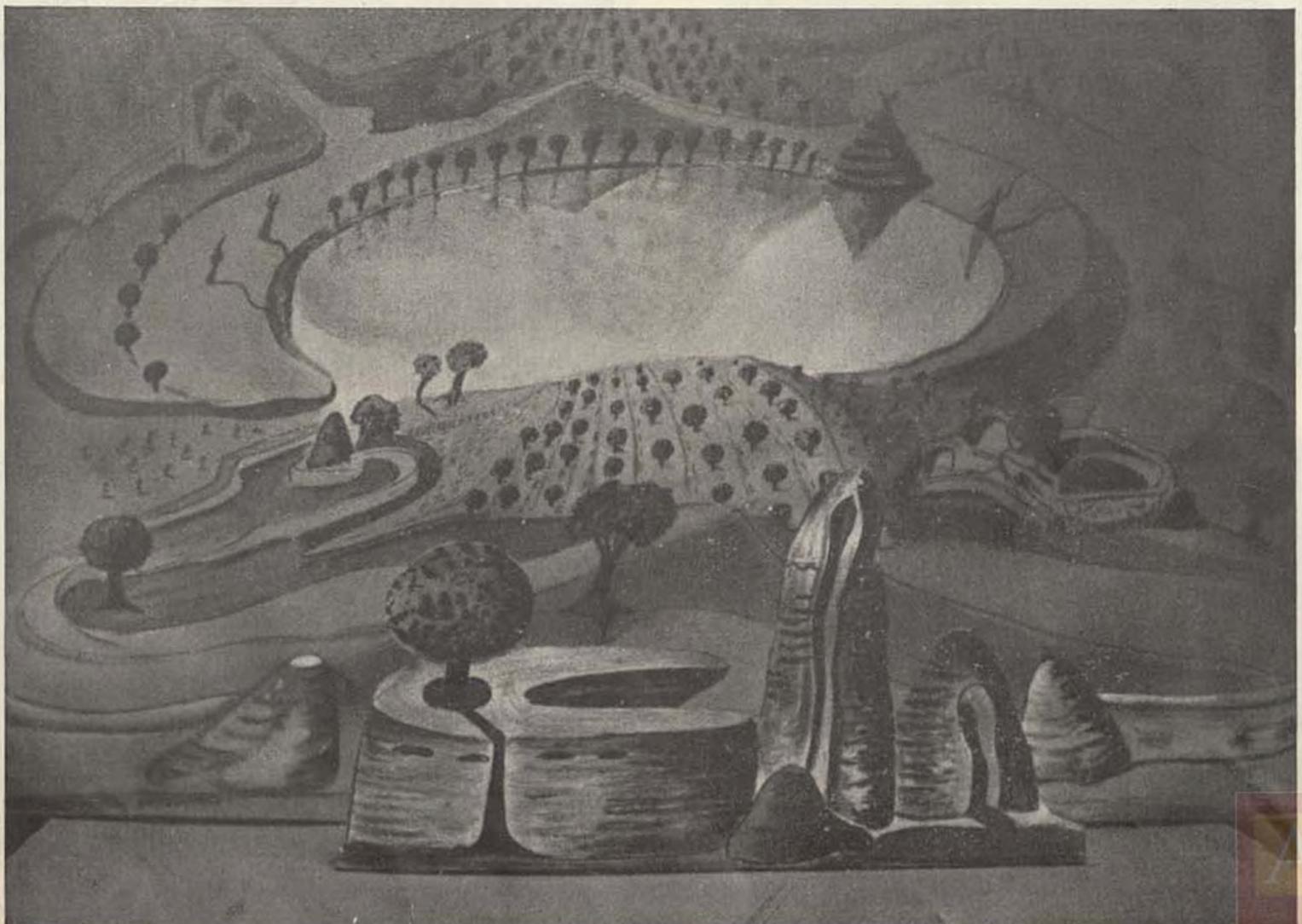
15

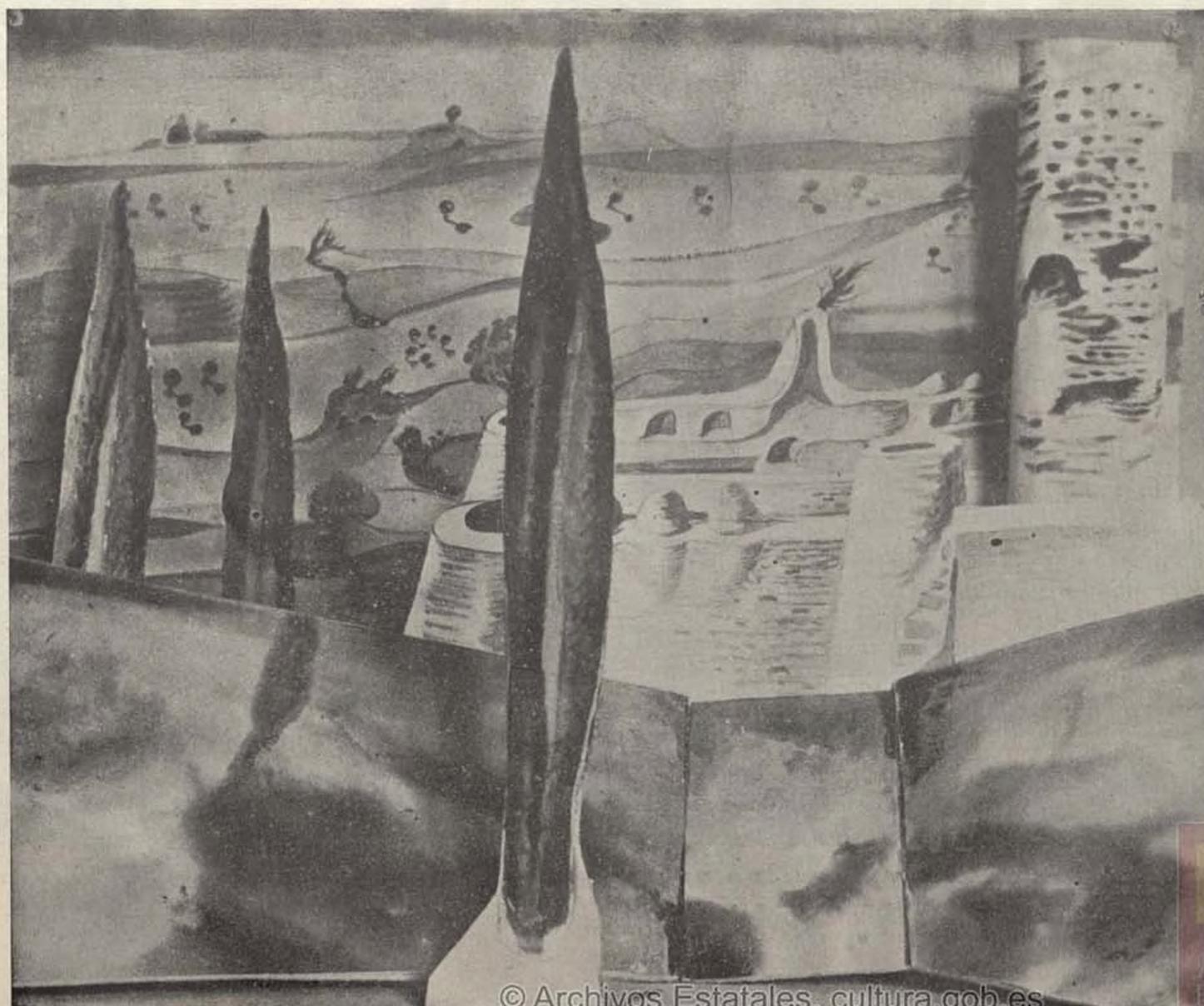


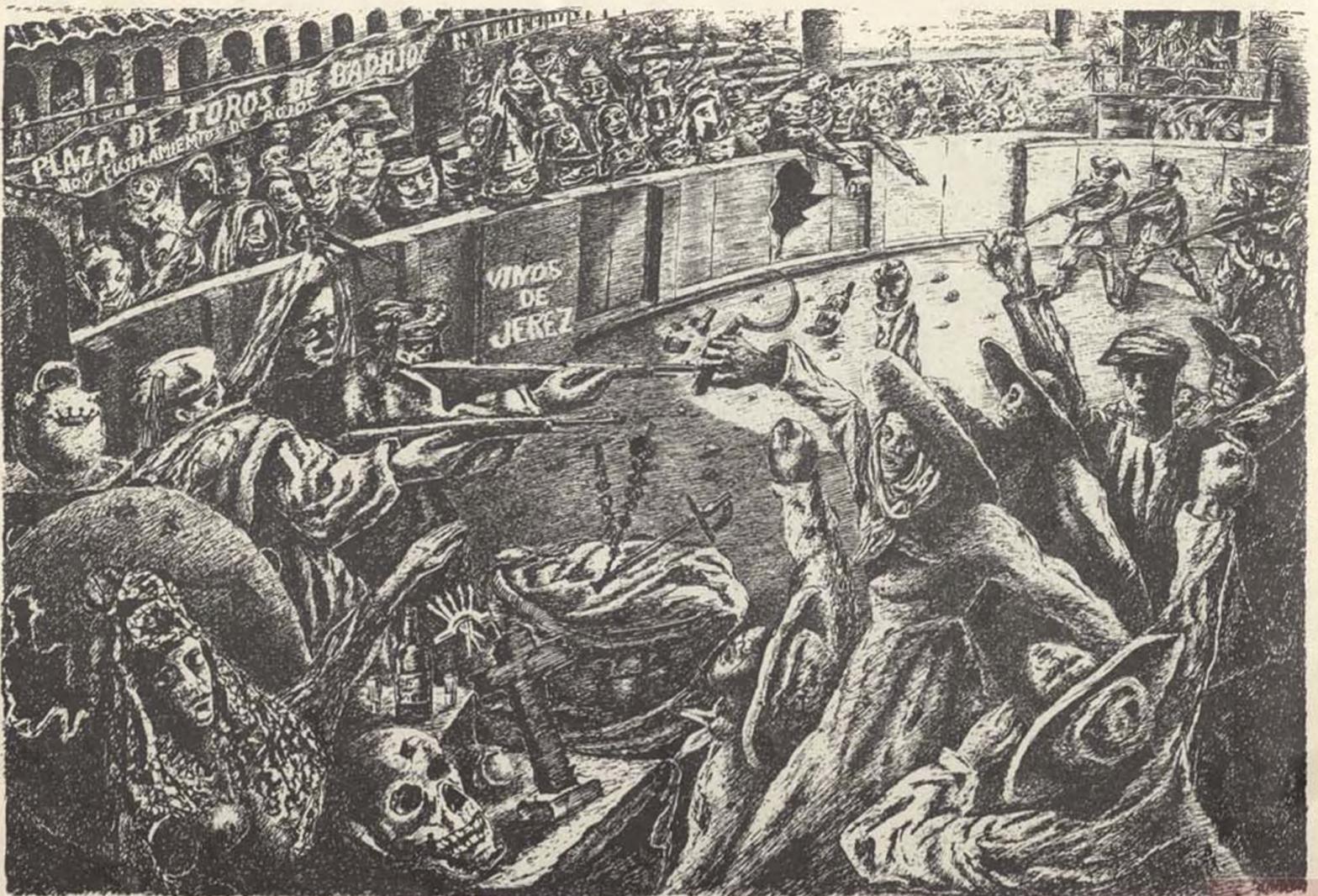
16



DECORADOS DEL ESCULTOR ALBERTO SANCHEZ







DOS DIBUJOS DE RODRIGUEZ LUNA. DE LA MONOGRAFIA QUE, DEL MISMO AUTOR, PUBLICARA PROXIMAMENTE EDICIONES «NUEVA CULTURA»

ELEMENTOS PARA UNA PLÁSTICA

T E A T R A L E S P A Ñ O L A

FRANCISCO CARREÑO

Los decorados y telones pintados por Alberto para la obra *Las Germanías*, no ha mucho estrenada en Valencia, han puesto de manifiesto cómo es posible en la decoración teatral mostrarse con toda su potencialidad una personalidad de la plástica, y cómo también constituye el teatro un medio formidable para poner al alcance de las masas algo que en otro lugar, de una manera aislada, no hubiera podido ser asequible, pero que ambientado, unido a una trama, complementando un determinado ambiente, ha sido capaz de ser alcanzada su intensidad emotiva por un público numeroso que ha visto, por el genio de un artista, cómo surgían de entre los rutinarios y perdidos decorados de oficio, de los manoseados y desaparecidos telones usuales, unos fondos, unas construcciones, unos paisajes cargados de emoción, que le arrebatában la atención, que le impresionaban, que le interesaban.

No es éste el primer caso. El telón de Alberto para *Fuenteovejuna* fué aplaudido con entusiasmo por un público de obreros en su mayoría en un teatro de Valencia.

A las masas les es difícil recoger la emoción contenida, el ritmo, la musicalidad de un poema o de un romance en las irías páginas de una revista; pero si esos mismos poemas o romances van animados con la voz, el tono y el gesto del poeta, esas mismas masas llegan a sentir, y comprender incluso, aquello que antes pasó desapercibido para ellas.

A las masas les es dificultoso llegar a recoger los mensajes ardientes que les envía un cuadro o un dibujo. La atención se les dispersa y se diluye entre la cantidad de cuadros que su mirada abarca en el local de una exposición, donde los visitantes dialogan, se le cruzan, le distraen. El cuadro y la escultura llegan a ser para él algo extático, inanimado, como el adorno de la alfombra que pisa, o el de la cortina que pende en la pared.

La decoración es también un cuadro, pero cuyos personajes son de carne y hueso, se mueven en él, dando por eso un mayor aspecto de realidad al espectador. El diálogo, el ambiente de la obra son estímulos para la comprensión de su complemento: la decoración.

De ahí que esos telones de Alberto, que son sus equivalentes a sus dibujos inaccesibles a los no educados en las artes plásticas, hayan sido capaces de emocionar a una multitud de espectadores. (Véase en las páginas de grabados los decorados de Alberto.)

No quiero ahora sacar consecuencias ni extenderme más en tan interesantes casos. Este trabajo lleva un título y a él me atengo.

Los artistas españoles han sido grandes en la medida que han sido más españoles. Ni un caso podríamos señalar de entre nuestros genios del arte español, que pudiéramos decir que su genialidad no había surgido de las entrañas de nuestro país y de nuestro carácter. Buenos artistas, inteligentes artistas, eruditos, sí podríamos mostrar, cuya personalidad se ha formado de influencias extranjeras. En cada país, sus pintores geniales han clavado fuertemente sus pies, han trabajado envueltos en los ecos de pueblo. O se han llevado a otro país su espíritu ya forjado de antemano, capaz de identificar en su obra su nacionalidad.

Esto no es nacionalismo. Esto es experiencia.

El científico y el artista son producto de una experiencia. Los elementos de que se sirve el artista para realizar sus experiencias son la ciudad o el campo donde crece y se forja, el sol, sus ríos, la civilización que le rodea, el influjo de la tradición, y su espíritu, su sangre, sus pasiones. No cabe duda que las culturas se influyen unas a otras. Pero a través de un común pro-

greso y de un anhelante caminar, esos elementos antes aludidos son los que por penetrar más directamente en su ser, dominan en su obra y son el termómetro de su genio.

En un momento en que los inteligentes artistas de la plástica española eran unos afrancesados, porque la llama purísima del arte español se había apagado, y además por carecer éste, al no progresar, de las nuevas formas que el lenguaje plástico, en su ascenso, había adquirido, Alberto, panadero de oficio, dibuja y pinta en las mesas de los cafés y en las barriadas populares todos los tipos de que el pueblo madrileño está lleno. Alberto no sólo sabe qué formas y qué color adquieren los cuerpos y los zapatos de las mujeres de las casas-colmenas, sino también de los chismes que se cuentan y los dramas de estas miserables mansiones. Su lápiz recorre todos los rincones populares. Es un verdadero recuento de lo auténticamente popular.

Cuando apura en la ciudad todo un caudal de ambiente, de colores, de tragedia popular, Alberto marcha al campo, al campo castellano, al cerro de Vallecas, y descubre en el paisaje manchego una riqueza inédita e insospechada. Desde el panorama monumental, hasta la arcilla y las tierras que sus manos recogen, son estudiados por él con interés, con una intuición, como un científico que construyera el principio y el fin de una gran ciencia completa.

El que conoció la vida popular de la ciudad, conocía ya el campo, y como consecuencia aparecía en ese momento ante nuestros ojos una obra cuyo color, cuya forma escultórica, cuya personalidad recordaba, siendo otra, nuestros Berruguete, Zurbaranes, Velázquez, etc.; en una palabra: el arte auténticamente español con la inquietud plástica de nuestro tiempo.

La rudeza, la calidad, la forma del paisaje castellano había sido recogida poco a poco en el espíritu y en la obra de Alberto. Desde ese momento podía hablarse de un arte plástico español. Alberto ha hecho que los artistas nos fijemos en España con pasión y que aprendamos a recoger la sabiduría plástica de la Francia de vanguardia; pero no su espíritu, que por no ser nuestro, por no ser de nuestro ambiente, llegaba, en su importación, como fruta que hubiese perdido su frescura y su fuerza.

Alberto nos ha enseñado que el gracejo de la técnica no conducía más que a una erudición cerrada y muerta, sin continuidad ni estructura orgánica. Nos ha dicho cómo la realidad, la realidad española, es, por infinita, una fuente inagotable de creación. De ahí la continuidad y el ascenso de su obra que hace que se nos muestre rica en formas nuevas surgidas de su experiencia rural.

Alberto nos ha enseñado a decir no solamente que esto o aquello es plástica podrida, sino también si es o no español.

Su magnífico telón de Castilla, por no citar otro, nos muestra elocuentemente un concentrado resumen de todo lo que ha recogido del paisaje castellano. Paisaje maduro, resultado de una sedimentación laboriosa de las experiencias propias recogidas en el contacto diario con la Naturaleza, la de España, la de Madrid.

Los decorados de Alberto nos descubren cuáles son y dónde hay que buscar los elementos para una plástica teatral española.

Pero, ¡cuidado! Alberto nos muestra también que su camino se puede recorrer solamente desde su origen, que es la realidad española, y no a través de imitaciones más o menos sabias, pero faltas de las fuerzas creadoras que da a todo lo surgido de la elaboración propia, del contacto directo con la realidad infinita. Y al partir del mismo origen no sólo recorreremos el camino de Alberto, sino que trazaremos nuevas rutas inéditas.

Ese origen es la realidad española.

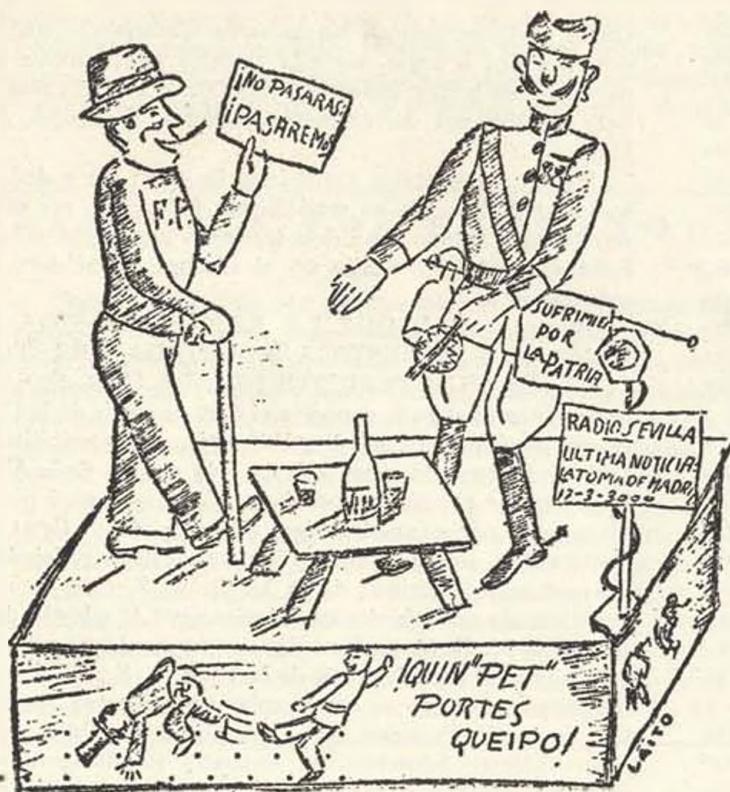


Ramón Puyol, dibujante de «Mundo Obrero», es uno de los poquísimos dibujantes que desde hace años puso sus conocimientos profesionales al servicio de la causa antifascista.

Ultimamente ha dado publicidad a una colección de diez litografías y otra de treinta y dos dibujos. Puyol, con su peculiar estilo, ha dibujado una serie de monstruos en sus litografías, simbolizando: al alarmista, bulista, pesimista, etc.; en la otra colección ha editado treinta y dos dibujos publicados en las páginas de «Mundo Obrero».

ENGUANY LES FALLES

S'HAN PLANTAT FORA DEL TERME



Ha aquí el boceto de la falla que los camaradas valencianos de la 1ª Compañía de nuestro Batallón, han instalado frente a nuestra Comandancia Militar y Consistorio de Guerra.

Para nosotros ha sido una gran sorpresa este hecho pues como valencianos también, ya sé nos hiba acordando la nostalgia de aquellas horas vividas por esta fecha en nuestra querida Valencia.

... VALENCIA ...
-o-o-o-o-o-o-o-

Desde tierras lejanas de Granada en donde lúcho contra el cruel fascismo, mi pensamiento, buscando un ancho abismo a Valencia dirige su mirada. Tu eres Valencia, cual la tierra esposa que sabe defender su hogar sagrado. Ideal de ti me han separado para aplastar a la traición odiosa. Mas al sonar las marchas triunfales que humillen para siempre a los canallas, ¡Oh mi Valencia!, volveré a tu tierra... y con ritmo de notas musicales surgiran los encantos de tus "fallas" de que hoy te priva fratricida guerra.

C. LOPEZ DE ARCE

Frente Granada. 19/3/37.-

XXX X

NOTICIAS DE ULTIMA HORA. Transmitedas por radio Madrid.

Sector de Guadalajara: Las seis de la tarde.- Se ha operado brillantemente durante el día de hoy en este sector, con una acción que ha descompartido al enemigo el cual ha abandonado 4 piezas de artillería, 2 ametralladoras y hecho varios prisioneros italianos.- Se ha pasado a nuestras filas un soldado de moralidad portuguesa.

10 noche.- Ha continuado con gran ímpetu el avance iniciado esta mañana en este sector, viéndose obligadas las tropas fascistas a retroceder aban-

donando sus posiciones y dejando en pleno campo el siguiente material de guerra: 6 cañones, 60 camiones y gran número de munición. Además se los hizo mas de un centenar de prisioneros. Ha sido retirado del campo de batalla el cadáver de un Teniente Coronel italiano.

Por esta misma emisión y desde hace tres días se ven radiando los nombres regimiento o división y población italiana, de cada uno de los prisioneros hechos en este sector por nuestras tropas, a los que previamente se les ha tomado la debida declaración.



Enguany les falles s'han plantat fora del terme de Valencia, per que així ho ha manat el senyor alcalde, o com ara s'estila, el president del Concell Municipal.

L'ALIANÇA DELS INTEL·LECTUALS PER A LA DEFENSA DE LA CULTURA s'ha quedat amb les seves falles per plantar i "NOVA CULTURA" no ha pogut fer cridar per els cantons el seu "llibret". Tots ens havien fet a l'idea que la més popular de les festes valencianes havia estat esborrada de la memòria dels nostres compatriotes...

Pero vetací la sorpresa: del front de Granada ens arriba un "llibret de falla"; els combatens valencians del BATALLÓ JOAN MARCO han plantat falla i l'han cremat, tot aixó acompanyat de "serenata", "desperta" i bell humor.

Si ací a la reraguarda hi hagut qui s'ha esquinçat les vestidures escrivint del afront que representaven les falles de L'ALIANÇA per als nostres soldats, els nostres combatents davant Granada, ens responen eloqüentment, en nom propi i en el dels seus companys de Pozoblanco, Toledo, Madrid i Terol...

NOVA CULTURA

COL·LABOREN:

Emili Nadal.

F. Almela i Vives.

Carles Salvador.

Regino Mas.

DIBUIXOS DE GORI MUÑOZ.

FOTOS DE JOSEP RENU.

NUMERO EXTRAORDINARI DE LES FALLES

EIXEMPLAR:

60

CENTIMS

ELS ENEMICS DEL POBLE AL INFERN

P A Í S V A L E N C I À

N A C I O N S D E L A U. R. S. S. I D' E S P A N Y A

E M I L I V A D A L

Entre els molts fets renovats i confirmats del 18 de juliol ençà, figura d'una manera sobresortint el paper jugat per les nacionalitats minoritàries peninsulars en la lluita contra el feixisme intervencionista i feló. Des que amb l'adveniment de la República, començà la política dels Estatuts recolzada en les forces que s'agrupen avui en el Front Popular, hom havia dit en tots els tons que el reconeixement de la personalitat a les minories nacionals serviria per a reforçar els lligams fraternals entre tots els pobles d'Espanya; però calia fer-ne l'experiència, i aquesta arriba ara plenament, amb el magnífic espectacle de solidaritat antifeixista donat per Catalunya, Euskadi, País Valencià, etc., junt al poble espanyol. Actitud fraterna i solidària que s'extendrà a Galícia i al Marroc el dia que l'Exèrcit popular de la República arribe en aquelles terres a lliberar-les.

No solsment aquesta guerra que vivim fa vuit mesos ha ratificat la bona política republicana de cara al problema de les minories nacionals, sinó que també ha eixamplat els límits de la qüestió: hom no pot limitar-se ja a parlar de les autonomies amb un criteri superat, sinó que en el futur immediat, quan una nova Constitució vinga a fer el balanç dels guanys i avenços de la present crisi de creiximent del nostre poble, el fet minoritari espanyol serà resolt d'acord amb les normes de llibertat i autodeterminació que han fet ja llur experiència en altres latituds.

No fa gaire mesos encara, que la U. R. S. S. s'ha donat una nova Constitució a la que s'apar d'una fàisó exemplar la solució socialista al problema de les nacionalitats, tan enverinat a l'etapa del capitalisme imperialista. Ella ens mostra un camí recte i net segons la fórmula viva d'una estreta unió econòmica i militar, junt a una independència amplíssima i una llibertat completa de desenvolupament de totes les cultures nacionals.

El 25 de novembre de 1936, quan Madrid acabava de consolidar a penes (i amb quina còpia d'heroisme!) el seu front de guerra, a l'altre extrem d'Europa s'obria, a Moscou, el VIII Congrés del Soviets, encarregat de discutir i aprovar la nova Constitució: balanç i ratificació de la política ascendent d'implantació del Socialisme en l'etapa 1924-1936.

Quina ha estat l'aportació nova a la qüestió de les nacionalitats? Deixem la paraula a Josep Stalin, reproduint algunes de les declaracions fetes en el seu discurs d'inauguració del Congrés:

«Vaig a parlar de la qüestió de les relacions entre nacions, a la U. R. S. S. Com hom sap ja, la Unió Soviètica comprén a l'entorn de 60 nacions, grups nacionals i nacionalitats. L'Estat soviètic és un Estat multinacional. Bé es comprén que la qüestió de les relacions entre els pobles de la U. R. S. S. no pot deixar de tindre per a nosaltres una importància de tot primer ordre.

La Unió de les Repúbliques Soviètiques Socialistes es va formar, com hom sap, en 1922, al Congrés primer dels Soviets de la U. R. S. S. Es va formar sobre la base de la igualtat i de la lliure adhesió dels pobles de la U. R. S. S. La Constitució adoptada en 1924 i actualment en vigor, és la primera Constitució de la U. R. S. S. Era aquella una època a la que les relacions entre els pobles no estaven encara degudament organitzades, en la que les supervivències de la desconfiança envers els «rusos grans» no havia desaparegut encara, en la que les forces centrífugues seguïen obrant encara. Calia en aquestes condicions establir una relació fraternal dels pobles, sobre la base de l'assistència mútua, econòmica, política i militar, agrupant-los en un sol Estat multinacional federat. El poder soviètic no podia deixar de veure les dificultats d'aquesta obra. Tenia davant seu les experiències mancadades dels Estats multinacionals dels països burgesos. Tenia davant seu l'experiència abortada de la antiga Austria-Hongria. I tanmateix, es decidí a fer l'experiència de la creació d'un Estat multinacional, perquè sabia que l'Estat multinacional, sorgit sobre la base del Socialisme, devia triomfar de totes les proves.»

Així ha parlat Stalin, cap del Partit Comunista de la U. R. S. S., Partit que dirigeix l'edificació socialista en una

sisena part del món. I en la nova Constitució soviètica, que comença ara a regir, aquesta política constructiva envers les nacionalitats minoritàries es reflecteix d'una manera evident: onze repúbliques soviètiques socialistes, federades, formen la Unió.

Veïem els principis a què hom ha obeït per a definir la personalitat política de les repúbliques federades, per sobre de les repúbliques autònomes i dels territoris nacionals, tal i com han estat exposats per Stalin en el discurs a què fem referència més amunt:

Primer. «CAL QUE LA REPUBLICA SIGA PERIFERICA, QUE NO ESTIGA RODEJADA PER TOTS ELS COSTATS D'UN TERRITORI DE LA U. R. S. S. Perquè si la República federada conserva el dret de sortir de la U. R. S. S., és necessari que aquesta República tinga la possibilitat de plantejar lògicament la qüestió de la seva sortida de la U. R. S. S. Mes aquesta qüestió no pot ésser plantejada sinó per la República que, per exemple, siga limítrofe d'un Estat estranger qualsevol, i que, per consegüent, no estiga rodejada per tots els costats pel territori de la U. R. S. S. Cert que no tenim Repúbliques que plantegen pràcticament la qüestió de llur sortida de la U. R. S. S. Però des del moment que una República federada té el dret de sortir de la U. R. S. S., cal fer de manera que aqueix dret no es converteixi en un paper mullat desproveït de sentit. Prengam com exemple la República de Baxkíria o de Tatària. Admetim que aquestes Repúbliques autònomes siguin elevades a la categoria de Repúbliques federades. Podrien plantejar, lògicament i pràcticament, llur sortida de la U. R. S. S.? No! I per què? Perquè estan voltades de tots costats per repúbliques i regions soviètiques i realment no tenen per on sortir de la U. R. S. S.»

Segon. «CAL QUE LA NACIONALITAT QUE HA DONAT SON NOM A LA REPUBLICA SOVIETICA REPRESENTI EN AQUESTA REPUBLICA UNA MAJORIA MES O MENYS COMPACTA. Prengam per exemple la República autònoma de Crimea. És una república perifèrica, però els tàtars de Crimea no tenen pas la majoria, en aquesta república; aus al contrari, representen la minoria (és a dir, que són la minoria més nombrosa sense arribar a la meitat més un de la població: nota d'E. N.). Per consegüent, seria fals i il·lògic de fer passar la República de Crimea dins de la categoria de les repúbliques federades.»

Tercer. «CAL QUE LA REPUBLICA NO SIGA MASSA PETITA EN EL QUE FA REFERENCIA A LA POBLACIO, que aquesta, digam, no siga inferior, sinó superior a un milió, al menys. Per què? Perquè seria un error suposar que una petita república soviètica contenint una població mínima i tenint un exèrcit insignificant, pot comptar amb una existència independent en tant que Estat.»

La Unió Soviètica està integrada per les següents repúbliques federades, totes iguals en drets: Rússia, Ucraïna, Rússia blanca o Bielorrússia, Azerbaidjan, Geòrgia, Armènia, Turkmènia, Uzbèkia, Tadjikia, Kazàkhia i Kirghízia.

La República federada de Rússia conté les Repúbliques autònomes de Tatària, Baxkhíria, Daghestan, Buriato-Mongòlia, Kabardino-Balkària, Kalmíquia, Carèlia, dels Komis, Crimea, dels Mariis, dels Mordves, dels Alemanys de la Volga, Ossècia del Nord, Udmúrcia, Txetxeno-Ingúxia, Txuvàtxia i Iacútia; amb les regions autònomes dels Adighés, Jucús, Karatxais, Oirots, Hakassos i Txerkessos.

La República d'Ucraïna comprén la República autònoma de Moldàvia. La República d'Azerbaidjan conté la República autònoma de Nakhitxevan i la regió autònoma del Nagorno-Karabakh. A la República de Geòrgia s'hi troben les Repúbliques autònomes d'Abkhàzia i Adjària, amb la regió autònoma de l'Ossècia del Sud. La República d'Uzbèkia té la República autònoma dels Kara-Kalpaks, i en la de Tadjikia està la regió autònoma del Gorno-Badakhxan.

De tota aquesta enumeració, una mica seca tot i no com-

prendre més que els principals nuclis nacionals de la U. R. S. S., hom treu la conclusió evident de l'extraordinària complicació de l'organisme nacional i cultural de la Unió Soviètica. Davant d'un fet semblant, el vell estil imperialista i insensible prenia sempre el gest de l'estruç, i ignorant tots els irredentismes frapava cegament sobre els pobles amb un menyspreu total de llurs aspiracions a una cultura nacional. El coratge i l'acuitat amb què el Partit Comunista ha atacat i resolt el problema de les minories nacionals de la URSS, és un exemple decisiu; allà s'ha donat la solució orgànica i definitiva al pleit secular, contrastant amb la política tèbia, confusa i dubitativa de Ginebra.

Perxò ara, quan es planteja a la nostra Península, parella-

ment, la solució a totes les reivindicacions espirituals de les nacionalitats, els nostres ulls es giren vers la Unió Soviètica i els fets que allà es produeixen ens marquen un camí sense possible pèrdua. Als noms, exòtics a les nostres oïdes, de la immensa Unió Soviètica, es substitueixen ací els del País Valencià, Balears, Catalunya, Euskadi, Galícia, Marroc... Però ací com allà, la lliure autodeterminació dels pobles a disposar d'ells mateixos, serà una realitat colmada, salvant i exaltant la potència creadora dels pobles en tot el que guarden d'original. Mantinent a l'ensem la unió fraterna, socialista i universal dels que a tot arreu del món lluiten, pateixen i treballen per una vida millor.

SALUDO A LOS ESCRITORES Y ARTISTAS ESPAÑOLES

RAUL GONZALEZ TEÑON

Como hombre, ¿quién puede estar del lado del crimen innumerable? Como poeta, como artista —repetamos que el arte no debe ser propaganda, pero *debe servir* a la propaganda cuando del destino del hombre y del mundo se trata (y así en todas las grandes épocas de la historia ocurrió)—, ¿quién puede huír del parapeto y renunciar a la embestida? Hay dos parapetos. Dos frentes. Sea en el de las máquinas de matar —¡ de crear!—, sea en el de las de escribir —¡ de matar, de crear!—, ningún intelectual, a riesgo de demostrar que no lo es, puede eludir la responsabilidad de la hora. Así lo hemos entendido en América quienes fuimos España desde el primer momento, quienes somos España, quienes desde el primer momento, digo, estuvimos con la causa de España leal, que hoy es la causa del mundo, la del HOMBRE, nada menos. Todos los que somos España en el mundo estamos a vuestro lado, camaradas españoles. Yo os co-

nozco. Yo os he visto. Yo sé cómo os habéis alistado, en un frente, en el otro. Vosotros, los que dais tono. Conozco vuestros muertos. Os sé incorporados sobre la ceniza. ¡Cómo quema! Os vi en Barcelona, en Valencia. Os veré en Madrid. Os sé útiles en el extranjero—¡ todavía en el parapeto!—, luchando allí por España. No conozco a los neutrales, porque los desprecio. No quiero conocerlos. No existen. No hay ángulo posible para el tercer partido colocado entre dos bandos. En nombre de la Asociación de Intelectuales, artistas y escritores de Buenos Aires, de paso para Madrid y a las puertas del fuego, saludo en Federico García Lorca a la víctima suprema del crimen innumerable, y saludo en vosotros, artistas y escritores militantes, al pensamiento vivo al servicio de la conciencia libre.

Valencia, marzo 37.

REVISTAS MADRID

CUADERNOS DE LA CASA DE LA CULTURA. - NUM. 1. - VALENCIA

Indice: «Notas de actualidad», por A. Machado. 9.—«Mecanismo de las diversas clases de visión binocular y, en especial, de la estereoscópica», por M. Márquez. 11.—«Citas literarias sobre entonación emocional», por T. Navarro Tomás. 25.—«Veinte años de investigaciones acerca de densidades gaseosas», por E. Moles. 33.—«La caja de plata repujada de San Isidoro de León», por Ricardo de Oruela. 53.—«Mito de la Verdad y Arrogancia de la Triste Figura (Genio y paradoja de don Ramón del Valle Inclán)», por Juan José Domenchina. 63.—«Vitaminas y sistema nervioso», por M. Prados Such. 71.—«¿Hay un derecho natural?», por Antonio Zozaya. 77.—«Sobre la electricidad en la atmósfera», por A. Duprier. 85.—«Hacia otras maneras de educación», por Angel Llorca. 89.—«La guerra como causa de alteraciones psíquicas», por J. M. Sacristán. 93.—«Crisis y futuro de la Universidad», por Gonzalo R. Lafora. 97.—«Locos, enanos y negros en la Corte de los Austrias», por J. Moreno Villa. 105.—«Poesía integral», por León Felipe. 119.—«Fantasía y juego (notas para un ensayo)», por Federico Pascual Roncal. 127.—«La hipótesis individualista», por Pedro Carrasco. 131.—«La escuela hogar», por Justa Freire. 139.—«En el Puente de la Trinidad», por Juan de la Encina. 143.—«Recuerdo a Federico García Lorca», por J. Moreno Villa.

Dibujos y reproducciones de López

NOTAS



CRITICAS

Mezquita, Arteta, Victorio Macho, Solana, Capuz y Cristóbal Ruiz.

En esta revista, más que señalar el valor intrínseco de su contenido —denso y complejo—, importa destacar el mero hecho de su presencia.

Que haya sido posible su publicación en momentos en que España entera vierte con generosidad su sangre en defensa de su independencia, amenazada por la traición de unos generales sublevados que no han vacilado en abrir las puertas de nuestra patria a verdaderos cuerpos de ejércitos invasores, es el testimonio más elocuente del amor que el pueblo español en armas siente por los altos valores de nuestra cultura.

Que se enteren bien los Gobiernos vacilantes de las viejas democracias europeas; que hojeen las páginas de esta revista algunos de nuestros intelectuales

que desde más allá de las fronteras pretenden vivir ajenos a los dolores de nuestra España y tratan de justificar su egoísmo o su cobardía cerrando los ojos a la verdad y dando oídos a informaciones ruinmente tendenciosas.

En España, en la España de los rojos, en la España popular, gentes nacidas de la entraña misma del pueblo, gentes que con heroísmo ejemplar afrontan todos los sacrificios—como esas milicias abnegadas del quinto Regimiento—, se cuidan amorosamente de que sus mejores investigadores, sus artistas, sus poetas, puedan continuar su labor. Se protegen contra los aviones facciosos nuestras viejas obras de arte, nuestros museos, nuestras bibliotecas, y se rodea a nuestros intelectuales de hoy de un ambiente propicio para que, aún en medio de la angustia de nuestra guerra, puedan mantener viva nuestra tradición de cultura.

Y esta actitud de nuestro pueblo la alienta y estimula un Gobierno que, agobiado por la imperiosa necesidad de hacer frente a los problemas apremiantes del momento, no olvida en ningún caso su augusta función de encarnar ante el mundo la auténtica continuidad de la personalidad histórica de España.

Con acierto han sabido elegir, los colaboradores de esta revista—editada con la máxima dignidad gráfica—, el nombre que les sirve de guión y bandera: Madrid.

«Madrid es—declaran—lo que nos une a todos. Si de Madrid arranca nuestra labor, a ella, y en homenaje a ella, han de ir dirigidos todos los trabajos que aquí se publiquen».

«Y Madrid, como el ave del perenne mito, renace y renacerá de sus cenizas

actuales, porque sus virtudes heroicas le han conferido ya el lauro y don de la inmortalidad.»

Madrid persistirá, y con Madrid toda España, porque el pueblo, ese pueblo del cual algunos sólo aciertan a ver sus desbordamientos de pasión, la habrá salvado una vez más con su magnífica generosidad y con su abnegado heroísmo.

DIALECTICA REVISTA MENSUAL

Año I, núm. 2. - Buenos Aires

Sumario: Examen de la España actual, por Anibal Ponce: I. Sarmiento y España: Primero, Introducción; segundo, La revolución burguesa de 1520; tercero, La España negra.

II. La España del siglo XX: Primero, Las revoluciones del siglo XIX. Segundo, El proletariado del siglo XIX. Tercero, Contradicciones de la España anterior a la Gran Guerra.

III. La República del 14 de abril: Primero, España y la Gran Guerra. Segundo, La dictadura de Primo de Rivera. Tercero, La República del 14 de abril.

IV. La crisis actual: Primero, La Comuna de Asturias. Segundo, El Frente Popular. Tercero, La insurrección del 17 de Julio de 1936. Cuarto, El pueblo en armas.

Análisis de libros y revistas:

Nelken: Por qué hicimos la revolución, —Comune.—Europe.—Nueva Cultura.—Leviatán.—La nueva pedagogía.—Monde.—Combat.—Vigilance.—Jeunes. — Polémica.

De la vida argentina: Raúl González Tuñón: Carta a Jacques Maritain.—Luis Muriel: El carácter del padre Laburu.

Ecos del mundo: Vickers, Bofors y Krupp.—Las «Cinco casas» del Japón.—Petróleo bruto.—¿El final de la crisis?—Indochina, colonia. — La organización Hearst.—El juramento a la República.

La lucha heroica que el pueblo español sostiene contra los generales sublevados y contra los ejércitos invasores, encuentra en los hombres libres de la América española amplias resonancias cordiales.

Anibal Ponce, figura destacada de la intelectualidad argentina antifascista, dedica al problema de España nutridas páginas de su Revista, analizando, documentadamente, los antecedentes históricos de la Revolución española y señalando sus características actuales más acusadas.

Consignemos, sin reservas, que su visión sobre las causas de nuestra guerra civil es, en general, certera, y que las noticias que en su estudio se recogen informan de manera suficiente al lector no especializado en estas cuestiones.

Quede constancia también de la simpatía por la causa popular que el autor pone de relieve en todas sus observaciones personales.

Pero la formación marxista de Anibal Ponce y su empeño en enjuiciar los hechos de nuestra historia desde su particular punto de vista político y económico, le lleva a formular algunas afirmaciones, por lo menos discutibles, y otras no siempre ajustadas a las consignas del momento, lanzadas por todos los partidos políticos integrantes de nuestro Frente Popular.

Ejemplo de las primeras nos lo ofrece cuando, al hablar de la sublevación de los Comuneros de Castilla, dice: «Por todas partes la revolución surgía retardada, y casi al mismo tiempo, las ciudades más importantes de la península se sublevaron contra el rey y la nobleza. Esto ocurría en 1520. Es decir, un siglo antes que la burguesía inglesa (1648-1689), dos siglos antes que la francesa (1789), la burguesía española presentó batalla al feudalismo».

Ni puede admitirse, sin grandes reservas, que el movimiento de nuestros Comuneros fuera dirigido contra «el rey y la nobleza», ni es fácil encontrar la paridad histórica pretendida entre la sublevación de nuestros Comuneros y las revoluciones inglesa y francesa de los siglos XVII y XVIII.

También es más que discutible la supuesta identificación entre la lucha de los Comuneros castellanos y la de las Germanías de Valencia—donde claramente se descubre un fuerte latido popular, explicable por una tradición de artesanado mucho más vigorosa.

Como es excesivamente simplista la afirmación que a continuación se hace: «Aleccionada por la sublevación de los Comuneros e identificada desde entonces con la causa del feudalismo, la monarquía, a su vez, no conoció otra política que la infatigable represión. Todo lo que pudiera transformarse en burguesía fué sistemáticamente perseguido. Las pocas industrias que toleró lo hizo como una merced y a condición de controlarlas».—La explicación histórica de la decadencia de nuestra economía y de nuestro escaso desarrollo industrial, ofrece una complejidad mayor y juega en ella un papel muy acusado el hecho mismo del descubrimiento y colonización de América.

Ya dentro de nuestro siglo XIX, se desenvuelve nuestro autor con mayor seguridad al presentar la línea histórica del movimiento proletario español, aun cuando se nota en su información bibliográfica el vacío que supone no haber tenido ocasión de manejar un libro tan importante como el de Díaz del Moral, sobre la historia de las agitaciones obreras campesinas en Andalucía.

Dentro del segundo grupo de afirmaciones que deben ser acogidas con reservas, por ser igualmente discutibles y no ajustarse exactamente a la línea política del momento español, figuran aquellas otras referentes a la explicación histórica del advenimiento de la República y del actual proceso revolucionario.

Ni es exacto decir que «de la noche a la mañana los grandes terratenientes, monárquicos toda la vida, comenzaron a hacer gala de un republicanismo ostentoso», ni es justo sostener que «sin violentar en lo más mínimo ni sus ideas ni su pasado, los jefes socialistas—aliados hasta ayer de Primo de Rivera—colaboraron en el difícil proceso de voltear sin revolución a una monarquía. El procedimiento fué encontrado: había que derribar a la monarquía mediante una elección, porque la elección era el medio más seguro para impedir la acción revolucionaria».

Como tampoco es lícito añadir que «por lo que concierne a la cuestión nacional—Vasconia, Galicia, Cataluña—todo quedó como estaba», y menos aún barajar por

igual los nombres de Castilblanco, Arnedo y Casas Viejas.

Importa mucho salir al paso de estos juicios erróneos, así como del tono general con que se presenta la actuación de los sectores auténticamente republicanos.

Y no sólo por una razón de oportunidad política—no es éste el momento de subrayar nada que pueda separarnos, y si sólo insistir en lo que puede y debe mantenernos firmemente unidos—, sino además, y sobre todo, porque la verdad, rigurosamente enjuiciada y buscada a través de toda la difícil complejidad que los hechos presentan, no es esa.

Cuando se presentan sólo aspectos de una realidad política y social se incurre forzosamente en errores graves.

Y esta hora de España, en que todo un pueblo se debate heroicamente por afirmar y mantener con plena dignidad la continuidad histórica de nuestra patria y el derecho a disponer de nuestros propios destinos, no debe ser enjuiciado en tierras de la América española con un criterio de partido.

JOSE M.ª OTS

LIBRE-ESTUDIO

Libre-Estudios. Revista de Acción Cultural al servicio de la C. N. T. Valencia, febrero de 1937. Año II. Número 3.

Sumario: Estampas de la Revolución española. — «Los factores monetarios de la crisis mundial», por Juan P. Fábregas.—Manifiesto del Comité Nacional de la C. N. T.—La confesión al Zar, de Miguel Bakunin. — «Romance de la Guardia civil española», por García Lorca.—«El Teatro Popular», por Jacinto Benavente.—«¿Estados Unidos de Europa o la Federación Mundial de los Pueblos?», por Eugen Relgis.—Higiene general. — De las estaciones del año. — «Desnudismo y pornografía», H. Noja Ruiz.—Artistas de la Revolución.—Moret, de F. E. C.—«Israel ante España: Los Sefardíes», por Ben-Krimo.—«El Mediterráneo convertido en volcán. (Boletín C. N. T.-F. A. I.)».—«Disfundiendo ideas: Ex-Libris», por Lorenzo Brunel.—Música y Federalismo.—Temas libres: «Disertaciones sobre el sacrificio», por A. M.—«¿Existe en el hombre una malicia originaria?», por Pierre Ramus.

Nos es grato constatar la mejoría que en este último número de Libre-Estudios se observa respecto a una de las debilidades que nosotros señalábamos a la publicación. Ocupan más espacio en sus páginas los temas específicos de una revista cultural, y hasta la portada ha perdido los perfiles abstractos y fríos anteriores para acercarse calurosamente a la tragedia actual. Por lo demás, nada tenemos que añadir a cuanto ya dijimos en nuestro número anterior. Los camaradas de Libre-Estudios permanecen —naturalmente—en su posición libertaria, lo que hace persistan las características que ya denunciáramos.

He aquí una pequeña antología de datos espumados en sus hojas, que ilustran de nuevo nuestras afirmaciones:

«Movimiento emancipador de una clu-

se, dignificador de una especie, en el que se compendian el heroísmo, la generosidad y los ideales libertarios de una raza.» (No creemos que el carácter de nuestra lucha pueda definirse estrechamente como emancipación de UNA clase, ni que pueda hablarse de los ideales libertarios de una raza (la nuestra); pero de esto último hablamos en otra parte de este mismo número.) En cuanto a lo de «dignificar la especie», a nuestro entender es una frase vacía.

Al lado de unas «fotos» que reproducen unas figuras algo monstruosas de Enrique Moret, «Goya no sintió tan rudamente, tan atrocemente el dolor de España».

«Creemos sinceramente que la tardanza en desarrollarse entre nosotros el movimiento ex-libristico pone de manifiesto nuestro poco contacto, relaciones y camaradería con los intelectuales del mundo entero.»

«Si a la opinión de nuestro ilustre contemporáneo —que es también la mía— añadimos el inevitable y delicioso orgullo del «sacrificado» —orgullo debido en gran parte a la religión que considera el sacrificio como una superación moral, cuando, en realidad, es indicio de flaqueza—, el cual, por ese solo hecho, se cree por encima de su ídolo, convendremos que el verdadero sacrificio —lo que podríamos llamar sacrificio ultrapuro— no existe, ya que sería absurdo dar el nombre de tal a un acto motivado por el egoísmo, o, en el mejor de los casos, por un complejo psicológico.»

Etcétera, etcétera.

HORA DE ESPAÑA REVISTA MENSUAL

Hora de España», revista mensual. III. Sumario.—A. Machado: «Sigue hablando Mairena a sus discípulos».—Máximo José Kahn: «La cultura de los judíos sefarditas».—Mariano José de Larra: «La planta Nueva, o el faccioso» (fragmento). — Manuel Allolaguirre: «Última Muerte» (poemas). — El centenario de Puschkin: «La aldea» (poema).—Antonio Porras: «Calles de Madrid. (Testimonios.)» — Antonio Sánchez Barbudo: «Un pueblo andaluz. (Testimonios.)» — José María Ots: «La No Intervención.» — Rosa Chacel: «La primera palabra sobre la vida.»—Rafael Dieste: «Juan de Mairena.» — Mariano G. Fernández: «Notas sobre un poema de Karl Liebknecht.»—Manuel Allolaguirre: «Conferencias.» — Pablo Neruda: «Federico García Lorca.»

Hora de España, revista mensual. IV.

Sumario.—Antonio Machado: «Carla a David Vigodsky.»—José F. Montesinos: «Muerte y vida de Unamuno.»—María Zambrano: «El español y su tradición.»—Luis Cernuda: «Elegía española.»—Emilio Prados: «Elegía.»—Arturo Serrano Plaia: «Canto a la Libertad.»—Antonio Porras: «Tierras del Sur (Testimonios).»—José Renáu: «Los mitos se resquebrajan.»—Rosa Chacel: «La nueva vida de «El viviente.»—Máximo J. Kahn: «Judíos españoles promotores

del Renacimiento.» — T. Pérez Rubio: «Ante la opinión de nuestros contrarios.»—Espectáculos.—Revistas: Madrid. Nueva Cultura.—Manuel Allolaguirre: «Noche de guerra».

La escueta transcripción del sumario de «Hora de España» hubiera sido suficiente después de las claras palabras con que fué por nosotros acogida dicha revista en nuestro anterior número. Pero, «Hora de España», con la pluma sutil de Ramón Gaya ha dedicado unas líneas a comentar nuestra revista desde un ángulo «de íntimo sentir» y de «personalísimo pensamiento», que requiere de nosotros algunas palabras.

Prescindimos desde luego del minucioso acotamiento y adjetivación con que se quiere probar lo que —desorbitando un poco la palabra— podríamos llamar tesis general. La posición básica sobre la que se ha dejado resbalar todo lo demás está situada en estas afirmaciones: «Juan Gil-Albert publica la conferencia suya reseñada ya por M. A. en el número anterior de «Hora de España», pero no quiero, leída ahora despacio en «Nueva Cultura», dejar de señalar que es el más bello escrito de este número, resultando además contradictorio —inorgánico— que «Nueva Cultura» —activa y colectiva— publique este trabajo que Gil-Albert llama «El poeta como juglar de guerra», en donde se maneja un tono de íntimo sentir, de personalísimo pensamiento—que es lo único que puede añadir algo a la cultura— y en donde al poeta se le señala y descubre un destino terrible a partir de hoy, de acompañamiento y de llanto, de sola lamentación...»

Y en estas sorprendentes líneas finales: «Esperamos con avidez el segundo número de «Nueva Cultura», en donde pienso que una vez presentada, o vuelta a presentar al público, ha de pasar, de nombrar la cultura, a ejercerla y a enriquecerla.»

Antes de iniciar nuestra respuesta, queremos declarar que somos los primeros en reconocer honradamente las limitaciones de nuestra obra, y que la discusión seria y real no nos desasosiega, sino que, por el contrario, nos alegra y ayuda.

¿Qué entiende el amigo Gaya por «orgánico» y por «activo»? ¿Cómo interpreta nuestro movimiento de «Alianza» y nuestra obra de «Nueva Cultura»? Creemos sinceramente que le ha interceptado la comprensión final de nuestra voluntad su temperamento, enturbiando sus ideas sobre todo ello. No se encuentra otra explicación a su nota sobre NUEVA CULTURA que está sintetizada en las afirmaciones que hemos copiado más arriba. En efecto, las líneas citadas en primer término son un complejo de equivocaciones sobre nuestra voluntad de construir un movimiento orgánico cultural. Empecemos por sentar la afirmación dialéctica elemental de que lo «contradictorio» no es por esto mismo «inorgánico», ni lo «individual» negación metafísica de lo «colectivo», ni la «actividad» exclusión radical y absoluta de la «contemplación». Al contrario, son términos que se oponen, sí, pero que se

funden en la síntesis superior de la realidad total y viva.

Con palabras bañadas de claridad, un ágil espíritu de nuestro tiempo (que pensamos ha de tener una leal autoridad sobre nuestro comentarista), André Gide, ha dicho: «De igual modo que pretendo seguir siendo profundamente individualista, con plena aceptación comunista y con ayuda incluso del comunismo. Porque mi tesis ha sido siempre ésta: siendo lo más personal es como cada ser sirve mejor a la comunidad. Hoy día añádase a ésta otra tesis, que es complemento o corolario de la primera: en una sociedad comunista es donde cada individuo, la personalidad de cada individuo puede desarrollarse más perfectamente, o, como dice Malraux, en un prefacio recentísimo y ya célebre: El comunismo devuelve su fertilidad al individuo.» (Defensa de la Cultura.)

Individuo y colectividad son, pues, momentos de una misma unidad, que mutuamente se sirven y se engendran. Pero esta unidad no es ya término final y en el proceso hacia la realidad nos encontramos con que entra en contradicción —en lucha— con los elementos que se opusieron a ella. Nos hallamos aquí en una zona más compleja, más cercana a la realidad concreta, que es lo absoluto. Y, por ello mismo, va palideciendo «el arma de la crítica» y entra necesariamente en vigor, como decía Marx, «la crítica de las armas». Efectivamente, en nuestra «colectividad» no pueden engendrar fascistas; no caben en ella ni siquiera la discusión con el fascista, porque el fascista no discute; dispara, asesina, conquista e impone. La aceptación del diálogo y de la discusión es ya de por sí —cualquiera que sea la posición del contrincante— liberalismo, antifascismo. Por eso, nuestra «colectividad», de la Alianza y de NUEVA CULTURA, en guerra a muerte con el fascismo (y entendiéndose que una guerra a muerte no puede hacerse sólo con las armas, sino con la contribución esencial del espíritu y de las ideas), alberga las más personales «contradictorias» actitudes. Para que la «contradicción» hiriese «mortalmente» nuestra vitalidad orgánica sería preciso que fuese «insuperable» en el desarrollo cultural de nuestra «colectividad»; éste es el caso del fascismo. La sangre viva que anima nuestra organización es esa precisamente: la defensa de la cultura contra el fascismo. Porque ser antifascista es algo más que negar y combatir. Niega y combate simplemente el fascismo: impostura mortal que tiene que disfrazar de filosofía su peso estéril. Pero, el antifascismo, no. El antifascismo es históricamente la revolución, y la revolución niega afirmando y combate para crear. Sentirse protagonista de la revolución, notar la emoción estremecedora de que por las íntimas venas corre la sangre levantada de la creación histórica: tal es la conciencia profunda de nuestra militancia. El acento podrá —y deberá— ser personal, personalísimo; pero la contribución, si es auténtica, necesariamente estará impregnada de la corriente universal y habrá de desembocar, si es fecunda, en la comunidad.

Decir, pues, que el «íntimo sentir» y el «personalísimo pensamiento» «es lo único que puede añadir algo a la cultura», es confesión solitaria y triste. Desviación peligrosa, al margen de la verdadera y vigorosa hora de España. Porque no solamente incluye la suposición de que la cultura está ya hecha y acabada (sólo se le puede «añadir Algo»), sino que condena al creador de cultura a un «destino terrible a partir de hoy, de acompañamiento y de llanto; de sola lamentación...»

Cuando —como ya hemos puesto en claro— el verdadero destino del intelectual auténtico no es el de acompañar con sus lamentaciones íntimas la dura ascensión del pueblo hacia la vida, sino fundirse con él, en la gigante alegría de crear —cada uno con sus herramientas— la nueva cultura humana.

En cuanto a la sorprendente declaración que cierra la nota de Gaya sobre NUEVA CULTURA, y que hemos citado en segundo término, cabe decir que encierra el mismo equívoco sobre nuestra actividad que las primeras líneas citadas sobre nuestra organización. NUEVA CULTURA no es—para decirlo en términos caros a nuestro comentarista—una revista de creación, en el sentido en que lo pueda ser «Hora de España». Nuestra revista es precisamente la árida busca de una «nueva cultura», la voluntad de fomentar sus gérmenes, de ayudar a su desarrollo, de organizar sus fuerzas. Evidente que esa busca, fomento, ayuda y organización incluye actividades de creación cultural. Pero nuestra misión más específica es la de sentar las bases reales de una política cultural. No de una política comunista, como parece insinuarse. NUEVA CULTURA ha salido más de una vez con declaraciones terminantes al paso de estas imputaciones. Su obra—la obra de NUEVA CULTURA y de la Alianza—la confirman aquellas declaraciones. En nuestro número anterior fijábamos nosotros los fundamentos básicos, las premisas mínimas, las convicciones últimas. Podrían resumirse todos ellos con estas palabras: ocupar el frente cultural de la revolución española. Este frente es también áspero y difícil; está preñado de dificultades y de obstáculos. Estamos dando los primeros pasos, intentando ganar las primeras batallas. Y para seguir adelante victoriosamente necesitamos que todos los intelectuales se apresten a la lucha, no solamente creando en su singular profesión, sino criticando, discutiendo, aprendiendo y enseñando, agrupando y organizando. Crear una conciencia militante de la cultura entre todos nosotros; forjar un movimiento y una orientación que se traduzcan en una justa política cultural de la revolución española: tales son nuestros altos deberes como intelectuales en esta grandiosa coyuntura histórica. Y el amigo Gaya, en lugar de recluirse en «Hora de España» a «esperar ávidamente» cómo nos las arreglamos nosotros para ejercer—es decir, realizar, la nueva cultura —, debería acudir a NUEVA CULTURA que debe ser—y es—su otra casa para colaborar con su estimable aportación en la ineludible tarea que a todos nos

exige España en trance profundísimo de creación.

ANGEL GAOS

FRENTE UNIVERSITARIO ORGANO DE LA FUE EN RETAGUARDIA

Frente Universitario», de tradición bien cimentada a través de su publicación, aparece nuevamente.

De agradable presentación tipográfica y con textos muy justos, viene a ser en la España leal la expresión viva del movimiento estudiantil español. Saludamos calorosamente, desde nuestra revista, a «Frente Universitario», filial nuestro en la defensa de la Cultura.

NOSALTRES

Nosaltres» és el «periòdic dels estudiants», editat per la F. N. E. C. a Barcelona.

Han passat els temps en què els estudiants catalans es cregueren en la necessitat de marcar llur personalitat nacional i cultural insubornables, mitjançant una actuació privada. Les hores presents, en què el jovent de tots els pobles d'Espanya vessa la seva sang a les trinxeres, obligaven, en corol·lari naturalíssim, a una corrent d'aproximació, d'UNIFICACIÓ. La F. N. E. C. ve de constituir un Comitè d'Enllaç conjuntament amb la U. F. E. H.; un butlletí comú d'informació i crítica sortirà aviat, i un nou pas haurà estat donat en el camí de l'agermanament de les cultures nacionals de l'Espanya.

Nosaltres és un bon pamflet estudiantil, tot jove encara, nascut a la segona quinzena de març. El patriotisme i el fervent amor a la terra, que manifesten, no els entela el judici, ni els tanca dins de cap sentiment estret, regatejador d'assistències.

Nosaltres és un company més de lluita, en el front cultural que ens conté.

MIRADOR

Fa ja unes quantes setmanes que torne a rebre «Mirador», l'hebdomadari català de Barcelona.

Perdul de vista durant mesos i mesos, sembla que ara reprén la sortida normal sota un nou signe. No em ve d'un any ni de dos la coneixença d'aquesta revista: la he vingut llegint d'ençà de la seua fundació en 1929, i crec que puc dir-ne uns mots amb coneiximent de causa. «Mirador» ha estat durant molts anys, com una aclimatació a les terres catalanes d'un dels setmanaris literaris francesos. Al que més semblava darrerament, pel seu clima polític i la manera en tractar la vida intel·lectual catalana als seus diversos aspectes, era a «Marianne»: to moderadament esquerrà, eclecticisme liberal —no sempre prou seré i comprensiu front als problemes proletaris—, simpatia marcadíssima per la cultura francesa, tot venia a definir el grup animador de «Mirador» com a representant d'aqueixa zona de la intel·lectualitat catalana agrupada molts anys

a l'entorn de «La Publicitat» com a diari i d'«Acció Catalana» com a partit. És a dir, el sector més preparat i pur —en línies generals— dels universitaris, escriptors i artistes que havien lligat per sempre llur sort a la de la creixença i realització de la cultura nacional catalana.

En jullejar de bell nou la revista, no ha hagut manera que el vell habitual que jo sóc em reconeguera en ella; potser en el títol i en el nom aproximatiu d'algunes seccions; però els noms han canviat, les signatures són totes noves i l'atmosfera política reinventada. És açò un bé o un mal? A primera vista pot semblar un guany que hi haja a Catalunya un setmanari que es manifeste com a marxista. Mes la realitat és que el nivell de «Mirador» ha descendit extraordinàriament i que a l'hora present ens és impossible saber el que diuen i el que pensen els intel·lectuals més representatius de la Catalunya nacional antifeixista. Encara suposant que els Sindicals que incautaren «Mirador» hagueren sabut trobar gent capaç de fer-ne una publicació originalment viva i d'una alta qualitat literària —el que de cap manera no han realitzat—, no deixaria de semblar-nos la cosa estretament sectària i mesquina. Cal que superem l'etapa cursívica de les incautacions i que ens adonem que una revista no cap canviar-li la direcció i el «personal» com a una tenda qualsevol de queviures. En el número anterior de NOVA CULTURA hi hagué un company que posava en alerta la bona fe sorpresa dels camarades dels tallers «Labor», de Barcelona. Jo volia dir-los quelcom de semblant als companys de «Mirador»: no podem deixar-nos ensarronar pel primer viatjant en periodisme que s'ens presente, ni per els clams d'uns quants afeccionats disposats a prendre les tisores i retallar.

Nosaltres sabem —perquè ja en febrer del 1935, en el número 2 de la nostra revista criticàvem una caricatura antiobrera de l'«Ara»—, que l'actitud ideològica de l'altre «Mirador» d'ultraburguesa queia en la incomprensió; però sabem també que una labor autèntica en les masses, que és base en els postulats del Front Popular, hom no pot realitzar-la tancant-se en un cercle restringit i subestimant o desdenyant els densos rengles d'intel·lectuals antifeixistes que han estat de sempre al costat del poble i que a més a més resulta ésser que són els millors prestigis de la cultura catalana reeixent.

En lloc d'isolar-se, cal obrir les portes de bat a bat. Acoblar tots els escriptors, artistes, tècnics, universitaris de Catalunya en una gran Aliança secundària i orgànica, que amb les de Madrid i València ja existents, prebren l'obra del demà, de fecundació de les altres cultures hispàniques, tot i cercant els lligams d'unió fraterna amb els intel·lectuals de tots els pobles, arreu del món.

Això és el que nosaltres hem cregut sempre que era el nostre deure i en aquest sentit hem vingut treballant a NOVA CULTURA d'ençà de la seva aparició en gener del 1935. I perquè és que trobem més errònia la solució adop-

tada en «Mirador», que no deuria mai haver-se presentat sobre una nova plataforma més reduïda, sinó en un front amplísim, d'aliança antifeixista dels intel·lectuals...

EMILI NADAL

LIBROS
“LE PRONONCIAMIENTO DU
18 JUILLET 1936”

JEAN SARRAILH

El hispanista Sarrailh, profesor de español en la Universidad de Poitiers, acaba de sorprendernos agradabilísimamente con la publicación de su conferencia pronunciada el 8 de diciembre último en el «Cercle Descartes», de París. Y al hablar de sorpresa, justo es decir que ni por un momento puede suponerse un desconocimiento de la alta condición universitaria del profesor Sarrailh. Precisamente por tenerla en mucha estima desde hace años, es por lo que hemos visto con gran contento su aportación cordial, documentada, perfecta, al hondo y trágico pleito en que se debate nuestra independencia nacional amenazada por la agresión indecente del fascismo internacional.

El profesor Sarrailh tenía motivos sobrados para poder calar hasta las entrañas las causas próximas y lejanas de la lucha presente. Su conocimiento de la vida española viene de su convivencia directa a lo largo de una década con nosotros; esa vibración cordial, solidaria, que baña sus palabras, no podía ser el fruto de una simple atención erudita. Sarrailh representa la más limpia tradición intelectual francesa, transida de calor humano, hija directa del 89. Por eso al definir ahora para sus compatriotas el carácter de nuestra guerra, alcanza una finura de intuición y concepto que raramente hemos podido reconocer en persona no nacida en España.

La herencia del pronunciamiento, el ejército de los privilegiados y del pueblo y el pretexto para la guerra civil, son los títulos que condensan y clasifican los hechos provocadores del levantamiento antipatriota, facilitador de la intervención del fascismo extranjero en nuestro suelo. En esa etapa inicial, corlísima, de semanas, en que el fascismo disimuló su intervención internacional, la conferencia de Jean Sarrailh representa una síntesis histórica de un valor inestimable para nosotros y para los que fuera de aquí asisten con simpatía al desarrollo de nuestra lucha. La actitud de observador leal del profesor Sarrailh está condensada enteramente en estas palabras:

«No excuso el crimen de que fué víctima Calvo Sotelo. Pero juzgo que cuando un diario parisién de la noche fijaba la cronología de la guerra en España y que su primer dato era: 12 de julio: asesinato de Calvo Sotelo, el tal diario obraba de mala fe. Esa fecha y esa indicación debieran haber seguido a las del asesinato del policía que acompañaba a Jimé-

nez Asúa; las del asesinato del magistrado Pedregal y, sobre todo, las del asesinato del teniente Castillo.»

EMILI NADAL

GALICIA, MARTIR
ESTAMPAS
POR CASTELAO

Era en los primeros días del movimiento; de todas partes llegaban noticias vagas, contradictorias, y todas las conciencias velaban con el ánimo firme de los grandes instantes. En esta atmósfera de incertidumbre, Castela, con temor no exento de angustia, pensando en su Galicia, repetía con insistencia esperanzándose, tratando de convencerse: «Allí nada puede pasar, es imposible, el pueblo anda alborozado con su Estatuto; hay una verdadera explosión de espíritu ciudadano; saben lo que han conquistado y no se resignarán a perderlo; sería espantoso... Pero... La noticia le llegó como un mazazo: en Galicia, el pueblo, tras desesperada resistencia, sucumbió ante la fuerza brutal de sus enemigos de siempre. Otra vez el usurero, el cacique, el cura farsante, toda la vieja fauna que él tantas veces desnudó con su lápiz certero, volvía a surgir imponiendo sus apetitos como ley suprema. Y el hombre bueno que es Castela se revolvió casi llorando, llorando de lo que lloran los hombres: de impotencia, de impotencia ante tanto dolor, de la impotencia de sus ojos ciegos, inútiles ya para aprisionar toda la honda tragedia de su Galicia Mártir.

Y aquí la sorpresa. Hoy, ante nuestra mirada boba de asombro, un cuaderno editado por el Ministerio de Propaganda sacude nuestra atención con su portada: «Galicia MARTIR—Estampas, por Castela». La voluntad del hombre hizo el milagro: en diez estampas de un realismo ingenuo, en diez frases donde la lengua familiar apura todas sus resonancias cordiales, se cuaja todo el dolor de Galicia que es su propio dolor.

«Aos Galegos que andan pol-o mun-



La última lección del maestro.

do». «Estas estampas, arrincadas da miña propia door, van dirixidas a vós que sempre amáchedes a liberdade e sodes a única reserva que nos queda para reconstruir o fogar desfeito». No cabe en esta llamada paternal más entrañi-



Así aprenderán a no tener ideas.

zada expresión, y ante ella, nosotros, igual que los gallegos que andan por tierras y mares, lejos del hogar deshecho, recogemos los gritos desgarrados de las madres que dicen de su «door», que non se cura con resiñación», y aprendemos, con los niños ante el cuerpo exangüe del maestro, la enseñanza de su «derradeira» y suprema lección, y sabemos que el ánimo suena esperanzado—al enterrar los cuerpos destrozados de nuestros héroes «non enterramos cadavres, enterramos semente».

Hoy Galicia es España; y para reconstruir su hogar deshecho hincaremos nuestro hombro.

En la obra común todos los españoles hemos de sentirnos gallegos.

ANTONIO DELTORO

POEMA DESESPERADO
LUIS AMADO BLANCO

Poema desesperado. (A la muerte de Federico García Lorca.) Dibujos de Amelia Peláez. San Cristóbal de la Habana, 1937. (El ejemplar que comentamos lleva una dedicación, puño y letra del autor, «al 5.º Regimiento, presente en el entusiasmo y en la fe de la victoria». La Habana, 19-III-1937.)

De San Cristóbal de la Habana nos llega este nuevo llanto por Federico García. Habrían de ajarse todas las gracias, contener su lírico chorro todas las fuentes y enmudecer de grillos las noches de capricornio, para llorar mercedamente al poeta asesinado.

Un nuevo llanto le llora desde Cuba, ardiente de peligro imperialista. Todavía el poeta ha podido desatar sus lágrimas. Lloro que habrán vertido lejos del Caribe, sus demás amigos de América

caliente, desterrados: Marinello, Guillén...

Que para Santiago tuvo ya Federico su son cubano sandunguero:

Cuando llegue la luna llena,
Iré a Santiago de Cuba.

Ahora, desde el país de las maracas y del bongó afro-cubano, Luis Amado Blanco le llora desesperadamente, en lamento repetido de negro y blanco:

Yo sé,
Yo sé por qué lloras, blanco;
Yo sé,
Yo sé,
Yo sé, negro amigo, el enfurecimiento...

Ay, que sobre la paz afro-cubana de cañaveril y rumba de empalago pesa ya la sombra amenaza de un cielo listado de azul marinero y esquinado con cuarenta y ocho estrellas blancas:

Yo sé,
Yo sé mis dedos afilados de angustia,
mi boca enterrada de tanto clamar lo inútil
sobre un mundo con rulas de cañones.

Pues la ruindad imperialista no ha de cejar, aunque tenga que sacrificar para ello los cisnes más blancos y los corzos más veloces. Que una vez consumado el sacrificio, todavía violento de sangre el asesinato, no sabrá el amigo del sacrificio qué hacer. Quéjase Amado Blanco: Y yo, entre tanto, ¿qué? ¿Canción? ¿Olvido? ...
Y yo, entre tanto, ¿qué?

Y la cordial amistad separada por la muerte se duele desesperadamente, siendo ya la pluma mano en garra sobre la furia blanca del papel.

Entre tanto dolor, sólo los timbales negros le son el pésame.

La desesperación le trae a Luis Amado Blanco el recuerdo de su raza astur y la indignada protesta le dicta el verso «apretando su garganta que quiere lanzar el «¡ixuxú!».

Pero el llanto se recobra puro, tanto, que nos copia su penar lágrimas propias por su lectura:

¡Federico García Lorca! ¡Federico! Cómo tu
alta, fuerte, cae sobre mi reloj [sombra
de hombre inútil, sólo cancionero.

Los fascistas de España han hecho la última edición sangrienta de su Romancero. Unas páginas de muerte donde se desploma el último legítimo Cambrorio:

Palidez de tu rostro me ha venido.

Una torva España le ha matado en su Granada. Una España de toros «con cuernos de inquisición, capa de Cristo». Un país que no supo sentirse a sí mismo: ¡Ay, España, la patria de los cielos de piedra!

Amado Blanco la siente en sus montañas y en sus mesetas de trigo. En la pereza oriental de las acequias y en sus durezas célticas. Una España desgarrándola las entrañas, una locura que la vuelve loca:

¡Ay, loca España,
cómo desgarran, ciegos, tu madre entraña!

Su voluntad de hombre libre clama ante la amenaza cernida sobre España: ¡Cadenas a mí España! ¡No! En la fosa sigue el trino coplando la ribera.

Pero había de ser en romance como se encontraran. En igual voz que el llanto dicta. Voz octosilaba que tendrá por ello su dolida sencillez mejor y la más alta:

¡Quién te viera! ¡Quién te viera!
—¡Ay, amor! ¡Ay, alegría!
Tu luto vengo llorando,
¡Ay, Federico García!

Es este romance de Amado Blanco todo un luto del Romancero de Lorca. Temas, voces, tipos y cadencias. El propio llanto del Romancero gitano; un destino frustrado por asesinato de las cosas del Romancero: «las aceitunas podridas—los juncos que no serán—ni cestas ni celosías». Con el temario del Romancero de Lorca constituye Luis Amado su romance desesperado. Léalo sin más el lector, y que «a Granada lleguen pronto rugidos de reconquista».

Hilados en pena van, hasta el último, los cinco poemas de este libro. Dicho estaba ya, o mejor, vertido el llanto, porque aquí, en el último de los poemas, no se hace sino proseguir en tono elegíaco el lamento. La ficción poética se muestra ya, y aun siéndolo tanto, no es tan cordial como las otras la postrer poesía que cierra el «Poema desesperado». Surge a veces el sentimiento hondo de la pena

¡Ay, amigo perdido! ¡Estrofa perdida!
y recuerdos entrañables para la curiosidad arqueológica del poeta andaluz por los siglos viejos, «extraviados», que él amaba tanto en recoger para darlos luego en canciones infantiles.

Aparecen tonalidades violentas de poema rebelde, aunque ingenuo:

¡Ay, faldas de lunares sobre un mosaico
manchado de sangre
y bajo la vigilancia de una chistera!
¡Ay, Dios de Dios!

No cabe esperanzada actitud ante la muerte. Duele el llanto que hace exclamar sin esperanza:

¿Por qué este abandono de mis lágrimas?

Y Amado Blanco, en caracteres de rojo tipográfico, que van alternando con el negro, le pide siquiera a Federico García que le deje quemar su desesperación en el lugar de la cita frustrada por la muerte. Porque ya nunca más podrán comer juntos el humilde ajíaco de su amistad separada para siempre.

BERNARDO CLARIANA

CONFERENCIAS

ARTE NECESARIO Y ARTE INNECESARIO

POR JUAN MURO

En el Teatro de la Libertad se celebró la VI Conferencia del Ciclo organizado por la Sección de Propaganda del Comité Regional de la C. N. T.

Juan Muro, hombre de proteicas y barajadas actividades—dibujante, poeta, escritor—atacó con su habitual garbo despreocupado este abstruso tema: «Arte Necesario y Arte Innecesario». Como guión o coletilla agregaban los carteles:

Origen, Pueblo, Decadencia, Renacimiento.

En la Sala, el espectáculo insólito de un público totalmente proletario, curioso y ávido por este linaje de manifestaciones, habla de traer por precisión a la conciencia del conferenciante, junto al placer de sentirse sembrador en tierra virgen de resabios, la honda responsabilidad y trascendencia nacida de sus palabras y actitudes. Esta hora despierta que el pueblo vive con los poros de la curiosidad abiertos a todos los problemas, exige, en quienes a él se dirigen, con afán de llenarlos de explicaciones, una firme voluntad de honradez, claridad y eficacia en su magisterio. Hoy sí que cabría colocar ante el que habla, como freno de sus palabras, la sentencia que lapidaba la Academia del Griego: «Aquí no entre quien no sea geómetra». Es decir, prohibido el paso a lo confuso, a la disparatada elucubración, a la divagación intrascendente. Por estas y otras razones, Juan Muro debió quedar sin traspasar su umbral.

Arte necesario y arte innecesario... El sólo enunciado del tema abrió en nosotros una larga teoría de confusas interrogaciones: ¿cuál sería el contorno y alcance de los términos necesarios e innecesarios?; y aún más, ¿necesidad e innecesidad para qué y quiénes?; y ahondando un poco, ¿qué entendería por arte el propio conferenciante? Las interrogaciones quedaron abiertas, y sin previas aclaraciones—aquí, sí, tan necesarias—perdió a salta la mata el de intrincado bosque de eso que se ha dado en llamar «divagación histórica». La historia, «madre de experiencias» resignada y paciente como madre auténtica, plegóse a oficiar una vez más de cobertera. Y bajo su capa, Juan Muro, trató de pasar el matute de sus personalísimas opiniones acerca del arte.

Porque hay quienes van a la historia creyéndola batiborrillo o cajón de sastre donde con seguridad han de encontrar en todo instante sus argumentos y razones convincentes; menguado y abogadesco concepto tienen los tales de su sentido y existencia. Ni la Historia puede ser impunemente traída, y llevada, y aun arrojada como la castiza sardina a todas las ascuas imaginables; ni el arte, como la filosofía, como cualquier otro complejo cultural, puede enjuiciarse en abstracto, aislándolo de la realidad histórica que le nutrió y de la cual es su más íntima y destilada expresión. Decir de un Santo Tomás—no saltará quien lo diga—que fue «más carca que el Padre Santo», podrá ser, y lo es, un magnífico y actual despropósito, pero nunca será la última y definitiva palabra sobre la tomiística y su aportación a la Historia de la Filosofía.

De este linaje de despropósitos—¿por qué no llamarles demagogias?—estuvo plagada la charla de Muro. Con su alegre sentido anti-histórico, recreándose en el anécdota trivial y esquivando el propio meollo del arte, arremetió—en vez de situar, de definir—contra éste, ese y aquél, contra ésto, eso y aquélo, por el mero hecho—a su entender, pecado—de haber nacido en épocas de pro-

funda religiosidad, o de fuerte sentido monárquico, o simplemente de fatal decadencia. La pintura rupestre y el templo griego, la catedral gótica y Fray Angélico, Miguel Angel y Tiziano, Velázquez, Ribera y Federico de Madrazo, Millet y Poulbot, aguardaron, en confuso tropel, idéntico plano, la hora de recibir por mano de Juan Muro el sanbenito infamante de lo «innecesario» o el boleto de entrada a la posteridad de lo «necesario». De cómo distribuyó castigos y mercedes daría fe el texto íntegro de la conferencia; pero ante tamaña imposibilidad, bastarán unas frases espumadas al azar y en las que toda nuestra gloriosa pintura realista queda reducida a cuatro hacuos adjetivos: «Velázquez, adulator de magnates y reyes, quiso sacar pasaporte a la fama haciendo, de una deforme tortuga, que era el Conde Duque, la figura airosa que hoy vemos en su retrato ecuestre. Sólo se salvó Velázquez en «Los Borrachos», «Las Hilanderas» y «Las Meninas», cuadro éste pintado para el pueblo y en donde el perro del primer plano tiene más interés que las infantas; que lo pintó para el pueblo es una muestra el que estampase en él su propio retrato. Murillo era un enfermo incurable de religiosidad, tan morbosos como Zurbarán, Ribera y tantos otros. El Greco...»

En la Sala, el espectáculo insólito de un público totalmente proletario, con curiosidad por la conferencia, habla de traer por precisión a la conciencia del que hablaba, junto al placer de sentirse sembrador en tierra virgen de resabios, la honda responsabilidad y trascendencia nacida de sus palabras y actitudes.

El conferenciante, buscando el aplauso, apuró toda la gama del latiguillo, y lo consiguió.

Este pudiera ser su mejor elogio.

ANTONIO DELTORO

MOMENTO E HISTORIA

LA TIERRA

El ansia de tierra, el hambre de tierra, era ancestral entre nosotros los españoles, desalojados de nuestra tierra, verdaderos desterrados. Y ellos, los enemigos del hombre, gozaban de sus tierras—trágico sarcasmo—sobre las playas y las ruletas extranjeras.

O en sus hoteles de Madrid. Era el absentismo. El fenómeno absentista significaba el desarraigo de aquellos explotadores de tierras, de su tierra, de su raíz.

Las explotaban explotando también al esclavo de la tierra, al campesino. Pero no las cultivaban. El campesino era también un trozo de tierra que explotar. Pero campesino y tierra no podían cultivarse.

Ya conocemos el derecho medieval. El hombre era parte del terruño, era como un árbol. Y a fuerza de este contacto de siglos, el hombre español amaba su tierra, la sentía como su carne, sabía que era su sustento.

La liberación del campesino y de su tierra era, pues, un movimiento de los más prístinos, puros y elementales del hombre.

La humanidad más corrompida por los intereses capitalistas tenía que sentirse conmovida ante esta cósmica solidaridad del hombre con la tierra que trabajaba.

Todos los movimientos libertadores han tenido como objeto, en primer término, la tierra. La reacción fascista no significaba sino el afán de conservar la esclavitud del hombre y de su tierra. La contrarreforma agraria.

Aquel movimiento que se llamaba agrario robaba el nombre, pues el contenido era el absentismo, las rentas de la tierra que no se conocen, la explotación del jornalero y del arrendatario. La República fué la única que se interesó por la tierra y su hombre, queriendo poner las cosas en su lugar, o sea al hombre en su tierra.

Que lo sepa el campesino sin tierra y el pequeño campesino con unos terrones que suda: Ahora el pueblo español hombre, devuelve las tierras a sus legítimos poseedores: quienes la trabajan, de una forma u otra.

Propiedad, sí, pero en función social. No en cuanto derecho, sino en cuanto deber... Se tiene la propiedad, pero para el bien de todos. Dentro de esa utilidad y fin colectivos, importa menos una forma u otra de relación del hombre con la tierra. Por de pronto, debe ser aquella norma que haga trabajar más a gusto y con más rendimiento para todos.

E. GARCIA LUENGO

F A S C I S M O ¡SOMOS LA CULTURA!

Reflexiones de un adocenado
Catedrático de Burgos

Don Francisco García del Valle es un catedrático que desde tiempo inmemorial pascas su figura de español de la clase media por los claustros castellanos. Es un profesor rutinario, que da su clasecita y se marcha. Los demás problemas de la Universidad no le interesan.

Quizá se me pueda decir que este señor no existe. Es igual. En la España facciosa hay muchos catedráticos de Instituto como él. Uno menos, no estropea nada.

Pues bien; hoy D. Francisco se ha hecho a sí mismo unas interesantes reflexiones, precisamente a la hora en que el sillón y el puro invitan a dormir.

La cosa comenzó así. Cogió un periódico y leyó en grandes titulares:

«Ayer, en el Ayuntamiento.»

Y más abajo:

«El Alcalde.—Antes de entrar en el orden del día quiero decir que la hija del Generalísimo Franco ha expresado el deseo de que todos los niños de Zaragoza se unan en oración con ella; rogando a Dios por los fines que ella ha encomendado el día 15 del corriente mes.

Yo entiendo que en ese día deben acudir al templo del Pilar todos los niños y niñas de las escuelas de Zaragoza, cumpliendo el deseo de la hija del Estado.» (1).

Así da gusto, pensaba el respetable

señor García del Valle. Esto es cultura, patriotismo, religión y todo. ¿Cuándo van a lograr esos canallas de rojos algo parecido? Hay que darse cuenta del valor que tiene ese acto al que acuden todos los niños de Zaragoza, que heroicamente resistirán, ya en pie ya de rodillas, toda la ceremonia religiosa. ¡También ellos son dignos de los que luchan en las trincheras! A todos nos toca sufrir en estos momentos amargos para España.

Y tras un sorbito de una copa que tenía ante él, prosiguió su recorrido del periódico. Sus ojos toparon con otra noticia que le colmó de regocijo:

«Se va a proceder a la celebración de un cursillo de formación religiosa para el Magisterio, bajo el tema general: El hombre necesita una religión» (2).

¡Bravo! Con maestros como estos que van a salir ahora, no hay duda de que habrá una verdadera educación. Los maestros aprenderán a amar a Dios sobre todas las cosas y a imponer su criterio a los niños. Ya no habrá más maestros que pierdan su tiempo y el de los demás en trabajos manuales, música y otras tonterías. Los maestros nuevos, convencidos de que el niño necesita una religión, se la darán. ¿Qué importa que ahora no se exija el bachiller y la carrera se haya reducido a dos años? Para enseñar a leer y escribir y las cuatro reglas no hace falta más. El caso es que sepan religión, mucha religión.

Dejó el periódico. Dió una fuerte chupada al puro y cogió otro. Pronto vió una nota dirigida a los alumnos del Instituto. A sus alumnos de una hora, dos veces a la semana, a los que ni conocía ni quería conocer:

«Se recuerda a todos los camaradas la obligación que tienen de acudir a la clase con la camisa de uniforme.

Los delegados del centro darán cuenta de los contraventores de esta orden a esta jefatura.

El Jefe provincial» (3).

D. Francisco sonrió paternalmente. ¡Estos chicos! Ya tienen ganas de defender a la Patria y a la Santa Religión. Y se enorgullece de pensar en su clase uniformada. Hasta pensó en que también los profesores debían llevar el yugo sobre sus camisas. No se acordaba ya del discurso que improvisó en cierta ocasión porque tres alumnos se presentaron con un chaleco rojo de la sección de deportes de una organización, pensando en que quizá tendría que revistar algún día a su tropa escolar.

Soltó el periódico y se reclinó hacia atrás.

¿Quién dijo que ellos eran enemigos de la cultura? Cualquiera charlatán o cualquier saltador de caminos. Sólo se les podía objetar la destrucción de alguna obra de arte, cosa lógica en la guerra, o la muerte de un poeta. ¡Bah! ¿Qué importa un poeta, hoy que nacen a millares?

Somos la cultura, decía D. Francisco, y como prueba comenzó a recitar entre dientes las poesías de los nuevos poetas, que él dictaba enfáticamente en su clase de gramática:

«Autoridades austeras
en quienes la patria ffa.



Jefes de honor e hidalguía
veo que todos, señores,
aquí estáis plenos de honores,
formando con dulce saña
un ramillete de amores
para nuestra madre España» (4).

«Y que hayan perseguidos de esta tierra singular;—quiere el alma de esos pueblos santiguarse en las mañanas—con el agua de sus fuentes, cual si fuesen palanganas—y ellos sobran... ¡Que se vayan!..., que tenemos que llorar» (5).

«Y en el cuartel del catorce
nos dieron el armamento,
corrajes y municiones
y nos pusimos muy contentos» (6).

El puro cayó de su mano que pendía
lacia de un brazo del sillón, reclinó
la cabeza hacia atrás, y entre dientes
continuó:

«Cinco años de proscripción
la Marcha Real ha sufrido.

Los estuvo pasando en el cielo
y más hermosa ha venido» (7).

Al llegar aquí, D. Francisco García del Valle se durmió definitivamente. Soñó que entraba en Madrid montado en la grupa de Mola y abrazado a la cintura de Von Faupel que llevaba las bridas, gritando: ¡Somos la cultura!, mientras allá lejos sus alumnos entonaban en falso los participios de tiempo.

JORGE J. RENALES

(1) «Heraldo de Aragón», 14-I-37.

(2) «Heraldo de Aragón», 14-I-37.

(3) «Arriba España». Pamplona, 20-I-37.

(4) Salutación de Francisco Quintanilla al Comandante Pareja.

(5) «Alcañiz, noble cautiva», de J. San Nicolás Francia.

(6) «Romancero azul», de la Cuarta Compañía de Falangistas navarros.

(7) «La marcha real», himno sacro de España, del padre G. García Arista.

DEL MOMENTO

LAS TEORIAS RACIALES DE GONZALO DE REPARAZ

La enorme conmoción que ha estremecido de violenta guerra nuestro país lo ha removido todo y ha levantado en nuestro ambiente una infinidad de fenómenos de todo linaje: épicos, grotescos, trágicos, absurdos, pintorescos...

Vamos hoy a recoger y comentar—siquiera sea elementalmente—uno de estos fenómenos que tiene importancia y significación para nuestra obra de «nueva cultura». De un tiempo a esta parte la prensa confederal viene entregando con asiduidad sus páginas a los temas de la cultura. Destaca en esta labor—que suscita en nosotros una sincera alegría y merece ser elogiada—«Fragua Social», diario levantino de buena factura periodística, por el que viene desfilando una larga teoría de intelectuales. Pero

si nos alegra esa noble preocupación por la cultura de nuestra fraterna prensa confederal, nos pone un punto de amargura en el ánimo ver con qué desentrelada irresponsabilidad ocupan algunos intelectuales aquellas páginas—alimento elemental de las masas—para desahogar sus humores o exhibir sus teorías excesivamente originales.

A nuestro leal entender los camaradas de la dirección de «Fragua Social» y demás periódicos deberían restringir algo su generosísima comprensión y poner un poco de orden en estas cuestiones. No se trata de un afán crítico nuestro, sino del daño que puede hacerse a los ingenuos lectores ávidos de cultura. Y para que se vea que no escribimos por escribir, vamos a analizar unos artículos de Gonzalo de Reparaz que constituyen una prueba destacada de lo que afirmamos. Nos referimos a «Cultura y reacción.—De cómo la mala cultura es más dañina que el analfabetismo», publicado en «Fragua Social» el 16 de marzo último, y a «Cultura y revolución en España.—(Examen de las causas profundas de nuestra crisis)», publicado en el mismo diario el día 30 del mismo mes.

No vamos nosotros a regatear méritos ni virtudes a Gonzalo de Reparaz, geógrafo de vastos conocimientos y personalísimas teorizaciones, agudo y sugestivo, gran figura autodidacta de nuestro mundo intelectual. Pero sí debemos declarar que su «autodidactismo», su «Originalidad» le han llevado siempre a mantener ciertas opiniones pintorescas y extravagantes, que en estos últimos tiempos—por razones muy comprensibles—se le han exacerbado. Los artículos que hemos citado son una demostración brillante de este pintoresquismo y de esta extravagancia—sugestivos e interesantes, si se quiere—, pero, indudablemente, peligrosos para la mentalidad virgen de nuestro pueblo.

Empecemos por resaltar la confusa amalgama de contradicciones de que están plagados dichos artículos.

En una parte se achaca la crisis actual y el fascismo a una superproducción de... «cultura». («Porque la enfermedad de que se muere la civilización es cabalmente esa: cultura intensa, terriblemente infecciosa, productora de intelectuales que no sirven para nada». «De ahí la falsa democracia y la extensión creciente del fascismo»). En otra parte la crisis actual y el fascismo se fundamentan en «la raza». («La democracia es falsa en Europa porque el ario (el griego, el romano, el germano, el galo-celta, el sajón, el escandinavo y el eslavo) es jerrarquizante y autoritario. Su arquitectura social se caracteriza por la división en castas o adelantada la evolución en clases. Y por más revoluciones que haga impulsado por las doctrinas no sale de este tipo de edificios. Y esto por una razón harto patente a los ojos del estudioso inteligente: lo racial es mucho más fuerte que lo cultural. Es lo firme, lo estable y la cultura lo superficial e inconsistente»).

De un lado se afirma, como acabamos de ver, que el fascismo es ario y que el ario (y el eslavo es ario, no hay que ol-

vidarlo) no puede dejar de serlo. De otro lado se dice: «magnos ejemplos de esta verdad de biología colectiva son el cristianismo, concepción semita..., y el marxismo, reforma social de la misma procedencia (es decir, semita, y no aria A. G.) que sólo ha logrado triunfar... en Rusia, que es precisamente eslava, es decir, aria, según nuestro autor.

«La formación espiritual, social y política de España es obra de la Iglesia y de las naciones de tipo ario asociadas a ella», se afirma, y más abajo se dice: «Así, la revolución española vino a ser ingenuamente anti-clerical, mientras que para la reacción el liberalismo era una herejía: un pecado mortal, como declan los integristas. Pero nuestro problema no era ese».

En fin, señalemos esta última capital incongruencia: se desprecia la cultura hasta el extremo de repudiarla como fuente y origen de nuestros males: «Cuando la masa obra con doctrinas propias, la cultura se suma al temperamento y se producen verdaderas explosiones de terribles efectos destructores. Por ahí nos ha venido el fascismo».

«Cuando veo a alguno de nuestros intelectuales arremeter con el fantasma del analfabetismo me da risa». «Cuántas más escuelas crean los ministros que se creen revolucionarios, más me entristezco pensando en la merma que va a sufrir nuestra reserva mental».

Y, sin embargo, en un momento de abandono se olvida todo esto, para confesar sencillamente: «lo esencial es que nuestro movimiento instintivo empiece a ser razonado; que al sentimiento se le mezcle una dosis suficiente de conocimiento».

Podríamos ir confrontando una a una las innumerables afirmaciones contradictorias, sin ligazón dialéctica posible, que denotan un agitado y confuso cerebro; pero no vale la pena. Lo esencial no reside en este torbellino de dislocadas y peregrinas ocurrencias, sino en el sentido que discurre por entre ellas y que va a estancarse en las más venenosas lagunas. Efectivamente, todo el contenido de los artículos que comentamos viene a resumirse en estas conclusiones: 1.ª En la historia lo decisivo—lo sólido, lo eterno—es la raza. La raza es un destino político, cultural, histórico inmodificable. Por si los párrafos transcritos más arriba no son suficientemente demostrativos, he aquí otros en que se concreta de un modo terminante la concepción racista: «La vocación política de una raza sufre alteraciones secundarias cuando en ella penetran doctrinas de otras razas, pero a la larga la vocación permanece y lo importado es adulterado para ser digerido y asimilado».

«La raza, obrando espontáneamente impulsada por su temperamento, repite siempre el mismo drama, la misma tragedia, sean cuales sean las doctrinas que murmure». 2.ª La cultura es algo superficial, inconsistente y hasta dañino. 3.ª «Nuestra raza ibérica es democrata temperamentalmente, libertaria, confederal y colectivista» («la única tradición española, la ibérica»). «Soterrada bajo la capa del aluvión conquistador». «Por eso la

cultura española no ha cambiado sino en un aspecto, y realmente española nunca lo fué) 4.ª «Nuestra crisis»—es decir, la revolución española—«Es la lucha a muerte entre la eurocristianización o vuelta a lo pasado (fascismo) y la resurrección de nuestra raza (iberización)». No cabe disimular, esconder o poner velos a las palabras; hay que decirlo francamente: todas estas conclusiones son de pura estirpe fascista. Teorías racistas, menosprecio de la cultura, Autoridad y jerarquía del ario, Europa fascista, ¿no resuenan aquí los gritos histéricos y absurdos del furibundo «führer», de Hitler?

¿No es la interpretación «biológico-colectiva» de la historia la que utiliza escandalosamente Oswald Spengler, teórico del fascismo en su monumental «Decadencia de Occidente»? Fácil nos sería mostrar, aduciendo aquí textos de la obra spengleriana — especialmente de «Años decisivos»—cómo en la prosa de Reparaz se refleja directamente—aunque desvalda e incolora—, la vigorosa, patética audacia del filósofo racista.

Pero además de fascistas, lo cual es suficientemente grave, todas esas conclusiones son naturalmente erróneas y falsas. Su punto cardinal—la raza—es una fantasía: No sólo han reconocido la Etnología y los científicos que es imposible hablar de raza en nuestro tiempo y sustentar sobre su pureza y sus caracteres, teorizaciones, sino que el propio Mussolini, en sus conversaciones con Ludwig, declara paladinamente que hoy sólo puede tener «la raza» un valor mitológico.

Y estas razones de ciencia y de autoridad son fundamentadas y confirmadas por el más elemental pensamiento filosófico.

Con semejantes conceptos absolutos—la raza «permanece invariable» y «decide»—no hay manera de comprender la humanidad ni de explicarse su evolución. La ciencia histórica se hace imposible con esta burda «metafísica de la raza». Pues si efectivamente cada raza tiene marcado «a priori» un destino político, cultural, histórico, ¿cómo explicar el desarrollo, los cambios, las revoluciones, en suma: la mutación en que consiste propiamente la historia? «Todo lo real es racional», decía Hegel, aquel magno filósofo de la historia, del que Marx aprendió la «Dialéctica». Mas para quien divide el mundo en razas y a cada una le asigna una misión, lo «real» sólo puede ser «racional», en cuanto esté de acuerdo con aquel reparto de papeles. Y como dicho reparto no parece que sea tenido muy en cuenta por la historia, la historia se vuelve irracional: un puro azar de encuentros casuales y victorias fortuitas. Y así es cómo nuestro Reparaz «castiga» a la historia por «no dejarse entender», con calificaciones cómicamente monstruosas: «Grecia y Roma nacieron fascistas (!) porque la raza constituye una sociedad en la que un grupo de familias vivían a costa de una plebe sin derechos». La revolución francesa—¡nada menos que la revolución francesa!—es despectivamente tratada como una querrela de razas y calificada, tran-

quilamente, de inútil. «La revolución francesa... fué en el fondo un conflicto entre la raza indígena dominada y explotada (los galo-romanos) y la raza conquistadora y explotadora (los francos)», que terminó con «la decapitación del último representante de la monarquía capélica, es decir, franca. Y todo ello para dar (asustados) por la reforma social de Babeuf en la dictadura militar de Napoleón, repitiendo bajo nuevas formas la monarquía imperial de Luis XIV. ¿Valía para eso la pena de haber guillotinado a Luis XVI?» Y es que «francos y galos, socialmente diferentes, eran por la sangre parientes próximos».

Por último, la historia de España—toda la historia de España—es, para Reparaz, un fracaso (¡!). «La naturaleza dió a la raza iberoberber un vasto escenario geográfico para llenarlo con su actividad histórica: el que va del Pirineo al Atlas y del estrecho de Gibraltar a Túnez. La península es su cabeza, y a esa cabeza le correspondía la alta misión de crear una civilización intermedia y sintética, mezcla de arios y semitas, tal cual ella es mezcla de Europa (España húmeda o Atlántica) y Africa (España árida o mediterránea). Combinar, no destruir, era su razón de ser. Los Contactos étnicos, dando la superioridad a los arios sobre los semitas la incorporaron a aquéllos y la convirtieron en destructora de éstos; es decir, de las tres cuartas partes de sí misma. Desde entonces aquella razón de ser desapareció y España marchó de fracaso en fracaso, sin llegar a constituirse nunca, suicidándose finalmente».

A la vista de esta sumaria exposición donde se formula tan decisivamente la teoría de «la política geográfica», cabría preguntar a su autor: ¿Cómo es que la naturaleza dió a la raza iberoberber una alta misión y «el contacto étnico» la echó fácilmente por tierra? Si la raza tenía un destino histórico que a lo largo de los siglos no ha realizado, ¿no ha «fracasado» también ruidosamente la raza? ¿Por qué hasta ahora «la raza» ha permanecido completamente soterrada en la historia de España y ahora resucita milagrosamente?

Resumamos y terminemos: Extravagancias, contradicciones, teorías fascistas que conducen a la lucha de razas, falsificaciones de la historia que hacen de todo nuestro pasado un fracaso provocado por esa cosa tan vaga que es «un contacto étnico»... ¿No están justificados los recelos y admoniciones que expresábamos al principio de este comentario? ¿No es sumamente peligroso para los camaradas cenetistas, entre los cuales hay ya de por sí cierta tendencia a la exaltación racial ibérica, suministrarles, envueltas en prestigiosas fórmulas científicas, drogas irracionales y reaccionarias?

ANGEL GAOS

VISADO POR LA CENSURA

REGRESO DE LA U. R. S. S. DE MARIA TERESA LEON Y RAFAEL ALBERTI

En esta hora de España comprendo cuán doloroso debe ser vivir en el extranjero, aunque sea accidentalmente, aun llevando misión concreta. Con el pensamiento puesto en España viven muchos amigos míos desde otros países. Llegué hasta María Teresa y Rafael, los bienvenidos, para que me contaran su viaje. Ellos habían llegado para saber de España. Apenas si hablaron. Escuchaban de Madrid, de Guadalajara, de Pozoblanco, de Teruel, de todo lo que yo ya sabía. Me volví hacia otro camarada que visitó la U. R. S. S. no hace mucho tiempo, y llevándomelo aparte le dije: «Háblame de Rusia». No sé si Rafael me hubiera contado lo mismo. He aquí un resumen: «Ciudades de 100.000 habitantes en 1918, tienen hoy 700.000. Moscú ha aumentado su población en 4.000.000 de habitantes...» No sigo; el progreso de Rusia es popular entre nosotros. Volveré a María Teresa. Anduve una noche, después de comer, con mi linterna camino de casa, tan oscuras las calles, que temía siempre chocar contra los faroles o contra los enamorados. En esa oscuridad, como un milagro, me sorprendió la voz de María Teresa, que desde Moscú salía por una ventanita valenciana. Recuerdo sus palabras por el contraste con la realidad del momento: «Moscú está maravilloso de luces; el alumbrado de sus calles es mucho mejor que hace dos años». De Moscú llevaba yo en el bolsillo unos poemas de Boris Pasternak, a medio traducir, de su hermoso libro «Mi hermana, la vida». No pude continuar oyendo a María Teresa, porque yo no era el pequeño propietario de la radio que sin duda buscaba música para su soledad. Pero lei los poemas de Boris y soñé unos minutos en la lejana patria del proletariado. Rafael y María Teresa han sido recibidos en la U. R. S. S. como auténticos embajadores de nuestra cultura, y como tales han desempeñado con éxito su misión. Han sido recibidos por Stalin, y sobre esta entrevista, de máxima significación, no dejaré de hacer mis comentarios. Stalin ha recibido a dos escritores españoles, interesándose vivamente por nuestro movimiento cultural. Prometo tratar este tema con mayor calma, con la extensión que merece, después de recibir las impresiones directas de María Teresa León, que prepara un libro sobre su viaje a Rusia. Ahora están en Madrid. Rafael tal vez escriba un nuevo poema para su libro «Capital de la Gloria». Todos estamos felices con que hayan vuelto.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

NUESTROS MUERTOS LEOPOLDO ALAS

Un nombre más que añadir a la lista de los españoles ejemplares, de conducta limpia y recta, sacrificados fríamente, con ensañamiento nunca superado por los ex generales traidores.

Leopoldo Alas era un jurista destacado, un universitario de vocación auténtica que había consagrado lo mejor

de su vida al estudio de nuestro derecho —tan hollado hoy por las llamadas gentes de orden, alentadoras de la sublevación—y a la educación ética y profesional de nuestras jóvenes generaciones escolares.

Hijo de nuestro gran escritor Clarín, había sabido llevar con plena dignidad la herencia difícil de un apellido glorioso.

Su condición de profesor, formado en las mejores tradiciones españolas y especializado en las viejas universidades alemanas—perseguidas y vejadas implacablemente hoy por las huestes de Hitler—, no la olvidó nunca en ninguna de sus actuaciones públicas.

Toda su vida se caracteriza por un hondo sentido de la responsabilidad y por una gran ponderación.

Hombre de espíritu arraigadamente liberal, se condujo en todo momento con una gran ecuanimidad y con tolerancia y amplia comprensión para todas las ideologías.

La República, nuestra República de intelectuales de 1931 le apartó de sus habituales tareas universitarias y le llevó a desempeñar puestos importantes en la Administración del Estado. Pero su vocación arraigada, su cariño entrañable, lo constituía la Universidad, su vieja y gloriosa Universidad de Oviedo, donde había profesado su padre y a ella volvió tan pronto como la traición de los llamados republicanos históricos consiguió desplazar de los puestos directivos de nuestra República a los auténticamente republicanos.

Y en Oviedo vivió los días tormentosos—preñados de esperanzas—de octubre de 1934 y en Oviedo ha vivido estos días angustiosos y trágicos de la sublevación fascista.

¡Qué dolor tan hondo habría sentido en sus entrañas este hombre, liberal insobornable, de espíritu abierto a todo sentimiento de cordialidad, en estos meses interminables, en que los sublevados, al amparo de una traición, han conseguido clavar sus garras en Oviedo!...

Y como final trágico de tantos horrores y amarguras, ese monstruoso proceso en que un fiscal inhumano pretere encontrar una figura de delito en el hecho de ser liberal y amante del pueblo—aberración inconcebible—un hombre de inteligencia esclarecida y de sólida formación universitaria...

La expresión simbólica de lo que se está debatiendo en España en estos momentos, no puede alcanzar ya caracteres más precisos.

Y todavía hay que subrayar el hecho de la sentencia—a pesar de las declaraciones favorables a la serena ecuanimidad de su maestro prestadas por discípulos suyos de ideología católica—y el hecho, irreparable, de la ejecución, frente al clamor unánime de los universitarios de todos los países.

La festividad del Viernes Santo, que ha permitido otras veces a la Monarquía una simulación de piedad indultando a los criminales más feroces, no ha sido suficiente ahora para que unos generales que se llaman católicos y tradicionalistas indultasen a un español preclaro que ha cometido el único delito de ser universitario y ser liberal...

...Oviedo volverá a ser nuestro. España recobrará algún día la plenitud de su libertad y de su independencia, y el nombre de Leopoldo Alas, con su vida ejemplar, quedará firmemente grabado en la conciencia de todos los españoles.

J. M. O.

LEON LEBOUCHER

Conoció a Le Boucher hace unos ocho años en la sala de profesores de la Escuela Industrial.

Era un muchacho fino, de aire juvenil y despierto, de indudable estirpe intelectual. Desde el primer momento fuimos amigos de siempre y se tendieron entre los dos lazos indestructibles.

Llegaba entonces a Valencia y andaba, socráticamente, de centro en centro, descubriendo el clima espiritual en que tenía que vivir.

Lleno de entusiasmo, de inteligencia y de curiosidad, se inició bien pronto a las tareas de nuestro laboratorio y cooperó, volcando generoso su enorme capacidad de trabajo, a la quimera de desarrollar aquí un centro de estudios metalúrgicos. Si nuestras instalaciones y bancos de trabajo pudieran hablar, repetirían siempre su nombre, como el nombre de los pastores las selvas virgilianas. Con Le Boucher fueron nuestros primeros trabajos de fundiciones; con él los primeros estudios röntgenográficos y animados con su aliento se realizaron los numerosos cursillos de Mecánica Ondulatoria, Röntgenografía y Química, que, un grupo de amigos apartados, realizábamos solitariamente en nuestro laboratorio. El nos llevaba con su dinamismo a no cejar en nuestras tareas, ya fuera en las noches invernales o bajo la rigurosa cañicula valenciana. El espíritu alegre y forjador de Le Boucher no conocía límites para el trabajo, cuando se encontraba en medio de una confianza fraternal.

La Sociedad Española de Física y Química en Valencia debe casi a Le Boucher su subsistencia. La amaba tanto que parecía sólo suya. Él era su animador; él nos sacaba de nuestra pereza para escribir y para publicar; él rebullía por todas partes sosteniendo el nivel y el ritmo de esta entidad científica. En los Anales de la Sociedad hay pruebas evidentes de su capacidad investigadora, especialmente en sus trabajos sobre la teoría de coordinación de Werner.

Como hombre selecto amaba intensamente la naturaleza y el aire libre. Las umbrías y los picos de nuestras sierras le conocían bien. Allí, en comunidad franciscana con los vientos y las nieves, encontraba su descanso este luchador

infatigable. El Javalambre, como el dios Pan, ha rugido más de una vez, junto a un fuego de leña, a los oídos de nuestro buen amigo. En este medio solitario y fuerte—tan suyo—templaba Le Boucher la pureza de su espíritu constructivo.

Poco tiempo hacía que trabajábamos separados. Al regreso de su estancia en Alemania, subvencionado por la Junta de Ampliación de Estudios, le hizo un hueco la Universidad y pudo realizar sus deseos de montar un laboratorio suyo. Su gran vocación científica y su simpatía personal hizo que se agrupasen bien pronto a su alrededor muchos jóvenes estudiantes, que le seguían ya como maestro. La muerte ha segado su obra apenas comenzada.

No todo el ambiente que le circundaba supo comprenderle. Le Boucher, como un niño grande, tenía el rubor de exteriorizarse. Esta virtud pudorosa, tan intensa en él, le mostraba parco en los elogios y hasta, a veces, adusto. Más de una vez le creó situaciones injustas para las que no supo tener más que indulgencia y melancólica conformidad. Porque era ante todo generosidad: generosidad para crear en la ciencia, para entregarse en la enseñanza, para alentar en la amistad, para darse a la Sociedad, como, desgraciadamente, ha sabido hacerlo. En el fondo un alma rebosante, candorosa, diáfana...

J. NAVARRO ALCACER

12-IV-37.

LUIS DE TAPIA

En un pueblo de los alrededores de Valencia ha muerto el poeta popular Luis de Tapia. Ha muerto loco. En el tremendo trastorno español, los hombres no sólo mueren en las trincheras, sino que también en la agoladora retaguardia, donde la guerra y la revolución se hacen conciencia viva.

Desde el advenimiento de la República, la popularidad de Luis de Tapia habla aumentado enormemente. Sus coplas festivas y satíricas circularon por España entre el regocijo de todos. El pueblo español tardará en olvidarle.

J. G. A.

ACTIVIDADES ALIANÇA D-INTEL-LECTUALS PER A DEFENSA DE LA CULTURA

Nuevamente recordamos a todos los afiliados de la Alianza, especialmente a los activistas y a las Secciones, que próximamente se celebrará la Asamblea general de la A. I. D. C.

Dada la importancia de la misma, espera este Comité se activen los trabajos preliminares para su mayor éxito.

EL COMITÉ EJECUTIVO

Tipografía Moderna, Avellanus, 9



1 Peseta - Redacción y Administración: Trinquete Caballeros, 9